

A. BELLO  
—  
POESIAS

FONDO  
CUERVO  
1.233



1  
2417

REPUBLICA DE COLOMBIA  
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA

No.

2417

ANAQUEL

No.

ESTANTERIA

No.

SALA

1<sup>a</sup>

No.

MATERIA

No.

ENTRO EL

No.

B. 3. 77,

AVD

276  
—  
37

*Ses en curso #1233*

COLECCIÓN

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

—  
LÍRICOS



✓ 861

### TIRADAS ESPECIALES

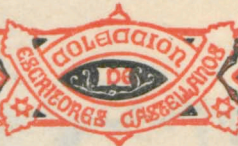
---

2	ejemplares en vitela.....	(Vendidos.)
2	» en pergamino.....	$\alpha$ y $\beta$
12	» en papel china.....	1 á XII
28	» en papel Whatman.....	A á Z
28	» en papel Original Turkey-Mill.	$\alpha$ á $\zeta$
180	» en papel de hilo.....	1 á 180

ANDRÉS BELLO



Andrés Bello



# POESÍAS

DE

## ANDRÉS BELLO

PRECEDIDAS DE

UN ESTUDIO BIOGRÁFICO Y CRÍTICO

escrito por

**D. MIGUEL ANTONIO CARO**

*Correspondiente de la Real Academia Española y  
Director de la Colombiana*



MADRID

IMPRENTA DE D. A. PÉREZ DURRUIJ.

—  
1882





POESIAS  
DE  
ANDRÉS BELLO

PRELIMINAR DE  
UN ESTUDIO BIOGRAFICO Y CRITICO  
escrito por

DR. MIGUEL ANTONIO GARCIA  
EJEMPLAR NÚMERO 155.



MADRID  
LIBRERIA DE D. A. VALLS BARRAL

1882

1/2414



## PREFACIO

I.

MAGISTERIO DE BELLO



Si alguno se propusiese escribir vidas paralelas de europeos y americanos, podría bien comparar á D. ANDRÉS BELLO con D. Alberto Lista.

Por la religiosidad unida al saber que en ambos resplandecía; por la moderación, hija de la benevolencia, virtud de sabios y arma poderosa á la larga, si bién ocasionada, por desgracia, á vacilaciones y acomodamientos en el teatro de la política; por la variedad y flexibilidad prodigiosa de facultades mentales de que estuvieron dotados el uno y el otro, matemáticos lo mismo que poetas, y tan entendidos en ciencias como en letras humanas; por todos los rasgos, en fin, tanto morales como intelectuales, que caracterizan á un hombre eminente, nos ha parecido siempre que Lista y BELLO fueron muy semejantes entre sí, y, como si dijésemos, almas gemelas.

Pero lo que más determina esta semejanza y paridad, es la influencia decisiva que ejercieron por

13.12.8-23-40

el magisterio, el uno en España, y en América el otro. «Como matemático, como literato, como publicista,—decía de Lista, al anunciar su muerte en 1848, uno de sus más afamados discípulos,—tiene rivales que le disputen la palma; como hombre de prestigio y de influjo, como autoridad, no los tiene. En este concepto le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto <sup>1</sup>.»

La propia justa observación ha de aplicarse á BELLO. Porque después de haber residido largos años en Londres, consagrado mayormente al estudio y la enseñanza, al pasar á Chile no hizo otra cosa que ensanchar la esfera de sus lecciones: y primero como director de una casa de educación, y después como Rector de la Universidad de Santiago, cargo que desempeñó por elección y reelecciones sucesivas desde que se fundó aquel establecimiento en 1843 hasta el fin de sus días, dirigió los estudios de la juventud chilena, basándolos en los sensatos principios tradicionales que en materia de instrucción pública rigen en Inglaterra, no distintos ciertamente de los que profesaba Lista.

Oficial mayor de la Secretaría de Relaciones exteriores, desde que llegó á Chile en 1829 hasta que se retiró de este empleo con jubilación en 1852, BELLO, por sus altas dotes, y como depositario de los antecedentes en cada cuestión que se presentaba, fué mentor de los Ministros del ramo en tan largo período, y quien, en realidad de verdad, dirigió allí los negocios internacionales. «La opinión pública reconoce unánime los méritos contraídos por BELLO en este departamento de

<sup>1</sup> OCHOA (D. Eugenio): *D. Alberto Lista*.

gobierno, y todos le rinden la justicia que por ello le corresponde <sup>1</sup>.»

Enseñaba BELLO humanidades, derecho romano, ciencias políticas, y al mismo tiempo que dictaba sus lecciones, las ordenaba, redactando textos profundos, metódicos y luminosos. Fué, por lo tanto, escuela literaria al par que política la que fundó BELLO en Chile, y su benéfica influencia, dónde más, dónde menos, se extendió en América fuera de los términos de aquella república.

El método de enseñanza, al decir conteste de sus discípulos respectivos, fué en Lista y en BELLO uno mismo, amplio y expansivo en ambos, ameno y pintoresco. «Era, en verdad,—dice Ochoa,—una escena hermosa, y en la que había algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido de la inteligente y fiel falangé de sus discípulos más queridos. Unas veces, en las claras noches de invierno, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creación; otras veces, engolfándose en cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginación de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiremos que le gustaba alternarlas con amenos episodios.»

Tal fué Lista, y no difería del suyo el estilo pedagógico de BELLO. En los cinco últimos años de su vida, octogenario ya, cuando no podía por sus piés salir á la calle á oír la Misa, á que, envuelto en su capa y apoyado en dos de sus hijos, se le

<sup>1</sup> AMUNÁTEGUI (M. L. y G. V.): *Biografías de americanos*. —BELLO: Santiago, 1854, pág. 101.

veía asistir devotamente todos los días, no por eso renunciaba á sus hábitos de enseñanza, y en la sala de su casa particular reunía, como Rector, el Consejo universitario, y allí mismo daba lecciones de humanidades y derecho; pero desembarazado de todo encadenamiento riguroso en las explicaciones, de tal suerte que si leyendo Código civil se ofrecía, á propósito de rentas vitalicias ú otro punto análogo, alguna cuestión de cálculo, el autor del *Tratado de Cosmografía* hacía que uno de los alumnos saliese á resolver en la pizarra el problema del caso; y de ahí, despertándose unas á otras y fecundándose las ideas, pasaba á ilustrar, por las costumbres ó la historia, el espíritu de las leyes, ó bien analizaba su letra, con minuciosa exactitud, á la luz de la gramática ó la hermenéutica. Para aquellos dos insignes varones era la enseñanza á modo de amena conversación, que se complacían en entretener y prolongar con la juventud estudiosa.

En Chile «los que no fueron discípulos de BELLO, han sido discípulos de sus discípulos, ó aprendieron en sus textos los rudimentos de la ciencia. Los alumnos de este patriarca del estudio han llegado así á formar una especie de tribu, compuesta de algunos hijos, muchos nietos y numerosísimos biznietos<sup>1</sup>.»

No obstante la fidelidad con que en algunos de nuestros Estados Colombianos se ha seguido en materia de legislación, salvo algunos puntos capitales, la norma de los Códigos chilenos, y á pesar de que sus *Principios de derecho internacional* son el texto más de ordinario adoptado en nuestros colegios, para la respectiva asignatura, por fuerza se ha de confesar que, en lo político, no ha logrado BELLO en Colombia, ni con mucho, la influencia que por dicha ejerció en la nación chilena. No así en lo literario. En esta parte

<sup>1</sup> AMUNÁTEGUI: obra citada, pág. 103.

BELLO ha sido maestro más respetado tal vez, y por lo menos mejor interpretado y más fielmente seguido en Colombia que en Chile. Las ediciones de su *Gramática*, de su *Ortología* y *Métrica* se repiten y propagan de continuo; la doctrina de estos textos se estudia con afán, la comentan algunos, la consultan muchos, y, conocida, á sus cánones se someten todos de buen grado.

En suma: así chilenos como colombianos, y con nosotros no pocos ciudadanos de otras repúblicas de la América Española, ya por un título, ya por otro, estamos acostumbrados á acatar á BELLO como á maestro por excelencia.

Mas este patriarca de nuestras letras y ciencias también es generalmente considerado en la América Meridional como príncipe de nuestros poetas líricos, gloria que la naturaleza, en la distribución de sus dones, rara vez dispensa al más crudito, y no siempre concede al más sabio. Y no que se señale nuestro autor por la fecundidad de su vena, ni por la profundidad de sus concepciones; no que sorprenda por el ímpetu de sus arranques ni por la alteza de sus vuelos. Las poesías originales se cuentan con los dedos. En espontaneidad, vigor y fácil abundancia, otros le superan y oscurecen. Pero hay en la poesía de BELLO cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía, y una como aureola celeste, y ostenta él más que nadie pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo. Es BELLO, en poesía, incomparable artista, y la perfección es la nota que mejor le cuadra.

Diríase que por lo mismo que estas condiciones escasean en la América Española, es natural echarlas menos, y de aquí apreciarlas en lo que valen; pero ciertamente que no estimamos bien las cosas de que carecemos sólo por la ausencia

de ellas, sino cuando sentimos la necesidad de poseerlas y tenemos plenas facultades para gozarlas; por lo cual el aprecio que siempre se ha hecho de BELLO en Venezuela y Colombia, colocándole en lugar preeminente entre los escritores americanos, acredita el instinto artístico y sentimiento de la belleza que reina en estas regiones, donde ya desde la conquista hubo poetas que enseñaron, y á modo de tradición legaron el culto de las Musas. En cuanto á otros países americanos donde el gusto poético, ó no brota, ó fácilmente se extravía, la autoridad de BELLO, como sabio y publicista, no fué pequeña parte á robustecer su doctrina y su ejemplo como poeta, contrarestando á un mismo tiempo el necio desdén de aquellos que no quieren otras artes sino las que ofrecen resultados tangibles y material provecho, y la funesta influencia de los que con vano aparato de figuras extravagantes y hueca palabrería, á modo de sacerdotes de un culto supersticioso, ó vendedores de falsas joyas, dañan por oficio á los intereses de la verdad y la justicia.

Al magisterio de BELLO, como á todo apostolado, no faltaron contradicciones y peligros. Cuando BELLO llegó á Chile, las facciones en que estaba dividida la opinión, andaban empeñadas allí en mortal contienda. El puso sus talentos al servicio del partido conservador ó *pelucón*, y en 1831 fué nombrado Rector del *Colegio de Santiago*. El literato español D. José Joaquín de Mora, que con otros emigrados, y juntamente con BELLO, había residido en Londres, y adherídose desde entonces á la causa de la emancipación americana, afiliado entre los liberales chilenos, dirigía á la sazón, con el crédito que era de esperarse de sus luces y cultura, el *Liceo de Chile*. Literaria en apariencia, pero política en realidad, surgió una viva competencia entre uno y otro establecimiento. Principió Mora zahiriendo á los fundadores y director del Colegio de Santiago;

contestóle BELLO censurando algunas piezas doctrinales del regente de estudios del *Liceo*, y de aquí aquella controversia, la cual, por la acritud que en ella extremaron los contendientes, constituye una excepción en la vida literaria de un hombre como BELLO, que siempre se distinguió por su moderación y cortesía.

La posteridad imparcial, curiosa espectadora de pasadas luchas, tornará á mirar con interés el palenque en que dos ingenios, muy semejantes por sus antecedentes, iguales en fuerzas, ofrecen el espectáculo de un reñido singular combate.

En tal polémica Mora lleva las simpatías que acompañan á los que resultan vencidos por artes extrañas, porque, triunfante el partido conservador, autor verdadero de la nacionalidad chilena, expulsó de la República á Mora. Más que de BELLO, quiso vengarse de los chilenos el expulso literato, en un soneto en que los denigra, citando, entre las cosas que le habían mortificado, la

Lengua española vuelta algarabía.

BELLO, que, como Lista, detestaba la irreligión y la anarquía, profesando, empero, también como Lista ideas liberales y en extremo conciliadoras, fué acusado, como director del *Colegio de Santiago*, de *monárquico* y *retrógrado*, y el denuncia que, si hubiéramos de creer á sus antiguos émulos, hizo él en Caracas el año 1810 al capitán general Emparán del primer conato de revolución, salió entonces á relucir de nuevo. Evocaban este recuerdo la envidia y el espíritu de partido, sin que en ese punto pudieran los acusadores ser victoriosamente rebatidos, ni menos condenado el pleito en el tribunal de la opinión, quedando el pleito hasta hoy *sub judice*, por falta de documentos, y favoreciendo á BELLO la máxima cristiana y jurídica que manda absolver á la víctima de una acusación destituida de pruebas fehacientes.



Resalta de nuevo en este incidente el paralelismo entre BELLO y Lista. Encargado este último, ya anciano, en 1838, de la dirección del colegio de San Felipe en Cádiz, fué objeto también de análogos tiros de maledicencia, clamando sus émulos que no se enseñaban en el establecimiento «ideas de libertad,» que era «retrógrado y jesuítico,» no sin fingir temores por «la causa de la independencia nacional,» aludiendo á las vacilaciones y debilidades del poeta sevillano en 1810 <sup>1</sup>.

Mas á BELLO estaba reservado sostener otra batalla en que había de decidirse, no la suerte de un partido, sino de la civilización chilena, y en que se hubieran empeñado con todas veras, no sólo Lista, sino el mismo Mora y cuantos profesaron principios liberales, sin renegar de la cultura intelectual.

Un género de liberalismo, mitad francés y revolucionario, mitad llanero y feroz, abrió campaña contra BELLO y sus auxiliares en 1842. Hallábanse emigrados en Chile algunos argentinos de talento, pero de tendencias selváticas y de instrucción deficientísima, los cuales, presididos por D. Domingo Faustino Sarmiento, y escribiendo en *El Mercurio* de Valparaíso, denunciaban con alarma y vocerío que BELLO, como sus enseñanzas, parte estériles y parte perniciosas, estaba pervertiendo el espíritu público; motejaban de «reacción colonial;» su sistema didáctico, burlábanse de los «modelos literarios;» condenaban el estudio del latín, de la gramática castellana, de las humanidades; decretaban el «divorcio con el pasado;» apellidaban «libertad en literatura como en política,» y aconsejaban á los jóvenes que «se abandonasen á sus propias fuerzas,» sin más regla ni guía que la inspiración, tratando así de fundar una especie de iluminismo ó espiritismo literario.

<sup>1</sup> *Biografía de Lista*, en la *Galería de españoles célebres*, de Pastor Díaz y Cárdenas, t. VIII.

Tan santa indignación llegó á concebir contra BELLO el patriarca de la secta, Sarmiento, que en uno de sus artículos estampó estas palabras textuales: « Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que la civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar á nuestra juventud de las exterioridades del pensamiento, y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración....»

Y desde su punto de vista tenía razón Sarmiento, porque BELLO, apóstol de la cultura europea, era una amenaza para la indígena barbarie americana. La historia muestra cómo fuerzas que parecían extinguidas, reaparecen tal vez bajo nueva forma; cómo guerras que se creyeron terminadas, se renuevan de pronto.

En cada hombre hay dos hombres, según el pensamiento de San Pablo, y del propio modo podemos decir que cada pueblo, cada nación encierra una doble naturaleza. Perpetuamente se repite entre la civilización y la barbarie una guerra tal vez patente y ruidosa, tal vez sorda y latente. Las armas suelen trocarse, y los contendientes, por su aspecto, confundirse y equivocarse en el combate. Los españoles que conquistaron el suelo americano guerreaban á fuego y sangre, y por ello la civilización, á cuyos altos intereses servían, tomó entonces traje y semblante bárbaros. Vuelve á estallar la misma lucha en la vida de estos pueblos americanos, y, al revés de lo que sucedió primero, la barbarie indígena, para combatir á la civilización forastera, hace uso de armas que no son suyas, sino usurpadas á su gloriosa enemiga, valiéndose de la cátedra y la imprenta. Tal es, á nuestro juicio, el caso de la cuestión

que Sarmiento movió á BELLO. En sentido moral y literario, no se equivocaba el indómito argentino cuando veía en aquel hombre tan modesto, y aún tímido, un advenedizo peligroso, un temible enemigo de la bravía independencia de la Pampa.

Sarmiento siguió por algún tiempo haciendo disparos, con táctica de guerrillero, contra los *gramáticos* y *retóricos*, y en 1843 presentó á la facultad de humanidades una Memoria sobre la necesidad de establecer un sistema de *verdadera* ortografía, fundada en la pronunciación. Más ancho y apropiado campo á sus ambiciones ofrecía la política, que, después que se abrieron á los argentinos las puertas de la patria, le colmó de honores, le condecoró con el título de general, y más adelante le elevó á la primera magistratura. BELLO, entre tanto, apoyado por un gobierno ilustrado, y seguido de un selecto grupo de discípulos, permaneció firme en su campo, como alumno de las Musas por vocación. Fúndase la Universidad chilena en 1843, es nombrado rector don ANDRÉS BELLO, y el discurso inaugural que pronuncia resonó en el continente, siendo para él una gloria, para la civilización un triunfo.

## II.

EDUCACIÓN Y ESTUDIOS DE BELLO. — SUS PRIMEROS  
ENSAYOS POÉTICOS.

(1781-1810.)

No pertenece BELLO ciertamente á la familia de los precoces. Si le contemplamos, como en la presente ocasión nos cumple contemplarle, en determinado aspecto, como poeta, su carrera fué segura pero lentísima, sembrada á largas distancias de producciones de mérito desigual, ó ya porque sus facultades y su gusto se desenvolviesen poco á poco con el estudio, ó ya porque absorbiesen

su actividad calmosas investigaciones de erudito, ó difíciles negocios de interés público y de índole diversa. Una y otra causa explican la escasez de sus producciones poéticas, comparado el número de éstas con la dilatada y de ordinario tranquila existencia que alcanzó el poeta.

Nació D. ANDRÉS BELLO en Caracas el 29 de Noviembre de 1781<sup>1</sup>.

Desde niño mostró grande afición á leer, y en edad temprana empezó por apacentarse en las comedias de Calderón, que, con sus ahorros de escolar, compraba por cuadernos, una tras otra. Léíalas muchas veces, hasta aprenderse de memoria escenas enteras. Las impresiones que en los primeros años recibimos con una como lucidez virginal, difícilmente se borran, y la manera y lenguaje de Calderón quedaron indeleblemente grabados en el ánimo de BELLO. No que el estilo de BELLO sea esencialmente calderoniano; pero algunas veces ofrece con el de Calderón patente semejanza por la ingeniosidad y artificio de la expresión, despuntadas las agudezas gongóricas, y aún por las formas métricas, como se ve en largos trozos de la traducción de *Olimpio*, de Víctor Hugo. He aquí brevísimas muestras de frase calderoniana tomadas de dicha traducción (1842):

Eras meteoro ardiente,  
Que en una noche profunda  
Se lleva tras sí los ojos  
Cuando por el cielo cruza.

.....  
La detracción en tu fama  
Clavó sus garras impuras;

<sup>1</sup> No el 30 de Noviembre de 1780, como han dicho sus biógrafos. Tenemos á la vista, debidamente certificada, la partida de bautismo. Fueron sus padres D. Bartolomé Bello, distinguido abogado de Caracas, y doña Ana López, matrona de singular mérito.

Es texto á malignas glosas  
Tu reputación difunta.

.....  
A la bostezante gruta  
De tenebrosa garganta  
Y de verde cabellera  
Con florecida guirnalda.

Áun en la *Oración por todos* (1843), acaso donde más moderno parece BELLO, no faltan reminiscencias del vocabulario de Calderón:

La soporosa piedra de la tumba  
Profunda sima, á donde se derrumba  
La turba de los hombres *mil á mil*.

El autor de *La Viña del Señor* había dicho:

.....haciendo  
Brotar en cada raíz  
Las márgenes de su riego  
Ciento á ciento y *mil á mil*  
Flores....

La sociedad caraqueña á fines del siglo anterior, según el testimonio de Humboldt, que la visitó por entonces, se distinguía por su alta cultura intelectual. Ya desde esa época, al decir del ilustre viajero, aquellos naturales cultivaban la música con particular decisión y notable adelantamiento, y conocían y estudiaban los modelos de la literatura francesa y de la italiana. Ni faltó á BELLO el trato y compañía de excelentes maestros y de dignos condiscípulos. Siguió el curso de humanidades y filosofía; en la primera década de este siglo era ya considerado en Caracas como el mejor latino de la ciudad, y algunas producciones suyas le adquirieron desde entonces entre sus conterraneos el renombre de poeta.

Fueron éstas pocas, y de ellas sólo sabemos que

se publicase en aquella época su brioso soneto á la victoria de Bailén, improvisado por el autor en los momentos en que se festejaba en Caracas el glorioso triunfo de Castaños (1808). Han desaparecido las traducciones del libro V de la *Eneida* de Virgilio y de la *Zulima* de Voltaire, que BELLO por aquel mismo tiempo leyó en casa de su amigo, paisano y discípulo D. Simón Bolívar, quien, después de viajar por Europa, acababa de restituirse á su tierra natal, y como perfecto caballero que era y amigo del talento y de la amena literatura, obsequiaba á la juventud caraqueña con tertulias literarias

Otras poesías de las que compuso BELLO en aquella primera y pacífica época de su vida, han salido á luz al cabo de largos años, después de rodar manuscritas, ó de yacer ignoradas entre papeles viejos. Tal es, en primer lugar, un romance que cita D. Arístides Rojas, dedicado al Samán del Catuche, árbol venerado, de tradicionales y poéticos recuerdos para los caraqueños, salvado del hacha del leñador, y protegido con vigilancia cariñosa por el piadoso sacerdote don José Cecilio Avila, y con este motivo cantado años después, como á porfía, por Baralt y por J. A. Calcaño<sup>1</sup>. Arbol hubo de ser éste, dice el mismo Sr. Rojas, inolvidable para BELLO, porque á su sombra, antes de 1810, pasó agradables horas, en paseos á los alrededores de la ciudad, con jóvenes de esperanzas, amigos dichosos por entonces, inadvertidos del sordo ruido subterráneo que presagiaba la revolución. A casi todos ellos aguardaba fin trágico en el sangriento torbellino de la guerra de independencia, más brava y asoladora en Venezuela que en ninguna otra parte de América. Cuando algunos años después volvía BELLO, desde Londres, sus miradas hacia

<sup>1</sup> V. Rojas: *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*.

la patria, sólo divisaba estragos y ruínas, y con dolor exclamaba:

¡ Colombia! ¿Qué montaña, qué ribera,  
 Qué playa inhospital, donde antes sólo  
 Por el furor se vió de la pantera  
 O del caimán, el suelo en sangre tinto;  
 Cuál selva tan oscura en tu recinto,  
 Cuál queda ya tan solitaria cima,  
 Que horror no ponga y grima,  
 De humanas osamentas hoy sembrada,  
 Feo padrón del sanguinario instinto  
 Que también contra el hombre al hombre anima?  
 ¡ Tu libertad cuán caro  
 Compraste! ¡ Cuánta sangre derramada!  
 ¡ Cuánta familia en triste desamparo!....

Poseemos además la odita al Arauco, romance de estilo horaciano puro, y la más antigua de todas aquellas reliquias poéticas, puesto que la escribió BELLO, según parece, por los años de 1798, si bien no llegó á publicarse hasta 1870 (en la colección ordenada por los Sres. Rojas, hermanos, de Caracas); la traducción de la oda de Horacio *O navis referent*, versión que, por la forma métrica, por la asonancia adoptada y el apacible giro rítmico<sup>1</sup>, es al mismo tiempo evidente imitación de la primera barquilla de Lope (diéronla

<sup>1</sup> Del romance de Lope que le sirvió de modelo, cita BELLO en su *Gramática* estos cuatro delicados heptasilabos:

Pasaron ya los tiempos  
 Cuando lamiendo rosas  
 El céfiro bullía  
 Y suspiraba aromas.

Se trata de otra cosa distinta, pero la imagen es semejante, é igual el acierto rítmico y onomatópico en estos de la imitación de BELLO:

¡ Ah! vuelve, que aún es tiempo,  
 Mientras el mar las conchas  
 De la ribera halaga  
 Con apacibles olas.

á luz los hermanos Amunátegui en 1861, *Juicio crítico*, pág. 169); y, finalmente, una imitación de la Egloga II de Virgilio, con bien traídas interpolaciones de las Eglogas VIII y X, en elegantes octavas, que por primera vez salen hoy á luz al frente de esta colección <sup>1</sup>.

Revelan estas muestras cuán bien se había asimilado BELLO el espíritu de los poetas clásicos latinos, y cuán de cerca seguía las pisadas de los versificadores castellanos del siglo de oro. No nos es dado decir lo propio de un poema á que muchas veces han aludido los apasionados de BELLO con no pequeño sentimiento de su pérdida, pues era de imaginar que fuese composición de gran valía. Hase descubierto recientemente, para desengaño de cuantos lo lean; lo tenemos á la vista manuscrito, y lleva este encabezamiento: «Poema en acción de gracias al Rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al Sr. D. Manuel de Guevara Vasconcelos, Presidente, Gobernador y Capitán general de las Provincias de Venezuela. Por don Andrés Bello, oficial segundo de la Secretaría de Gobierno y Capitanía general de Caracas.» Es un monótono romance endecasílabo, de cerca de trescientos versos, con el cual corre adjunto otro poema del mismo autor, y al propio asunto, escrito también en lánguido estilo, en romance endecasílabo y endechas reales; intitúlase *Venezuela consolada*, y en él figuran, como personas dramáticas, Venezuela, el Tiempo y Neptuno, con coros de Tritones.

La dedicatoria del primer poema al Capitán general era muy justo y de parte de BELLO debi-

<sup>1</sup> Gracias á la fineza del Sr. D. Antonio Leocadio Guzmán, que de su rico archivo, para uso del autor de este prólogo, autorizándole á publicarla, mediando buenos oficios del Sr. D. Simón B. O'Leary, ha permitido sacar copia de la mencionada traducción.



do homenaje de gratitud á un jefe que le había protegido, y de hecho le favorecía, llamándole primero á servir la plaza de oficial segundo de la Secretaría de Gobierno, obteniendo para él, deseoso de distinguirle, el título de Comisario de Guerra, y, finalmente, queriéndol llevarle consigo á España, con ánimo de proporcionarle en la corte colocación correspondiente á su mérito. Pudo fácilmente suceder que Cervantes se hubiese establecido en América, si hubiera obtenido uno de los empleos que solicitó como vacantes en Santa Fe de Bogotá y en La Paz, y nuestro BELLO, á su vez, estaba en vía de pasar á España, donde otro horizonte, otros destinos le hubieran aguardado, cuando la muerte de su protector Guevara Vasconcelos en 1809, antes que la revolución estallase, desbarató tales proyectos y esperanzas. *Dis aliter visum.*

Comparados los susodichos poemas con la célebre silva que también para celebrar la introducción de la Vacuna en América y en honor del jefe de la expedición Balmis, compuso Quintana en 1808, ¿qué señalado contraste no resulta del cotejo? ¿No es curioso ver cómo de una misma ocasión toman pié el español para tirar tajos y reveses á las sombras de los Conquistadores, y el americano para extremar expresiones de gratitud por los beneficios recibidos, á los monarcas de Castilla, y en especial al *Cuarto Carlos*, y á su ministro de desgraciada memoria?

¡ Sí, Carlos Bienhechor! Éste es el nombre  
 Con que ha de conocerte el universo;  
 El que te da Caracas, y el que un día  
 Sancionarán la humanidad y el tiempo.  
 De nuestro labio acéptalo gustoso  
 Con la expresión unánime que hacemos  
 A tu persona y á la augusta Luisa  
 De eterna fe, de amor y rendimiento.  
 .....  
 Y tú.....

Tú por quien de la paz los beneficios  
 Disfruta alegre el español imperio,  
 Y á cuya frente vencedora honroso  
 Lauro los cuerpos lusitanos dieron ;  
 Tú que teniendo ya derechos tantos  
 A nuestro amor, al público respeto,  
 Y á la futura admiración, añades  
 A tu gloriosa fama timbres nuevos,  
 Protegiendo, animando la perpetua  
 Propagación de aquel descubrimiento,  
 Grande y noble Godoy....

*Proh pudor!* Y sin embargo ; si va á decir verdad, no es lo que más nos sorprende en estos romances el tono melifluo de besamanos, porque no gozan los hombres de tal independencia de carácter que logren librarse por completo en palabras y en obras de la influencia de los tiempos en que les cupo en suerte nacer y vivir, llevando cada edad, en mayor ó menor suma, los tributos de sus hijos. Olmedo, antes de proclamar á Bolívar en medio de la tempestad de la batalla, «árbitro de la paz y de la guerra,» había ensalzado en el *Arbol del desierto* á «nuestros amados Reyes.» Fernández-Madrid, antes de hacer la apoteosis del Libertador, dedicaba una oda á «España salvada por la Junta central.» (Cartagena de Indias, 1809.) Otro neo-granadino, Salazar, cantor de la libertad de Cundinamarca, era en 1810 poeta áulico del Virey de Santa Fe, Amar y Borbón, harto inferior, por su carácter y pocas letras, á Guevara Vasconcelos. Las revoluciones suelen sorprendernos desapercibidos, solazándonos en pueriles entretenimientos, y en su torbellino de fuego envuelven y arrastran hombres y cosas, llevándolas muy lejos de donde tenían su asiento.

No es el espíritu, no las tendencias de estos romances lo que mayor extrañeza nos causa, sino sus condiciones literarias, de tal modo, que si no conviniesen, por lo menos el primero de los

dos, con las señas y noticias que en vida y á sabiendas de BELLO corrían del poema que escribió á la Vacuna, dudaríamos que semejantes composiciones perteneciesen al feliz imitador de Horacio y Virgilio. Ni se comprende cómo aquel que en anteriores ensayos se ostentó alumno aventajado de la escuela itálico-española del siglo XVI, no sin alguna afición, si bien dentro de términos prudentes, á los aliños y conceptuosa frase de los escritores del siglo XVII, aparece de pronto envuelto en el pesado y trivial prosaismo del XVIII, escribiendo versos dignos de cualquiera de los Iriartes. Tal es la docilidad de las facultades mentales, cuando la moda deslumbra ó arrebatada, y la voluntad vencida se inclina á determinada imitación, que el autor de la *Silva á la Zona Tórrida* y de la *Oración por todos* pudo, una vez en su vida, hacer declamación rimada en vez de poesía, sin invocar á las Musas, y como mero «Oficial segundo de una Secretaría de Gobierno.»

Nos hemos detenido en dar noticia de los primeros ensayos literarios de BELLO, precisamente porque son ó poco ó nada conocidos, y es interesante estudiar las misteriosas cabeceras de grande y poderoso río.

Corresponden estos ensayos á la época primera de la vida de BELLO, de las tres en que, hasta con límite geográfico, está dividida, llevando cada una de ellas su particular distintivo, ya contemplemos á BELLO en su vida íntima, ya como sabio y como poeta. Es el primero de estos tres períodos el de su educación y estudios en Caracas, donde dejó, dejándola, madre, hermanos y amigos de infancia y adolescencia; el segundo, el de su corta permanencia en Londres, donde casó y nacieron sus hijos mayores; data el tercero de su llegada á la capital de Chile.

Ciérrase el primer período en Junio de 1810, cuando BELLO salió de Caracas en compañía de los Plenipotenciarios Bolívar y López Méndez;

y como miembro Secretario de la Comisión diplomática que diputó, cerca del Gabinete británico, la Junta Gubernativa, que de resultas de la revolución se estableció entonces en Caracas, organizada, como otras de su clase, en la misma época sobre las bases de reconocimiento de Fernando VII y ejercicio, por delegación, de la soberanía: poder hipotético y precario, por donde, complicándose los sucesos y trasformándose las opiniones, pasaron los americanos de la adhesión, sincera en muchos, á la Corona de Castilla, á la proclamación de la independencia absoluta. Por primera vez y para siempre dejaba BELLO su suelo nativo, y en los postreros años de su vida todavía tenía presente la última mirada que dió á Caracas desde el camino de la Guaira. «¡Quién me hubiera dicho—escribía al recordarla—que aquella mirada era en efecto la última!<sup>1</sup>»

Y dicho sea, y permítasenos consignarlo aquí, en honor de la verdad y la justicia: cuando BELLO salió de Venezuela era ya un hombre completamente formado, y el curso ulterior de su vida, y las obras que después hicieron famoso su nombre, fueron progresiva continuación y naturales sazonados frutos de aquella educación colonial que recibió en Caracas.

Y es en vano que los Sres. Amunáteguis, con exageración que produce resultados contrarios á la intención de los panegiristas, esforzándose por mostrar á BELLO como hombre superior en todo á su tiempo, y que todo lo debió á sí mismo, nos hablen de la «crasa ignorancia» que «se oponía en América al desenvolvimiento de las letras;» que éstas «en Venezuela como en las demás colonias, habían sido completamente desdeñadas;» que «los monarcas de Castilla habían tratado, por sistema, de contener los vuelos de la inteligencia en

<sup>1</sup> A. ROJAS, *El Poeta virgiliano*. Cita de correspondencia de BELLO con su familia de Caracas.

sus establecimientos de Ultramar <sup>1</sup>. » Estos asertos, en la forma escueta en que se ven estampados, no pueden correr sin tropezar con palabras y hechos de BELLO que los desmienten, y aún con otros datos contradictorios que los mismos escritores suministran en la biografía de nuestro poeta.

« Primero el suelo nativo que nada, » decía con ingenua y habitual elocuencia Bolívar, el ilustre conterraneo de Bello: « él ha formado con sus elementos nuestro sér; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia, y los que nos dieron alma por la educación.... Allí fué el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. ¡Qué títulos más sagrados al amor y á la consagración <sup>2</sup>! »

De estos sentimientos participaba BELLO. « Concluyo rogando á V, escribía en 4 de Mayo de 1829, á Fernández-Madrid desde la bahía de Río Janeiro, en vía para Chile; concluyo rogando á V. se interese por mi buen nombre en Colombia, dando á conocer la urgencia absoluta que me obligó á tomar la *casi desesperada determinación* de embarcarme para Valparaíso. » En Chile con la generosa hospitalidad que se le dispensó y la noble protección de un Gobierno ilustrado, halló BELLO merecido y comprobado el elogio que á aquella nación dedicó él mismo en su *Alocución á la poesía*:

¿ Ó más te sonreirán, Musa, los valles  
De Chile afortunado que enriquecen  
Rubias cosechas y suaves frutos

<sup>1</sup> AMUNÁTEGUI: Biografía citada, pág. 30.

<sup>2</sup> Carta al General Santa Cruz.

Do la inocencia y el candor ingenuo,  
Y la hospitalidad del mundo antiguo  
Con el valor y el patriotismo habitan?

Mas ni las sagradas obligaciones de la gratitud,  
ni la larga residencia en extraña tierra, habían  
de borrar del corazón de BELLO los recuerdos del  
suelo nativo; y habiendo mudado de cielo más  
bien que de patria, exclamaba:

Naturaleza da una madre sola  
Y da una sola patria.... En vano, en vano  
Se adopta nueva tierra: no se enrola  
El corazón más de una vez. La mano  
Ajenos estandartes enarbola....  
Te llama extraña gente ciudadano....  
¡Qué importa! No prescriben los derechos  
Del patrio nido en los humanos pechos <sup>1</sup>.

Para poner en su punto la « crasa ignorancia »  
en que antes de 1810 estaba sumida Venezuela  
(como las demás colonias), basta saber que BELLO,  
al llegar á Chile en 1829, áun cuando reconocía  
las ventajas del país, la « verdadera libertad »  
que en él reinaba, y el deseo que manifestaba  
la juventud de instruirse, no podía dejar de echar  
menos « algo de la civilización *intelectual* de Caracas  
en la época dichosa que precedió á la revolución <sup>2</sup>. »  
Y no sólo en correspondencia privada, sino por la  
prensa, y con mayor ó menor desembarazo, hacía  
BELLO justicia á su época, cuando los negros cuadros  
que los escritores americanos, y mayormente los  
chilenos (con menos injusticia éstos, por el relativo  
atraso en que se hallaba aquella colonia, si ya no  
extendiesen sus censuras á las demás colonias),  
suelen trazar de nuestro estado social antes de 1810,  
daban ocasión á que el hijo

<sup>1</sup> *El Campo*, fragmento de un poema inédito.

<sup>2</sup> Carta autógrafa á Fernández-Madrid, de Santiago y 29 de Agosto de 1829.

de aquella época se desahogase en protestas del tenor siguiente:

«Sentimos mucha repugnancia para convenir en que el pueblo de Chile, y lo mismo decimos de los otros pueblos americanos, se hallase tan *profundamente envilecido*, reducido á una tan *completa anonadación*, tan destituido de toda virtud social como supone el Sr. Lastarria. La revolución hispano-americana contradice sus asertos. Jamás un pueblo profundamente envilecido fué capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustran las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico.»

Y por lo que hace á la parte intelectual y científica, BELLO mismo era vivo testimonio de que la educación que se recibía á fines de la anterior centuria en centros coloniales tan importantes como Caracas, Méjico ó Santa Fe, no adolecía de la nulidad que la declamación patrioterá suele achacarle; y la historia, como el buen sentido, han de reconocer que los insignes literatos y sabios como Roscio ó Sanz, como Caldas, como Duquesne, que brillaron como estrellas matutinas del siglo en estas regiones, no brotaron de pronto, con luz propia, de un abismo de tinieblas.

Según datos estadísticos citados por el señor D. Arístides Rojas, el año de 1794, cuando BELLO tenía doce ó trece años, se introdujeron en Caracas por el comercio de libros ochenta cajas de ésta que, según los biógrafos de BELLO, era «vedada mercancía» para los americanos. ¿Qué más? Los mismos biógrafos confiesan que D. Luís Ustáriz, coetáneo de BELLO, era Mecenaz de la juventud de Caracas, su casa un templo de las Musas; que en ella se leían y se juzgaban los escritores peninsulares, y guardaban como en un archivo las composiciones indígenas, de las cua-

les existía una colección completa, que por desgracia hubo de perderse, condenada á las llamas por los realistas vencedores en 1812<sup>1</sup>.

Por donde se ve que no fué BELLO un fenómeno solitario, sino digno y distinguidísimo miembro de la juventud caraqueña, á fines de la pasada centuria y á principios de la presente. En los estudios que hizo en Caracas hallamos el germen fecundo de sus posteriores lucubraciones. Meditando sobre la teoría del verbo de Condillac, y esforzándose en vano por acomodarla al español, concibió la ingeniosa nomenclatura que desenvolvió en su *Análisis ideológica de la conjugación castellana*, compuesta antes de 1810, aunque no publicada sino muchos años después (Valparaíso 1841), y esta obra, no menos que las observaciones por él recogidas en su continua lectura de libros españoles (de las cuales dió también otra muestra en Caracas en una disertación sobre los diversos usos del relativo *que*), sirvieron de base á su *Gramática castellana*, que tras largos años de labor dió á luz en 1847. El mismo que, alistado después en la escuela espiritualista de Cousin, y siguiendo con reservas en ciertos puntos metafísicos á Berkeley, compuso un notable libro de filosofía, no habría adelantado á ese extremo sus investigaciones psicológicas sin el previo ejercicio y severa disciplina del curso de filosofía que siguió en Caracas, durante tres años, en lengua latina, y sin el ensanche, que ya aficionado á este ramo del saber dió en linaje de investigaciones en la propia ciudad, traduciendo y comentando á Locke. En suma: en los estudios que

<sup>1</sup> Lo que pudo suceder, como aconteció en Santa Fe de Bogotá, fué que, al acercarse los expedicionarios, los patriotas quemasen sin distinción cuantos papeles tenían que pudiesen comprometerlos. Por lo demás, ya se ha visto que en Caracas se han descubierto poesías de BELLO que antes se creyeron destruidas.



hizo en Caracas encontró BELLO la clave de adquirir nuevos conocimientos. Un buen método de enseñanza no tanto se propone comunicar mucha ciencia al estudiante, cuanto dar á su entendimiento poderoso impulso y rumbo cierto.

Demás de esto, cuando la Junta Gubernativa de Caracas en 1810 nombró á BELLO miembro de la Comisión diplomática acreditada ante el Gobierno Británico, tuvo en cuenta la competencia que había adquirido D. Andrés en asuntos administrativos y políticos, como empleo de la Secretaría de Gobierno. Las complicaciones de la política española antes de 1810 se hacían sentir en Venezuela; á sus costas arribaban naves inglesas; casos difíciles de competencia se suscitaban, en que tenía que entender el capitán general; y con este motivo D. ANDRÉS BELLO, cuyos dictámenes, tenidos en mucho, se consultaban siempre, se dió desde entonces al estudio de las prácticas internacionales. Con tales antecedentes pasó á servir la Secretaría de la Legación Colombiana, y de la Chilena en Londres; desempeñó más tarde el cargo de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en Chile; y resultado de su dilatada experiencia fué su obra de derecho de gentes, que tan alto puesto y merecida autoridad le adquirió como publicista.

No diremos que hizo BELLO su carrera por rigurosa escala; pero sí afirmamos que en su vida política y literaria no anduvo á saltos, como otros á quienes agitó el temporal revolucionario, sino con pasos medidos y consecuentes.

Ni se amengua en nada la gloria de un hombre eminente cuando decimos que sus estudios fueron buenos y sólidos y que de su educación primera partió el movimiento progresivo de las facultades mentales. Sólo Adán salió de una vez, de las manos creadoras, en el pleno goce de todas las facultades humanas, sabio y perfecto.

## III.

RESIDENCIA DE BELLO EN LONDRES — SUS TRABAJOS  
LITERARIOS EN AQUELLA ÉPOCA (1810-1828).

No es ocasión de referir aquí la parte que tocó á BELLO en las conferencias de la Comisión diplomática venezolana con el Marqués de Wellesley. Resultado inmediato y cual se esperaba, no tuvieron, y mientras Bolívar, que había recibido educación en España, contemplándose fuera de su teatro volvía á América impaciente por realizar sus vastos designios, BELLO, educado en Caracas, con más valor, por sus hábitos é inclinaciones, para desafiar un porvenir oscuro que para lanzarse en una revolución, prefería quedarse en Europa.

Y no pasó mucho tiempo sin que, no diré quemase, sino viese quemadas las naves y roto el hilo que le ligaba á la patria; porque con motivo de los reveses que padeció al principio la revolución en Venezuela, hubo de pasar el secretario de la Comisión caraqueña á la condición de mero y desvalido emigrado.

Por consejo de Blanco White dedicóse á enseñar idiomas y literatura; y cúpole la buena suerte de que sir William Hamilton le llamase á dar lecciones á sus hijos: acomodo que no hubiera conseguido en Inglaterra si ya no fuese un verdadero *scholar*, gracias á que en Caracas había estudiado con gran provecho, como queda dicho, las humanidades latinas, y á que luego, en los primeros años de su residencia en Londres, completó aquellos conocimientos clásicos estudiando por sí mismo las letras griegas.

Alternativas experimentó de desahogo mediano y de escasez eterna, ora ocupado en enseñar, ora desempeñando, como sucedió más adelante, la Secretaría de la Legación Chilena unas veces y

la de la Colombiana otras. En todas circunstancias fué el estudio su pasión dominante, y las Musas su refugio y consuelo. Visitaba las bibliotecas, era asistente asiduo al Museo Británico; por donde se le deparó ocasión de tratar con hombres letrados y eruditos. Fué uno de ellos Mr. James Mill, á quien ayudó, entre otras tareas de redacción, á descifrar y ordenar algunos enigmáticos manuscritos de Bentham.

En 1843, cuando recibía de un Gobierno ilustrado y justo el premio debido á sus fatigas; cuando al frente de la Universidad Chilena se veía acatado como el más alto representante de la ciencia, y venerado como maestro de la juventud; cuando la fortuna le sonreía mostrándole asegurado el porvenir de su familia, entonces volvía los ojos al largo y penoso camino recorrido, y, recordando las pasadas tribulaciones, en lugar de exhalar quejas, consagraba un voto de agradecimiento á las letras, sus amables compañeras de infortunio.

Ellas, decía, desarman de la mayor parte de sus terrores á las vicisitudes de la fortuna; ellas son, después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa, el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Y después de citar á Sócrates, á Lavoisier, á Andrés Chenier, añadía: «Yo mismo, aunque siguiendo de tan lejos á sus adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborear sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices á el alma, como la flor que hermosea las ruínas. Ellas han hecho aún más por mí; *me alimentaron en mi larga peregrinación* y encaminaron mis pasos á este suelo de libertad y de paz....»

En la segunda década del siglo halláronse reunidos en Londres, como emigrados, distinguidos literatos españoles: el ya citado Blanco White, Salvá, Villanueva, Puigblanc, Mora,

Mendivil y otros. Aunque enconados en cuestiones político-religiosas, como víctimas de sus opiniones liberales, y guiados generalmente de dañino espíritu sectario, la perspectiva de un público distante, desconocido y heterogéneo como el del Nuevo Mundo, al que debían destinarse de ordinario sus producciones, solía comunicar altura á los propósitos de aquellos escritores y serenidad á su estilo, al mismo tiempo que la protección de algún librero rico y magnífico aguijoneaba sus ingenios. De donde resultaron, como fruto de aquel grupo literario, algunas obras originales de mérito, no pocas excelentes revistas, y atildadas traducciones en gran número; por manera que aquel período literario, no de los menos interesantes en la historia literaria de España en el siglo XIX, ha sido más conocido y de mayor influencia en la América Española.

Por el mismo tiempo estuvieron de asiento ó de paso en Londres literatos americanos de gran cuenta: el mismo BELLO, el guatemalteco Irisarri, ministro chileno, García del Río y Fernández-Madrid, de Colombia. Con los españoles citados trataban y fraternizaban éstos, ya por la semejanza y aún identidad de opiniones políticas, ya por las comunes aficiones literarias, siendo á unos y á otros provechoso sobremanera, literariamente hablando, este comercio de ideas y sentimientos con que, por lo demás, cuando todavía las armas españolas y americanas se disputaban acá en cruda guerra el dominio del Nuevo Mundo, acreditaban ellos allá cuán poderosos é irresistibles son los vínculos de la sangre y de la lengua.

No de resultas de rivalidad, sino de generosa emulación, vino á ocurrírseles á los americanos en Londres publicar también por separado sus periódicos, y hacer ostentación de sus fuerzas como escritores, á imitación de las revistas publicadas con tanto brillo y tan buen éxito por los peninsulares. A éstos toca, en las revistas de ame-

ricanos que vamos á citar, la parte de lauro que corresponde al que abre la carrera y anima á otros á seguirla.

Poco conocido es el *Censor americano* que fundó Irisarri y en que colaboró BELLO por los años de 1820. En el de 23 apareció, redactada principalmente por García del Río (autor del prospecto) y por BELLO, la *Biblioteca americana*, dividida en tres secciones: *Humanidades y artes liberales*, *Ciencias matemáticas y sus aplicaciones*, *Ideología moral é historia*. De esta notabilísima publicación salió á luz el primer tomo, y sólo una entrega del segundo <sup>1</sup>.

Con el título de *Repertorio americano*, continuó la misma publicación en 1826-1827, y en esta segunda época salieron á luz cuatro tomos. En confirmación de anteriores observaciones, consignaremos la circunstancia de que la lista de escritores americanos de la *Biblioteca* aparece aumentada en el *Repertorio* con nombres de españoles, como Mendivil y Salvá.

Los artículos de BELLO se señalan por lo numerosos y variados, porque mientras tal colaborador trataba asuntos literarios, y tal otro materias científicas, BELLO escribía con igual competencia en todas las secciones de la revista. Citaremos aquí únicamente de sus escritos de la *Biblioteca y Repertorio*, los literarios, y entre estos, sus juicios sobre Cienfuegos, Olmedo y Heredia, donde cualquiera podrá encontrar, velados siempre por la modestia con que BELLO declaraba su opinión, las doctrinas del crítico en puntos concernientes á la poesía. « Como preservativos de estos y otros vicios, dice en el último de los juicios citados, vicios mucho más disculpables en el Sr. Heredia que en los escritores que imita,

<sup>1</sup> Rectificamos así esta frase inexacta de los citados biógrafos de BELLO: « La *Biblioteca* se quedó detenida en su primera entrega. »

le recomendamos el estudio, demasiado desatendido entre nosotros, de los clásicos castellanos y de los grandes modelos de la antigüedad. Los unos castigarán su dicción y le harán desdeñarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán su gusto y le enseñarán á conservar, áun en los arrebatos del estío, la templanza de imaginación que no pierde de vista la naturaleza, y jamás la exagera ni la violenta.»

Los estudios que publicó BELLO sobre etimologías, prosodia y versificación, anuncian ya al versado y diligente filólogo. Entre los de crítica, el más interesante y tal vez el más profundo es el juicio relativo á las poesías de Horacio, traducidas por D. Javier de Burgos (*Repertorio* III, 93, 111). Revélase allí BELLO tan empapado en el espíritu de Horacio, como entendido en los misterios de su estilo y manera, y enterado de las peculiares dificultades de interpretación y de construcción que ocurren en el lírico romano; abunda en observaciones originales tan útiles para entender la poesía latina, como para aprender á traducir en verso. Resume su juicio afirmando que el trabajo de Burgos es «una imperfectísima representación del original y un excelente comentario.»

No contento BELLO con haber redondeado sus estudios clásicos, dedicóse también al de las lenguas romances, de la italiana mayormente; buscando á los orígenes, buscó en la baja latinidad la clave de muchos hechos lingüísticos; y cuando la filología romana no había alcanzado la importancia y los honores que después le han cabido en la esfera de los estudios, ya él hacía curiosos descubrimientos y fijaba puntos dudosos.

En la segunda entrega de la *Biblioteca* dió á la estampa dos artículos notables sobre asuntos de filología romana: trata el uno «De la diferencia que hay entre las lenguas griega y latina por una parte, y las lenguas romanas por otra, en cuanto

á los acentos y cuantidades de las sílabas; y del plan que debe abrazar un tratado de prosodia para la lengua castellana;» y es el otro una «Noticia de la obra de Sismondi sobre la literatura del Mediodía de Europa; refútanse algunas opiniones del autor en lo concerniente á la de España; averíguase la antigüedad del poema del Cid; si el autor de este poema es el que pretende don Rafael Oranes, etc.» Continuación de estos artículos son los que más adelante publicó su autor sobre el «Origen de la poesía caballeresca é influencia de la poesía germánica en el romance» (*El Crepúsculo*, Santiago, 1844), y sus Lecciones de *Ortología y Métrica* (1836), tratado excelente lleno de sagaces y curiosas observaciones, por desgracia tan poco conocidas de los filólogos europeos, como lo son en general las obras hispano-americanas<sup>1</sup>.

Desde 1823, en el mencionado artículo de la *Biblioteca*, anticipaba BELLO luminosos conceptos acerca del *Poema del Cid*. Sobre este antiquísimo monumento de nuestra lengua emprendió BELLO una obra de restauración, con la paciencia y escrupulosidad propias de un filólogo alemán que sólo á eso se dedicase. Investigó las fuentes en que debió de beber el poeta; trató de fijar algunas leyes de la medida al parecer anómala é informe de sus versos; y cotejando el texto rimado con la Crónica del Cid, introdujo en él lecciones nuevas, llenó lagunas, uniformó la ortografía, y añadió muchas notas históricas y críticas. Trabajando sobre el texto de Sánchez, no conoció BELLO el códice que después sirvió de

<sup>1</sup> El erudito y anticuario D. Alfredo Morel-Fatio, en la introducción que puso á su edición paleográfica de *El Mágico Prodigioso*, consigna á título de nuevas y nunca vistas en tratados españoles sobre la materia, algunas observaciones sueltas sobre hiato y otros puntos ampliamente explicados ya por BELLO en su *Ortología y Métrica*.

base á la edición paleográfica de D. Florencio Janer (*Biblioteca* de Rivadeneyra, 1854). Confrontando con este texto fidedigno el de BELLO, aparece que en algunos casos adivinó el restaurador la verdadera lección, alterada ú oscurecida en la edición de Sánchez y restablecida por Janer; en otros casos aventuró conjeturas atrevidas y acaso no fundadas, pero siempre ingeniosas.

Fruto de su afición, así al cultivo de la poesía como al estudio de la literatura caballeresca, fué la traducción que emprendió, en octava rima, del *Orlando enamorado*, de Bayardo, reproducido por Berni. Alcanzó á trasladar catorce cantos, y á cada uno de ellos, en el mismo género de versificación, añadió de su peculio el traductor una introducción, en que, apartándose de la gravedad que siempre mostró en obras originales suyas, y siguiendo el estilo arióstico, pero sin las escabrosidades que lo afean, ostenta en el género cómico-heróico graciosa y urbana naturalidad, sobrio, decente y deleitoso gracejo.

Otro poema de muy diversa índole, *Los Jardines* de Delille, fijó también la atención de nuestro poeta en la misma época. Un trozo del canto 1, superiormente versificado, en romance endecasílabo (con la particularidad de que de cuando en cuando varía de asonancia), se registra en el tomo II del *Repertorio* (1827).

En cuanto á poesía original, sólo dos piezas, pero largas y magníficas<sup>1</sup>, publicó BELLO en Londres: la *Alocución á la Poesía*, en dos partes (*Biblioteca*, tomo I y entrega inicial del II), que llevan el subtítulo de Fragmentos de un poema inédito intitulado *América*, y la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, que sin firma ni

<sup>1</sup> Sólo en gracia de la exactitud bibliográfica puede citarse el soneto á la falsa noticia de la muerte de Mac Gregor, Londres, 1819.



otra indicación de autor, lo mismo que la precedente, salió á luz en el *Repertorio*, bajo el título genérico de *Silvas americanas*, y una advertencia del tenor siguiente: «A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la *Biblioteca americana* bajo el título *América*. El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos ó tres versos de aquellos fragmentos.»

De este aserto y promesa se infiere que BELLO tenía en borrador otras silvas del mismo género. ¿Qué se hicieron? ¿Quedaron en estado embrionario, ó las destruyó su severo autor juzgándolas indignas de ver la luz pública?

Lo cierto es que nuestro modesto poeta no tenía confianza en sus producciones, y sin hacer caso de ellas, las dejaba dormir períodos dos y tres veces más largos del que señalaba Horacio para templar la impaciencia de poetas noveles. Esta suerte tocó á la *Canción á la disolución de Colombia* y á la *Epístola de un americano á otro* (Olmedo), compuestas por BELLO en Londres y publicadas por extrañas manos algunos lustros más adelante.

#### IV.

##### LAS SILVAS AMERICANAS.

La *Alocución á la Poesía* y la *Silva á la Agricultura de la Zona Tórrida*, la primera por largos trozos que presenta de noble pensamiento y esmerado estilo, la segunda como obra acabada é «incomparable <sup>1</sup>» en conjunto y pormenores,

<sup>1</sup> MENÉNDEZ PELAYO. Prólogo á las poesías de D. C. del Collado.

constituyen, á nuestro juicio, el mejor título de BELLO como poeta.

Quando adelantos progresivos de las ciencias y una legislación más perfecta hayan oscurecido los trabajos á que consagró BELLO lo más de su existencia como filólogo y como jurista, todavía vivirá en la posteridad más remota el cantor de la zona tórrida.

Es la originalidad nota distintiva de toda obra de arte, pero bien entendido que la extravagancia, que algunos equivocan con aquella cualidad, la copia al modo que las contorsiones del pobre payaso remedan los fáciles y naturales movimientos del atleta. No ha de buscarse, por tanto, la originalidad de las *Silvas* en peregrinos conceptos, ni en furiosos arrebatos, ni en chocantes novedades de estilo ó de lenguaje. BELLO expresa nobles pensamientos sin afectación ni esfuerzo, en estilo puro y castizo lenguaje; y es original, no porque viole reglas ó haga ostentación de rarezas, sino porque puso en sus obras la estampa de individualidad con que la naturaleza sabe distinguir un ejemplar hermoso sin separarlo de la familia á que pertenece y en que ha de clasificarse.

Compárense las *Silvas americanas* con la composición métrica *Al Condor de Chile*, de un escritor argentino, por otra parte benemérito, la misma de que hizo BELLO, en 1848, en graciosa parodia, justísima crítica, y aparecerá, para lección de la juventud, la diferencia que hay entre la originalidad verdadera, que es prenda de inmortalidad, y la extravagancia licenciosa, aquella que llamó BELLO «Orgías de la imaginación,» que sólo logra efímero y no envidiable aplauso.

La *Alocución á la Poesía*, en que se introducen las alabanzas de ciudades y de personas que se distinguieron en la guerra de independendencia de la América española, es un poema histórico y en parte descriptivo. La *Silva á la Zona Tórrida*, re-

seña de galas y tesoros de la naturaleza tropical y exhortación dirigida á los moradores del Ecuador para que en lugar de agotarse en la fiebre de la política y en domésticas disensiones, se consagren á empresas agrícolas, es, como el asunto lo anuncia, un poema descriptivo y moral á un tiempo Abrazando á entrambas silvas bajo una sola denominación, diríamos que el carácter mixto y comprensivo, de una y otra, como obras de arte, consiste en ser poesía científica, sin que demos á este término el sentido, restricto en demasía y falso, en que le toman los que sueñan con una regeneración fundamental de la poesía.

Cuando decimos poesía científica, poesía denota el género, y lo científico es la especie. Poesía es una manera ideal y bella de concebir, de sentir y de expresar las cosas; por manera que la esencia de la poesía es siempre una misma, si bien la esfera en que se ejercita, inmensa. Cada género de poesía es la aplicación de las facultades poéticas á determinado campo; por lo cual no es razonable fallar que en el siglo presente ó en el futuro no ha de cultivarse sino tal género de poesía, la científica v. gr., pues no hay motivo ni derecho para estrechar ni localizar la jurisdicción del poeta. Buena fué, es y será en cualquier género la poesía, siendo poesía. La que denominamos *científica*, especula sobre los fenómenos naturales; adorna y hermosea verdades descubiertas y explicadas por la ciencia. Pero lo que, en nuestra clasificación, mejor la caracteriza, lo que suele refundirla en otros géneros cuando cumplen con esta condición, es el amor á la exactitud en las descripciones y definiciones, idealizar siempre sobre la realidad, no fantasear jamás en el vacío. En este sentido el poema de Dante, que si bien fantástico en lo tocante á lo suprasensible, suele definir y describir con puntualidad las cosas del mundo visible, sin ser poesía científica propiamente hablando, participa de su

naturaleza; al paso que, descaminados siempre por el sistema de la realidad, nada tienen de aquella los poemas de Ariosto.

Científica es la poesía de BELLO en sus *Silvas americanas*, por lo cual no va fuera de razón Trübner cuando clasifica la *Silva á la Zona Tórrida*, como «uno de los más bellos ejemplares que hay en castellano de poesía *didáctica*,» dado que con este término se designaban en la antigua nomenclatura retórica géneros de poesía de la clase que con más generalidad, y acaso con más propiedad, denominamos científica.

Dícese que la presencia de Alejandro de Humboldt en Caracas, á principios de este siglo, la noticia de sus empresas científicas y de sus viajes, despertaron en el ánimo del joven BELLO el amor á las ciencias naturales, que, beneficiadas por el ilustre viajero, se le mostraban tan útiles cuanto amenas. Que á ellas, no importa si desde entonces ó más adelante, se dedicó BELLO con provecho, lo patentizan multitud de artículos que con la trasparente firma *A. B.*, ya de propio caudal, ya con acierto traducidos y rectificadas, salieron á luz en la *Biblioteca y Repertorio americano*, sobre geografía y agronomía de las regiones equinocciales.

Si consideramos la parte descriptiva de la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, notaremos que las majestuosas cordilleras, los abundantes pastos, las plantaciones de añil, de caña de azúcar, de cacao, descritas en sus viajes por Humboldt y Bonpland, reaparecen adornadas de imágenes y colores en el poema de BELLO.

Consiste en este punto el arte del poeta, en animar lo inanimado, en dotar de sentimiento y expresión las plantas que describe, en amplificar en forma poética definiciones científicas, empleando recursos, ya pictóricos, ya rítmicos. ¿Pinta en la *Zona Tórrida* el erizado maíz? Dos versos de determinado corte imitativo sonarán bien con

Antes fió las riendas del Estado  
 A la mano robusta  
 Que tostó el sol y encalleció el arado,  
 Y bajo el techo humoso campesino  
 Los hijos educó que el conjurado  
 Mundo allanaron al valor latino.

Evidénciase con lo dicho que la poesía de BELLO reconoce antecedentes en obras científicas; pero los tiene asimismo en las poéticas y clásicas, así del siglo anterior como de otros más remotos, bastando á demostrarlo el recuerdo del autor de las Geórgicas.

Tan necesaria es la idealidad en poesía, que algunos la consideraron calidad única del arte, y, extremando el culto que se le debe, la divorciaron de la observación y la experiencia, y la confundieron con la independencia de la imaginación. Nótase esta tendencia en las definiciones que han dado de la poesía algunos escritores célebres, acomodándose, con clara ú oscura conciencia, á una preocupación vulgar. Para Barthelemy la poesía es una «facultad brillante que atiende á lo posible más que á lo real, y que muchas veces prefiere á lo posible ficciones á que no puede señalarse límite.» Quintana enseña que «la ocupación primaria y esencial de la poesía es pintar la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruir: así, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus propiedades, sus distancias y las reglas de su movimiento, el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginación y en sus sentidos hace la luz con que brillan.» Según esta doctrina, no hubiera tenido parte alguna en los progresos de la ciencia (y la historia de los descubrimientos enseña que la ha tenido poderosa, con sus oportunas y luminosas sugerencias); al paso que la ciencia no podría tampoco suministrar materiales al poeta, y él solo habría de cantar cosas ó vistas con los ojos corpóreos ó soñadas, y no las mara-

villas del cielo y de la tierra que la experiencia y el estudio nos han revelado.

Acaso de la difusión de semejantes nociones, de concierto con un conocimiento superficial ó completa ignorancia de la antigua poesía clásica, nace que muchos miren en la poesía de los siglos pasados un vano pasatiempo, y en la poesía sabia un objeto de esperanza, una gloria de la edad presente ó la futura, cuando cabalmente la opuesta tendencia, la que propende á disociar, en las ideas, lo que Dios unió, parece prevalecer en la moderna civilización.

La poesía didascálica es en la antigua Grecia hermana de la épica, y Hesiodo se hombrea con Homero. La misma poesía homérica, si bien la narrativa histórica forma un departamento distinto de la ciencia, se allega y asimila á la poesía científica por el espíritu de observación que en ella se nota, y por la profundidad de la doctrina. Aun la mitología, cualquiera teoría que se adopte para explicarla, ora se considere histórica, ora simbólica, siempre envuelve, bajo formas agradables, verdades y moral enseñanza. ¿Qué más? Los críticos que establecieron las reglas del arte sobre las prácticas que hallaron sancionadas por los grandes poetas griegos, promulgan como ley fundamental de composición literaria la verosimilitud, ó sea, con palabras de BELLO, «la armonía de los raptos de la fantasía con los fueros imprescriptibles de la razón.» Como método, esta conciliación ó equilibrio así preside á las creaciones del genio como á las hipótesis del sabio; revela la uniformidad de las facultades mentales en sus operaciones, enlazando con vínculos de parentesco la ciencia y la poesía.

Así lo entendieron los romanos. Lucrecio, si bien en su poema rinde más culto á la ciencia, cual él erróneamente la imaginaba, que á la poesía, explica felizmente sus mutuas relaciones; sabe que en lugares por áridos no frecuentados hay

fuentes puras y ocultas flores; concibe la obra del poeta como vaso que contiene ingrato licor medicinal, con los bordes dorados de miel. Horacio, poeta didáctico él mismo, concede la primacía al escritor que acierte á mezclar lo útil con lo dulce. Virgilio, para morir, condena á las llamas, de sus dos poemas, el épico, sólo considerando digno de la posteridad el didáctico; la idea que se formó de un poeta era la de un hierofante de la naturaleza, y estimaba la ciencia como alto y el primer don de las dulces Musas:

— dulces ante omnia Musae

Accipiant, caelique vias et sidera monstrent

Defectus solis varios, lunaeque labores;

Unde tremor terris....

Virgilio es el maestro predilecto de BELLO. Nótese unas mismas cualidades en el estilo de ambos, sosegado, noble y majestuoso, y unos mismos artificios y recursos en el giro del pensamiento general, en la exposición de las ideas, hasta en las transiciones. Virgilio hace desfilar delante de Eneas, en un sueño profético, los grandes capitales é ilustres ciudadanos de Roma; BELLO evoca uno tras otros los heroes de su patria. Virgilio lleva las almas virtuosas al Elíseo, donde se solazan en las mismas aficiones que tuvieron en vida; BELLO ve en la morada de los justos á los mártires de la causa americana, y allí, glorificado por el sacrificio, á uno de sus más caros amigos de adolescencia:

Alma incontaminada, noble, pura:

La música, la dulce poesía,

Son su delicia ahora como un día.

Virgilio se espacia en ensalzar á Italia en una enumeración descriptiva de sus producciones naturales; por igual manera celebra BELLO á la

*Zona Tórrida.* Virgilio ameniza su exposición con episodios históricos y con rasgos mitológicos, auxilio de que se vale como no desconforme con sus fines; BELLO con recuerdos verídicos particulariza las ciudades y guerreros que nombra, al mismo tiempo que pinta la edad de oro de Cundinamarca, y explica el derrumbamiento del Tequendama, según las tradiciones fabulosas de los habitantes primitivos de estas regiones.

La poesía del autor de las Geórgicas no revivió con sus nativas formas y a decuado ropaje en el Renacimiento, porque lo estorbaba la influencia que alcanzó la poesía caballeresca y galante, esencialmente contraria á la científica. La poesía didáctica, á un tiempo moral y descriptiva, renace con no escasa fortuna en el siglo xvii y florece en el xviii; luce especialmente en poemas latinos; y son los Jesuitas, en días prósperos anteriores á su extinción, los más insignes restauradores y cultivadores de este género literario. Vaniere y Rapin dan el ejemplo, siguiendo de cerca las pisadas virgilianas; y más adelante, y casi á un tiempo, Nocetti publica su poema *De aurora boreali*, Mazzolario *De vi electrica*, Zamagna *Echo* (fenómenos sonoros), y el ilustre y omniscio Boscovick *De solis et lunae defectivus*, asunto como el de los *Huertos*, de Rapin, ya propuesto por Virgilio. Thompson y Delille representan con honor la misma escuela, fuera de la Compañía y en obras escritas en idiomas modernos. Con la decadencia de la Compañía de Jesús, se oscureció la musa de las Geórgicas. Era natural: fué aquella sociedad el instituto donde más estrechamente se han dado la mano las letras humanas y las ciencias, la erudición y la poesía, unión feliz, rama de flores y frutos, combatida hoy por violencias revolucionarias, por ciencias díscolas y profesiones exclusivas.

Así, la *Silva á la Zona Tórrida* es una poesía erudita, seria, doctrinal, que por su naturaleza per-



tenece á siglos anteriores y no al nuestro. Si BELLO hubiera escrito unos años antes, en latín ó en francés, un poema semejante habría brillado por su mérito, no como una novedad en su clase. Pero en castellano y relativo á América, sorprende y es, por doble motivo, extraordinario.

Porque, en primer lugar, al genio español (y es hecho que se explica por el carácter nacional) que produjo infinitos poemas históricos, se deben pocos didácticos, truncados unos <sup>1</sup>, malos los demás. En el siglo pasado, Iriarte enseñó la música en un poema tan desmayado y rastroso, que desacreditó la aplicación de la poesía á temas científicos. Meléndez, por su parte, abrió sendas floridas, y Cienfuegos escuela de declamación, y la juventud de talento, por huir del prosaismo, siguió á uno ú otro de los dos últimos maestros.

Arriaza anduvo por otro camino, y se quedó solo en España. Todavía los críticos recuerdan sus versos fugaces, de implacable crítica ó de lastimosa adulación, y algunos aficionados repiten aún la *Despedida de Silvia*; pero no conocen éstos ni recuerdan aquéllos, como que realmente no llegó á afianzarse su fama, el poema *Emilia ó Las Artes*, la más meditada y apreciable de las obras de Arriaza, llena de felices descripciones. Fué este poeta, á principios del siglo, muy estimado de la estudiosa juventud de Caracas <sup>2</sup>, y es posible que allí disfrutase el poema citado del crédito que merecía. Tenemos por cierto que BELLO lo estudió mucho, y en algunos

<sup>1</sup> Tal es *La Pintura* de Céspedes. Incompleto quedó también el poema de Arriaza de que vamos á hablar luego, y el mismo BELLO publicó sus *Silvas* con el nombre de *Fragmentos*.

<sup>2</sup> Cuando BELLO leyó en una tertulia en Caracas su Égloga virgiliana (que ahora por primera vez se publica), «un literato caraqueño no vaciló en decir á D. Andrés que consideraba sus octavas superiores á las de Arriaza, comparación que, atendiendo á la boga de que entonces gozaba este último poeta, equivalía al colmo del elogio.» (AMUNÁTEGUI, *Biografía*, p. 36.)

por menores de ejecución le imitó, de lo cual ofrecen las silvas pruebas internas en algunos pasajes que pudiéramos citar. Por ejemplo, BELLO dice:

Castelli osado que las fuerzas mide  
Con aquel monstruo que la cara esconde  
Entre las nubes y á los hombres huella,

Y Arriaza había dicho:

la tártara discordia,  
Cuya cabeza asoma agigantada  
Por entre negro pabellón de nubes....

La contraposición de la Filosofía y la Poesía, al principio de la *Alocución*, está tomada de Arriaza, y la descripción de un jardín donde la solícita abeja revuela incierta entre las flores, buscando las más fragantes (al principio de la misma *Silva*), es patente reminiscencia de aquel otro (*Emilia*, II), donde

Dama gentil se asoma, de halagüeño  
Mirar, que con su ruego y con su agrado  
De severo guardián desarma el ceño ;  
.....  
Y escogiendo fragancia y colorido  
En tantas flores párase indecisa ;  
Mas codiciosa del botín florido,  
Son su despojo al fin cuantas divisa....

En suma: BELLO, que gustaba de Meléndez, pero no lo imitaba, y que nada tomó de Cienfuegos y Quintana, ni á su escuela perteneció jamás<sup>1</sup>, siguió, sí, el rastro de Arriaza, tanto en la adopción de asuntos didácticos, como en ciertos toques descriptivos, y muy particularmente en el arte de versificar. Pero Arriaza no fundó escuela

<sup>1</sup> La admonición á Heredia, arriba copiada, es una condensación del lirismo intemperante de Quintana.

en España; BELLO oscureció á su predecesor, porque así lo quiso la suerte, y le aventajó también en muchas dotes naturales y adquiridas; así fué que el poeta venezolano quedó dueño del campo, y aparece en la literatura española de este siglo como iniciador del género á que sus *Silvas* pertenecen. Si también le han faltado discípulos en el arte, admiradores no.

Puestos á un lado los caprichos de fortuna, que también á los libros alcanzan, mucho contribuyó á realzar el mérito de las *Silvas* sobre el de *Emilia* la esencia y circunstancias del asunto. El que eligió Arriaza está reducido á dar lecciones amenas de bellas artes, con ocasión de describir el palacio de una gran señora, adornado y enriquecido con objetos de magnificencia y gusto. Ni interés nacional, ni intención patriótica, ni colorido local tiene su poema, y todo esto reúnen las *Silvas* de BELLO, por doble motivo americanas. Aunque celoso de su título de colombiano, consideraba hermanas á las Repúblicas de la América Española, y este pensamiento generoso engarza los recuerdos históricos de la *Alocución á la Poesía*; al paso que en la *Silva á la Zona Tórrida*, el americanismo de la composición resulta principalmente de la representación, tan fiel cuanto animada, que supo hacer el poeta de las bellezas naturales del patrio suelo.

Era BELLO el único digno de realizar, pero sólo incompletamente quedó por él realizado en la *Silva á la Zona Tórrida*, este anuncio que antes había estampado en la *Alocución*:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado,  
Algún MARÓN AMERICANO, ¡oh diosa!,  
También las mieses, los rebaños cante,  
El rico suelo al hombre avasallado,  
Y las dádivas mil con que la Zona  
De Febo amada, al labrador corona.

## V.

NOTICIAS SOBRE LA VIDA LITERARIA DE BELLO  
EN CHILE.

(1829 — 1865.)

En 1828 BELLO desempeñaba la Secretaría de la Legación Colombiana en Londres. El gobierno de su patria, amenazado por todas partes, apenas disponía de recursos con que sostener un ejército de treinta mil hombres, y pagaba tarde y mal á sus agentes diplomáticos. Estaba casado BELLO, en segundas nupcias, con una dama inglesa; su familia había crecido, y sus negocios se hallaban en mal estado. En tales circunstancias, resolvió aceptar la ventajosa propuesta que le hizo el ministro de Chile para que pasase á aquella república por cuenta de su gobierno; y en 13 de Febrero de 1829 decía en una carta de despedida á su jefe Fernández Madrid:

«Aguardo con impaciencia que amanezca para dejar esta ciudad, por tantos títulos odiosa para mí, y por tantos otros digna de mi amor, particularmente ahora que la habita el primero de los hijos de Colombia y el mejor de los hombres.»

En cartas que dirigió al mismo Dr. Madrid, luego que hubo llegado á Santiago, manifestaba las impresiones que recibió sobre el estado político y literario de la sociedad chilena en aquel entonces, sin ocultar sus propias opiniones sobre la organización que convenía á los pueblos americanos.

Véanse aún otros pasajes de esta correspondencia inédita:

20 de Agosto de 1829.—«El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior á su reputación, sobre todo en bellezas naturales...

En recompensa, se disfruta, por ahora, de verdadera libertad; el país prospera; el pueblo, aunque inmoral, es dócil; la juventud de las primeras (*familias?*) manifiesta mucho deseo de instruirse; las (*mujeres?*) son agradables; el trato es fácil.... Se goza de hecho toda la tolerancia que puede apetecerse.

»Siento decir á V. que he traído demasiados ejemplares de su colección de poesías. La bella literatura tiene aquí pocos admiradores.»

8 de Octubre.—«La situación de Chile en este momento no es nada lisonjera: facciones llenas de animosidad; una Constitución vacilante; un gobierno débil; desorden en todos los ramos de administración. No sabemos cuánto durará este estado, que aquí se llama de crisis, y que puede tal vez prolongarse años. Por fortuna, las instituciones democráticas han perdido aquí con

<sup>1</sup> que en todas partes su pernicioso prestigio, y los que abogan por ellas, lo hacen más bien porque no saben con qué reemplazarlas, que porque estén sinceramente adheridos á ellas....

»No sé qué hacer, amigo mío, con los ejemplares que tengo de las poesías de V. Si se proporcionara remitir algunos al Perú, lo haré; aquí nada se lee.»

No escarmentando en cabeza ajena, se animó BELLO, en el siguiente año de 1830, á saludar la independencia de Chile, en una oda breve, muy bien escrita, en el estilo de Horacio y Fr. Luís de León. El resultado fué que *El Araucano*, periódico oficial, le dispensó el honor de publicarla confundida con miserables coplas de ingenios nacionales. Convienen los Sres. Amunátegui y Domingo Arteaga Alemparte, en sus respectivos juicios sobre BELLO, en que el poeta, corrido y

<sup>1</sup> Roto el papel.

avergonzado consigo mismo de su atrevimiento, comprendió que antes de ofrecer versos al público, debía dedicarse á formar un auditorio capaz de entenderlos.

Literariamente pudo BELLO decir de lo que fué Chile hace medio siglo:

In qua scribebam barbara terra fuit.

Políticamente no, porque aquel pueblo, tosco y rudo, si faltó de imaginación, estaba dotado, en cambio, con gran ventaja, de sentido práctico, de aquellas condiciones que, desenvolviéndose bajo circunstancias propicias, labran al cabo la dicha y prosperidad de las naciones. Ni el alejamiento á que hubo de condenarse BELLO, durante diez años, del dulce trato de las musas, fué infructuoso, y, bien considerado todo, no hay por qué deplorarlo, ni por lo que mira á Chile ni por lo que á él mismo toca. Vivió en ese período consagrado á educar la juventud chilena. BELLO llevaba á aquel pueblo amenidad literaria y finura estética; la sociedad chilena, por su parte, se asimilaba este ilustre hijo adoptivo; dirigía su actividad á tareas serias y utilísimos trabajos; rodeándole de distinciones y premiando sus servicios, daba tranquilidad á su espíritu, y dignificaba su carácter.

Era aquel descanso una tregua, una pausa en la vida de BELLO. No podía haber dicho eterno adiós á las musas aquel á quien ellas sonrieron desde la cuna.

En Julio de 1841 salía á luz en Santiago, de la imprenta del Estado, á la sazón dirigida por Manuel Rivadeneyra (después célebre editor de la *Biblioteca de autores españoles*), un folleto, en elegante edición, rotulado *El incendio de la Compañía. Canto elegíaco*.

El autor anónimo era BELLO, y el objeto de la composición describir y lamentar la destrucción de la hermosa iglesia de los Jesuitas en Santiago,

reducida por las llamas á escombros y cenizas el 31 de Julio del mismo año.

El redactor de *El Mercurio*, aquel mismo Sarmiento que un año después había de cerrar con tanta furia con el humanista, aplaudió entonces al poeta. Mas el elogio dirigido al autor del canto elegíaco encubría, como era de esperarse de tan ardiente duelista intelectual, un cartel de desafío para la juventud chilena.

«Con motivo de estos versos,—decía,—nos sentimos llamados á observar un hecho que no deja de causarnos alguna impresión. Tal es la rareza de los honores que entre nosotros se tributan á las musas. ¿Por qué son tan tardías y tan contadas las ofrendas que se presentan en sus altares? ¿Será cierto que el clima benigno sofoca el vuelo de la imaginación y que Chile no es tierra de poetas? ¿Falta acaso instrucción suficiente para pulsar con acierto las doradas cuerdas?»

Concluía señalando como causa del fenómeno «cierta pereza y encogimiento» de los jóvenes chilenos. Un año después, con patente contradicción, se revolvía contra BELLO, y atribuía la esterilidad de los talentos chilenos á las enseñanzas del mismísimo autor de aquellos versos que habían dado causa y ocasión para las primeras invectivas.

Como quiera, el clamoreo de Sarmiento fué estímulo provechoso para los jóvenes chilenos, que, heridos en lo más vivo de su orgullo nacional, fundaron, para contestar de hecho á Sarmiento, una revista literaria. Sanfuentes, distinguido discípulo de BELLO, publicó allí su leyenda *El Campanario*. El maestro los animaba con consejos y los ayudaba con colaboración efectiva <sup>1</sup>.

A los resultados de aquel incidente se refiere el mismo BELLO, juzgándoles de paso, en estas

<sup>1</sup> AMUNÁTEGUI, *Juicio crítico de poetas americanos*.—LASTARRIA, *Recuerdos literarios*.

palabras del discurso que pronunció en la instalación de la Universidad chilena en 1843: «¿Pudiera yo dejar de aludir á la excitación instantánea que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es obra del estudio y de los años. ¿Quién pudo *esperar* la de los que, en un momento de exaltación poética y patriótica á un tiempo, se lanzaron á esa nueva arena, resueltos á probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino de que por una preocupación injusta se las había creído privadas? Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles extravía mi juicio. Digo lo que siento; hallo en esas obras destellos incontestables de verdadero talento, y aún con relación á algunas de ellas pudiera decir <sup>2</sup> de verdadero genio poético.»

BELLO, que había padecido contradicciones, se sentía por entonces rodeado de mayor respeto por parte del público y del filial afecto de la nueva generación. Mostróse vivamente sensible (observa el Sr. Lastarria) al favor de la opinión, que le halagaba y enaltecía; mezclado con los jóvenes, se olvidaba de sus sesenta años, se sentía joven él mismo, y, poniendo nuevas cuerdas á su lira, pulsábala con desacostumbrada dulzura.

Aunque reprobando siempre las orgías de la imaginación, pagó tributo á lo que por entonces corría con el nombre de poesía romántica. En el *Canto elegíaco*, como ya notó Sarmiento, en vez del terceto ó la silva, BELLO se atrevió á usar la quintilla, como si quisiese mostrar que no respetaba ciertas reglas convencionales, que

<sup>2</sup> No creemos que aluda á otro que á Sanfuentes.



profesaba la libertad, ó bien que sabía lidiar con cualquiera clase de armas.

Sostenía BELLO que «se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo á todas las exigencias de la sociedad, y aún á las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia á su genio.» Y parece que hubiese querido BELLO dar la prueba de su dicho, como la dió, escribiendo poesías semirománticas en clásico lenguaje. 71

Pero la moda suele ser caprichosa y exigente en demasía. En el mismo *Canto elegíaco* finge el poeta una procesión de sombras. El uso de fantasmas es un síntoma grave de contagio: ya pisaba el poeta el terreno donde la novedad parte límites con la extravagancia.

Víctor Hugo, con su grandeza y pureza primitivas, y con sus ulteriores deslices pueriles y desmanes de jayán, monstruosa combinación de lo grande y lo pequeño, de lo bueno y de lo malo, ejercía evidente prestigio sobre la imaginación de BELLO. A aquella época pertenecen las siguientes traducciones ó imitaciones de las *Hojas de otoño* y de las *Orientales*.

*Las Fantasma*s y *A Olimpio* (1842), llena la primera de ideas febriles y lúgubres del romanticismo germánico, pero de lindas y delicadas formas en la traducción de BELLO; grave y melancólica la segunda, con reminiscencias calderonianas en el estilo del traductor, según ya notamos, y recomendada por el juicio favorable del eminente crítico D. Manuel Cañete;—

*Los Duendes* (1843), ensayo de maroma métrica, poco digno de aprecio, remedo de poesía, en que el traductor, jugando con las ideas y las rimas, como el autor, compite con él y le vence en pruebas de habilidad;—

La *Oración por todos* (1844), la mejor y más admirable poesía de BELLO, en concepto de mu-

chos: en ella el imitador mejoró extraordinariamente el original, y consignó en sentidísimas estrofas afectos personales y de familia, atristados y falseados por desgracia en la parte final, con la mezcla de la obligada fantasmagoría sepulcral;—

*Moisés*, en fin (1844), composición clásica, ajustada á las prescripciones del buen sentido, escrita por Víctor Hugo cuando rendía culto á un ideal y no aspiraba á sorprender al público con esfuerzos de originalidad originalísima; bella en francés, más bella, intachable en la versión castellana de BELLO.

Antes que naciera V. Hugo ya era BELLO alumno de Horacio y de Virgilio: á la vejez seguía las banderas del nuevo poeta que adornaba su carro triunfal con trofeos de España y Alemania.

La larga residencia de BELLO en Inglaterra influyó en él como pensador y como publicista, inspirándole afición al estudio minucioso de los hechos, y haciéndole cauto en orden á los temas brillantes en que los franceses se deslumbran á sí mismos y deslumbran al mundo. Pero en poesía los modelos que BELLO tuvo delante, ya antiguos, ya modernos, fueron siempre latinos. En Caracas traducía ó imitaba á Horacio y á Virgilio; en Londres á Boyardo, y en Santiago á Víctor Hugo: poetas que representan ciertamente tres escuelas poéticas muy diversas: la científica ó didáctica, la fantástica ó caballeresca, y la subjetiva ó psicológica.

La época á que nos referimos de 1841 á 1844 fué de notable actividad literaria en Chile, y BELLO, electrizado, sacudido por aquel movimiento, escribió las poesías citadas, y una segunda y excelente oda á la independencia nacional.

Por el mismo tiempo empezó á escribir una leyenda en verso intitulada *El Proscrito*, de que sólo se han publicado fragmentos.


De ahí hasta el año de 1865, en que murió, sólo hallamos de BELLO, en punto de poesía, algunas

fabulillas, y versos escritos para el álbum de varias damas. El numen había cesado, pero no la actividad mental, de la cual, en ese período, son fruto varias obras científicas y literarias por donde es conocido y respetado en América y en Europa el nombre de ANDRÉS BELLO.

M. A. CARO.

Bogotá, Noviembre 1881.





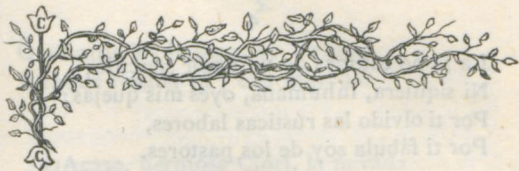
## ÉCOLOGA

INTRODUCCIÓN DE VICHÓN

### POESÍAS JUVENILES

Tu me, habitador del Tajo amable,  
Con el májico lago a Clori amabas;  
A Clori, que con rústico desdén  
Las virtudes auras del pastor papaba,  
La verde margen del ameno río  
Tal vez buscando olivares vistaba,  
Y a la distante causa de sus males  
Desesperado en días que así tuas

No heya tanto, pastor, el zorrillo  
Del tigre aros como de mí te alaba,  
Ni teme tanto al bruto el pajarillo,  
Ni tanto al torz loba las ovejas



## ÉGLOGA

IMITACIÓN DE VIRGILIO

(Inédita.)

**T**IRSIS, habitador del Tajo umbrío,  
Con el más vivo fuego á Clori amaba;  
Á Clori, que con rústico desvío  
Las tiernas ansias del pastor pagaba.  
La verde margen del ameno río  
Tal vez buscando alivio visitaba,  
Y á la distante causa de sus males  
Desesperado enviaba quejas tales:

«No huye tanto, pastora, el corderillo  
Del tigre atroz como de mí te alejas,  
Ni teme tanto al buitre el pajarillo,  
Ni tanto al voraz lobo las ovejas.

La fe no estimas de un amor sencillo,  
 Ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas :  
 Por ti olvido las rústicas labores,  
 Por ti fábula soy de los pastores.

»Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada  
 Ingratitud me causará la muerte:  
 Mi historia en esos árboles grabada  
 Dirá entonces que muero por quererte :  
 Tantos de quienes eres adorada  
 Leerán con pavor mi triste suerte:  
 Nadie entonces querrá decirte amores,  
 Y execrarán tu nombre los pastores.

»Ya la sombra del bosque entrelazado  
 Los animales mismos apetecen,  
 Y bajo el césped que tapiza el prado  
 Los pintados lagartos se guarecen.  
 Si afeita las dehesas el ganado,  
 Si la viña los pájaros guarnece,  
 Yo, sólo por seguir mi bien esquivo,  
 Sufro el rigor del alto can estivo.

»Tú mi amor menosprecias insensata,  
 Y no falta pastora en esta aldea  
 Que, si el nudo en que gimo, un Dios desata,  
 Con Tirsis venturosa no se crea.  
 ¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,  
 Mis obsequios rendir á Galatea,

Ó admitir los halagos de Tirrena,  
Aunque rosada tú y ella morena?

»¿Acaso, hermosa Clori, la nevada  
Blancura de tu tez te ensoberbece?  
El color, como rosa delicada,  
Á la menor injuria se amortece.  
La pálida violeta es apreciada,  
Y lánguido el jazmín tal vez fallece,  
Sin que del ramo, que adornaba ufano,  
Las ninfas le desprendan con su mano.

»Mi amor y tu belleza maldecía,  
Tendido una ocasión sobre la arena,  
Y Tirrena, que acaso me veía,  
—¡Oh Venus, dijo, de injusticias llena;  
Lejos de unir las almas, diosa impía,  
Las divide y separa tu cadena!....  
De Clori sufres tú las esquivaces,  
Y yo te adoro á ti que me aborreces.—

»¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino  
Puede ser á tus ojos tan odioso ;  
Cualquier pastor, cuando el rabel afino,  
Escucha mis tonadas envidioso.  
¿No cubre estas praderas de contino  
Mi cándido rebaño numeroso?  
¿Acaso en Julio ó en el crudo invierno  
Me falta fruto sazonado y tierno?

«Ni tampoco es horrible mi figura,  
 Si no me engaño al verme retratado  
 En el cristal de esa corriente pura;  
 Y á fe que á ese pastor afortunado  
 Que supo dominar alma tan dura,  
 Si á competir conmigo fuese osado,  
 En gentileza, talle y bizarría,  
 Siendo tú misma juez, le excedería.

«Ven á vivir conmigo, ninfa hermosa;  
 ¡Ven! mira las Driadas que te ofrecen  
 En canastos la esencia de la rosa,  
 Y para ti los campos enriquecen.  
 Para ti sola guardo la abundosa  
 Copia de frutos que en mi huerto crecen;  
 Para ti sola el verde suelo pinto  
 Con el clavel, la viola y el jacinto.

«Acuérdate del tiempo en que solías,  
 Cuando niña, venir á mi cercado,  
 Y las tiernas manzanas me pedías  
 Aún cubiertas del vello delicado.  
 Desde la tierra entonces no podías  
 Alcanzar el racimo colorado,  
 Y después que tus medios apurabas,  
 Mi socorro solícita implorabas.

«Entonces era yo vuestro caudillo,  
 Mi tercer lustro apenas comenzado,



Sobresaliendo en el pueril corrillo,  
 Como en la alfombra del ameno prado  
 Descuella entre las hierbas el tomillo.  
 Desde entonces Amor, Amor málvado,  
 Me asestaste traidor la flecha impía  
 Que me atormenta y hiere noche y día.

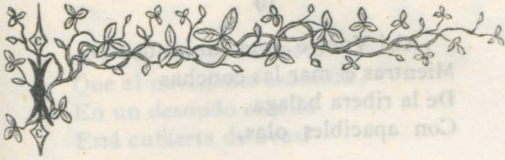
»¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento  
 Guarda Jove al mortal ingrato y duro:  
 Hay destinado sólo á su tormento  
 En el lóbrego Averno un antro oscuro:  
 En su carne cebado un buitre hambriento  
 Le despedaza con el pico impuro,  
 Y el corazón viviente devorado  
 Padece á cada instante renovado.

»Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envío  
 Á la inhumana mi doliente acento.  
 ¿Qué delirio, qué sueño es este mío?  
 Prender quise la sombra, atar el viento,  
 Seguir el humo y detener el río.  
 Y mientras lo imposible loco intento,  
 Tengo en casa la vid medio podada,  
 Y en el bosque la grey abandonada.

»¿Qué fruto saco de elevar al cielo  
 Esta continua lúgubre querella?  
 Ni encender puedo un corazón de hielo,  
 Ni torcer el influjo de mi estrella.

Si Clori desestima mi desvelo,  
 Sabrá premiarle otra pastora bella.  
 Ya baja el sol al Occidente frío;  
 Vuelve, vuelve al redil, ganado mío.





## ODA

### IMITACIÓN DE HORACIO

(*O navis referent...*)

QUÉ nuevas esperanzas  
Al mar te llevan? Torna,  
Torna, atrevida nave,  
Á la nativa costa.

Aún ves de la pasada  
Tormenta mil memorias,  
¿Y ya á correr fortuna  
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes  
Aleves tu derrota,  
Do tarde los peligros  
Avisará la sonda.

¡ Ah! Vuelve, que aún es tiempo,  
Mientras el mar las conchas  
De la ribera halaga  
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros  
Vendrá á batir las rocas,  
Y náufragas reliquias  
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda  
La presumida pompa  
No arredra los insultos  
De tempestad sonora.

¿ Qué valen contra el Euro,  
Tirano de las ondas,  
Las barras y leones  
De tu dorada popa?

¿ Qué tu nombre, famoso  
En reinos de la Aurora,  
Y donde al sol recibe  
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,  
Segura de sí propia,  
Desafiaba al viento  
Otra arrogante proa;

Y ya padrón infausto  
 Que al navegante asombra,  
 En un desnudo escollo  
 Está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo  
 No tuerces? ¿Orgullosa  
 Descoges nuevas velas,  
 Y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!  
 Que ya el cielo se entolda,  
 Y las nubes bramando  
 Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana  
 Que hinchada se alborota,  
 Ni el vendaval te asusta  
 Que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido  
 De mi inquietud ansiosa;  
 Vuelve á la amiga playa  
 Antes que el sol se esconda!





ODA AL ANAUCO

**I**RRITE la codicia  
 Por rumbos ignorados  
 Á la sonante Tetis  
 Y bramadores austros;  
 El pino que habitaba  
 Del Betis fortunado  
 Las márgenes amenas  
 Vestidas de amaranto,  
 Impunemente admire  
 Los deliciosos campos  
 Del Ganges caudaloso,  
 De aromas coronado.  
 Tú, verde y apacible  
 Ribera del Anauco,

Para mí más alegre  
Que los bosques Idalios  
Y las vegas hermosas  
De la plácida Pafos,  
Resonarás continuo  
Con mis humildes cantos;  
Y cuando ya mi sombra  
Sobre el funesto barco  
Visite del Erebo  
Los valles solitarios,  
En tus umbrías selvas  
Y retirados antros  
Erraré cual un día,  
Tal vez abandonando  
La silenciosa margen  
De los estigios lagos.  
La turba dolorida  
De los pueblos cercanos  
Evocará mis manes  
Con lastimero llanto;  
Y ante la triste tumba,  
De funerales ramos  
Vestida, y olorosa  
Con perfumes indianos,  
Dirá llorando Filis:  
«Aquí descansa Fabio.»  
¡Mil veces venturoso!  
Pero, tú, desdichado,  
Por bárbaras naciones  
Lejos del clima patrio  
Débilmente vaciles  
Al peso de los años.

Devoren tu cadáver  
 Los canes sanguinarios  
 Que apacienta Caribdis  
 En sus rudos peñascos;  
 Ni aplaque tus cenizas  
 Con ayes lastimados  
 La pérfida consorte  
 Ceñida de otros brazos.

Rovero el León soberbio la cadena  
 Con que a él pensó la felonía,  
 Y sacula con noble bizarria  
 Sobre el robusto cuello la melena;  
 La espuma del furor sus labios llena,  
 Y a los rugidos que le manda envía,  
 El que tiembla en su sombra umbria,  
 Y todo el bosque a su alito temena.  
 En la cumbre de la montaña,  
 Lo que veas creíste, fue desengaño;  
 Las juveniles fuerzas guarda enteras,  
 Perseguido, alavaca cazadora,  
 A la verde lidre, al ciervo manso;  
 ¡No resólves al monarca de los fieros!





## Á LA VICTORIA DE BAILÉN

---


**R**OMPE el León soberbio la cadena  
Con que atarle pensó la felonía,  
Y sacude con noble bizarría  
Sobre el robusto cuello la melena:

La espuma del furor sus labios llena,  
Y á los rugidos que indignado envía,  
El tigre tiembla en la caverna umbría,  
Y todo el bosque atónito resuena.

El León despertó; temblad, traidores;  
Lo que vejez creisteis, fué descanso;  
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,  
Á la tímida liebre, al ciervo manso;  
¡No insultéis al monarca de las fieras!





SILVA

SILVAS AMERICANAS

Y

CANTICOS PATRIÓTICOS



## SILVA

Á LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

**S**ALVE, fecunda zona,  
Que al sol enamorado circunscribes  
El vago curso, y cuanto sér se anima  
En cada vario clima,  
Acariciada de su luz, concibes!  
Tú tejes al verano su guirnalda  
De granadas espigas; tú la uva  
Das á la herviente cuba:  
No de purpúrea fruta, ó roja, ó gualda,  
Á tus florestas bellas  
Falta matiz alguno; y bebe en ellas  
Aromas mil el viento;  
Y greyes van sin cuento  
Paciendo tu verdura, desde el llano

Que tiene por lindero el horizonte,  
 Hasta el erguido monte,  
 De inaccesible nieve siempre cano.  
 Tú das la caña hermosa,  
 De do la miel se acendra,  
 Por quien desdeña el mundo los panales:  
 Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
 Que en la espumante jícara rebosa:  
 Bulle carmín viviente en tus nopales,  
 Que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
 Y de tu añil la tinta generosa  
 Émula es de la lumbre del zafiro;  
 El vino es tuyo, que la herida agave <sup>1</sup>  
 Para los hijos vierte  
 Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,  
 Que cuando de süave  
 Humo en espiras vagarosas huya,  
 Solazará el fastidio al ocio inerte.  
 Tu vistes de jazmines  
 El arbusto seabo <sup>2</sup>,  
 Y el perfume le das que en los festines  
 La fiebre insana templará á Lieo.  
 Para tus hijos la procera palma <sup>3</sup>  
 Su vario feudo cría,  
 Y el ananás sazona su ambrosía:

<sup>1</sup> Maguey ó pita (*Agave americana*, L.) que da el pulque.

<sup>2</sup> El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

<sup>3</sup> Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre; pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

Su blanco pan la yuca <sup>1</sup>,  
 Sus rubias pomas la patata educa,  
 Y el algodón despliega al aura leve  
 Las rosas de oro y el vellón de nieve.  
 Tendida para tí la fresca parcha <sup>2</sup>  
 En enramadas de verdor lozano,  
 Cuelga de sus sarmientos trepadores  
 Nectáreos globos y franjadas flores;  
 Y para tí el maíz, jefe altanero  
 De la espigada tribu, hinche su grano;  
 Y para ti el banano <sup>3</sup>  
 Desmaya al peso de su dulce carga;  
 El banano, primero  
 De cuantos concedió bellos presentes  
 Providencia á las gentes  
 Del Ecuador feliz con mano larga.  
 No ya de humanas artes obligado  
 El premio rinde opimo:

<sup>1</sup> No se debe confundir (como se ha hecho en un Diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manibot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*) con la *Yucca* de los botánicos.

<sup>2</sup> Este nombre se da en Venezuela á las *Pasifloras* ó *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

<sup>3</sup> El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas, y de que sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no solo da, á proporción del terreno que ocupa, más eantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantio, sino que de todos los vegetales alimenticios este es el que pide menos trabajo y menos cuidado. (*El A.*)

No es á la podadera, no al arado  
 Deudor de su racimo ;  
 Escasa industria bástale, cual puede  
 Hurtar á sus fatigas mano esclava :  
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba ,  
 Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡ oh ! si cual no cede  
 El tuyo, fértil zona, á suelo alguno ,  
 Y como de natura esmero ha sido ,  
 De tu indolente habitador lo fuera :  
 ¡ Oh ! ¡ Si al falaz ruido  
 La dicha al fin supiese verdadera  
 Anteponer, que del umbral le llama  
 Del labrador sencillo,  
 Lejos del necio y vano  
 Fasto, el mentido brillo ,  
 El ocio pestilente ciudadano !  
 ¿ Por qué ilusión funesta  
 Aquellos que fortuna hizo señores  
 De tan dichosa tierra y pingüe y varia ,  
 Al cuidado abandonan  
 Y á la fe mercenaria  
 Las patrias heredades,  
 Y en el ciego tumulto se aprisionan  
 De míseras ciudades,  
 Do la ambición proterva  
 Sopla la llama de civiles bandos ,  
 Ó al patriotismo la desidia enerva ;  
 Do el lujo las costumbres atosiga,  
 Y combaten los vicios  
 La incauta edad en poderosa liga ?

No allí con varoniles ejercicios  
 Se endurece el mancebo á la fatiga;  
 Mas la salud estraga en el abrazo  
 De pérftda hermosura,  
 Que pone en almoneda los favores;  
 Mas pasatiempo estima  
 Prender aleve en casto seno el fuego  
 De ilícitos amores;  
 Ó embebecido le hallará la aurora  
 En mesa infame de ruinoso juego.  
 En tanto á la lisonja seductora  
 Del asiduo amador fácil oído  
 Da la consorte: crece  
 En la materna escuela  
 De la disipación y el galanteo  
 La tierna virgen, y al delito espuela  
 Es antes el ejemplo que el deseo.  
 ¿Y será que se formen de ese modo  
 Los ánimos heroicos denodados  
 Que fundan y sustentan los Estados?  
 ¿De la algazara del festín beodo,  
 Ó de los coros de liviana danza,  
 La dura juventud saldrá, modesta,  
 Orgullo de la patria y esperanza?  
 ¿Sabrá con firme pulso  
 De la severa ley regir el freno;  
 Brillar en torno aceros homicidas  
 En la dudosa lid verá sereno:  
 Ó animoso hará frente al genio altivo  
 Del engreído mando en la tribuna,  
 Aquél que ya en la cuna  
 Durmió al arrullo del cantar lascivo,

Que riza el pelo, y se unge, y se atavía  
 Con femenil esmero,  
 Y en indolente ociosidad el día,  
 Ó en criminal lujuria, pasa entero?  
 No así trató la triunfadora Roma  
 Las artes de la paz y de la guerra;  
 Antes fió las riendas del Estado  
 Á la mano robusta  
 Que tostó el sol y encalleció el arado:  
 Y bajo el techo humoso campesino  
 Los hijos educó, que el conjurado  
 Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que, afortunados poseedores,  
 Habéis nacido de la tierra hermosa  
 En que reseña hacer de sus favores,  
 Como para ganaros y atraeros,  
 Quiso naturaleza bondadosa!  
 Romped el duro encanto  
 Que os tiene entre murallas prisioneros.  
 El vulgo de las artes laborioso,  
 El mercader, que necesario al lujo,  
 Al lujo necesita,  
 Los que anhelando van tras el señuelo  
 Del alto cargo y del honor ruidoso,  
 La grey de aduladores parasita,  
 Gustosos pueblen ese infecto caos:  
 El campo es vuestra herencia: en él gozaos.  
 ¿Amáis la libertad? El campo habita,  
 No allá donde el magnate  
 Entre armados satélites se mueve,  
 Y de la moda, universal señora,



Va la razón al triunfal carro atada,  
 Y á la fortuna la insensata plebe,  
 Y el noble al aura popular adora.  
 ¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,  
 La solitaria calma  
 En que, juez de sí misma, pasa el alma  
 Á las acciones muestra,  
 Es de la vida la mejor maestra!  
 ¿Buscáis durables goces,  
 Felicidad, cuanta es al hombre dada  
 Y á su terreno asiento, en que vecina  
 Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre  
 Donde halaga la flor, punza la espina?  
 Id á gozar la suerte campesina;  
 La regalada paz, que ni rencores  
 Al labrador, ni envidias acibaran;  
 La cama que mullida le preparan  
 El contento, el trabajo, el aire puro;  
 Y el sabor de los fáciles manjares,  
 Que dispendiosa gula no le aceda;  
 Y el asilo seguro  
 De sus patrios hogares  
 Que á la salud y al regocijo hospeda.  
 El aura respirad de la montaña,  
 Que vuelve al cuerpo laso  
 El perdido vigor, que á la enojosa  
 Vejez retarda el paso,  
 Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.  
 ¿Es allí menos blanda por ventura  
 De amor la llama, que templó el recato?  
 ¿Ó menos aficiona la hermosura  
 Que de extranjero ornato

Y afeites impostores no se cura?  
 ¿Ó el corazón escucha indiferente  
 El lenguaje inocente  
 Que los afectos sin disfraz expresa  
 Y á la intención ajusta la promesa?  
 No del espejo al importuno ensayo  
 La risa se compone, el paso, el gesto;  
 Ni falta allí carmín al rostro honesto  
 Que la modestia y la salud colora,  
 Ni la mirada que lanzó al soslayo  
 Tímido amor, la senda al alma ignora.  
 ¿Esperaréis que forme  
 Más venturosos lazos himeneo,  
 Do el interés barata,  
 Tirano del deseo,  
 Ajena mano y fe por nombre ó plata,  
 Que do conforme gusto, edad conforme,  
 Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes

Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
 Heridas de la guerra: el fértil suelo,  
 Áspero ahora y bravo,  
 Al desacostumbrado yugo torne  
 Del arte humana, y le tribute esclavo.  
 Del obstruído estanque y del molino  
 Recuerden ya las aguas el camino:  
 El intrincado bosque el hacha rompa,  
 Consuma el fuego: abrid en luengas calles  
 La oscuridad de su infructuosa pompa.  
 Abrigo den los valles  
 Á la sedienta caña;

La manzana y la pera  
 En la fresca montaña  
 El cielo olviden de su madre España:  
 Adorne la ladera  
 El cafetal: ampare  
 Á la tierna teobroma en la ribera  
 La sombra maternal de su bucare<sup>1</sup>:  
 Aquí el verjel, allá la huerta ría....  
 ¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
 Ya dócil á tu voz, agricultura,  
 Nodriz de las gentes, la caterva  
 Servil armada va de corvas hoces;  
 Mírola ya que invade la espesura  
 De la floresta opaca; oigo las voces;  
 Siento el rumor confuso; el hierro suena;  
 Los golpes el lejano  
 Eco redobla; gime el ceibo anciano,  
 Que á numerosa tropa  
 Largo tiempo fatiga:  
 Batido de cien hachas se estremece,  
 Estalla al fin, y rinde el ancha copa.  
 Huyó la fiera: deja el caro nido,  
 Deja la prole implume  
 El ave, y otro bosque no sabido  
 De los humanos, va á buscar doliente....  
 ¿Qué miro? Alto torrente  
 De sonora llama  
 Corre, y sobre las áridas ruinas  
 De la postrada selva se derrama.

<sup>1</sup> El cacao (*Theobroma cacao*, L.) suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

El rauda incendio á gran distancia brama,  
 Y el humo en negro remolino sube,  
 Aglomerando nube sobre nube.  
 Ya de lo que antes era  
 Verdor hermoso y fresca lozanía,  
 Sólo difuntos troncos,  
 Sólo cenizas quedan, monumento  
 De la dicha mortal, burla del viento.  
 Mas al vulgo bravío  
 De las tupidas plantas montaraces  
 Sucede ya el fructífero plantío  
 En muestra ufana de ordenadas haces.  
 Ya ramo á ramo alcanza,  
 Y á los rollizos tallos hurta el día:  
 Ya la primera flor desvuelve el seno,  
 Bello á la vista, alegre á la esperanza:  
 Á la esperanza, que riendo enjuga  
 Del fatigado agricultor la frente,  
 Y allá á lo lejos el opimo fruto,  
 Y la cosecha apañadora pinta,  
 Que lleva de los campos el tributo,  
 Colmado el cesto, y con la falda en cinta,  
 Y bajo el peso de los largos bienes  
 Con que al colono acude,  
 Hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,  
 Mas á merced y á compasión te mueva  
 La gente agricultora  
 Del Ecuador, que del desmayo triste  
 Con renovado aliento vuelve ahora,  
 Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,

Tantos años de fiera  
 Devastación y militar insulto,  
 Aún más que tu clemencia antigua implora.  
 Su rústica piedad, pero sincera,  
 Halle á tus ojos gracia : no el risueño  
 Porvenir que las penas le aligera,  
 Cual de dorado sueño  
 Visión falaz, desvanecido llore :  
 Intempestiva lluvia no maltrate  
 El delicado embrión : el diente impío  
 De insecto roedor no lo devore :  
 Sañudo vendaval no lo arrebate,  
 Ni agote al árbol el materno jugo  
 La calorosa sed de largo estió.  
 Y pues al fin te plugo,  
 Árbitro de la suerte soberano,  
 Que suelto el cuello de extranjero yugo  
 Erguiese al cielo el hombre americano ;  
 Bendecida de ti se arraigue y medre  
 Su libertad : en el más hondo encierra  
 De los abismos la malvada guerra,  
 Y el miedo de la espada asoladora  
 Al suspicaz cultivador no arredre  
 Del arte bienhechora,  
 Que las familias nutre y los Estados :  
 La azorada inquietud deje las almas,  
 Deje la triste herrumbre los arados.  
 Asaz de nuestros padres malhadados  
 Expiamos la bárbara conquista.  
 ¿Cuántas doquier la vista  
 No asombran erizadas soledades,  
 Do cultos campos fueron, do ciudades?

De muertes, proscripciones,  
 Suplicios, orfandades,  
 ¿Quién contará la pavorosa suma?  
 Saciadas duermen ya de sangre ibera  
 Las sombras de Atahualpa y Motezuma.  
 ¡Ah! Desde el alto asiento  
 En que escabel te son alados coros  
 Que velan en pasmado acatamiento  
 La faz ante la lumbre de tu frente  
 (Si merece por dicha una mirada  
 Tuya la sin ventura humana gente),  
 El ángel nos envía,  
 El ángel de la paz, que al crudo ibero  
 Haga olvidar la antigua tiranía,  
 Y acatar reverente el que á los hombres  
 Sagrado diste, imprescriptible fuero:  
 Que alargar le haga al injuriado hermano  
 (¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;  
 Y si la innata mansedumbre duerme,  
 La despierte en el pecho americano.  
 El corazón lozano  
 Que una feliz oscuridad desdeña,  
 Que en el azar sangriento del combate  
 Alborozado late,  
 Y codicioso de poder ó fama,  
 Nobles peligros ama;  
 Baldón estime sólo y vituperio  
 El prez que de la patria no reciba,  
 La libertad más dulce que el imperio,  
 Y más hermosa que el laurel la oliva.  
 Ciudadano el soldado,  
 Deponga de la guerra la librea:

El ramo de victoria  
 Colgado al ara de la patria sea,  
 Y sola adorne al mérito la gloria.  
 De su triunfo entónces, patria mía,  
 Verá la paz el suspirado día;  
 La paz, á cuya vista el mundo llena  
 Alma, serenidad y regocijo,  
 Vuelve alentado el hombre á la faena,  
 Alza el ancla la nave, á las amigas  
 Auras encomendándose animosa,  
 Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,  
 Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
 Alzáis sobre el atónito Occidente  
 De tempranos laureles la cabeza!  
 Honrad el campo, honrad la simple vida  
 Del labrador, y su frugal llaneza.  
 Así tendrán en vos perpetuamente  
 La libertad morada,  
 Y freno la ambición, y la ley templo.  
 Las gentes á la senda  
 De la inmortalidad, ardua y fragosa,  
 Se animarán, citando vuestro ejemplo.  
 Lo emulará celosa  
 Vuestra posteridad, y nuevos nombres  
 Añadiendo la fama  
 Á los que ahora aclama,  
 «Hijos son estos, hijos  
 (Pregonará á los hombres)  
 De los que vencedores superaron  
 De los Andes la cima:

De los que en Boyacá, los que en la arena  
 De Maipo y en Junín, y en la campaña  
 Gloriosa de Apurima,  
 Postrar supieron al león de España.

1826.







## ALOCUCIÓN Á LA POESÍA

**D**IVINA Poesía ,  
Tú de la soledad habitadora ,  
Á consultar tus cantos enseñada  
Con el silencio de la selva umbría ;  
Tú á quien la verde gruta fué morada ,  
Y el eco de los montes compañía ;  
Tiempo es que dejes ya la culta Europa ,  
Que tu nativa rustiquez desama ,  
Y dirijas el vuelo adonde te abre  
El mundo de Colón su grande escena .  
También propicio allí respeta el cielo  
La siempre verde rama  
Con que al valor coronas :

También allí la florecida vega,  
 El bosque enmarañado, el sesgo río,  
 Colores mil á tus pinceles brindan;  
 Y céfiro revuela entre las rosas;  
 Y fúlgidas estrellas  
 Tachonan la carroza de la noche;  
 Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas  
 De nacaradas nubes, se levanta;  
 Y la avecilla en no aprendidos tonos  
 Con dulce píco endechas de amor canta.

¿Qué á ti, silvestre ninfa, son las pompas  
 De dorados alcázares reales?  
 ¿Á tributar también irás en ellos  
 En medio de la turba cortesana  
 El torpe incienso de servil lisonja?  
 No tal te vieron tus más bellos días  
 Cuando en la infancia de la gente humana,  
 Maestra de los pueblos y los reyes  
 Cantaste al mundo las primeras leyes.  
 No te detenga ¡oh Diosa!  
 Esta región de luz y de miseria,  
 En donde tu ambiciosa  
 Rival Filosofía,  
 Que la virtud á cálculo somete,  
 De los mortales te ha usurpado el culto;  
 Donde la coronada hidra amenaza  
 Traer de nuevo al pensamiento esclavo  
 La antigua noche de barbarie y crimen:  
 Donde la libertad vano delirio,  
 Fe la servilidad, grandeza el fasto,  
 La corrupción cultura se apellida:

Descuelga de la encina carcomida  
 Tu dulce lira de oro, con que un tiempo  
 Los prados y las flores, el susurro  
 De la floresta opaca, el apacible  
 Murmurar del arroyo trasparente,  
 Las gracias atractivas  
 De natura inocente  
 Á los hombres cantaste embelesados;  
 Y sobre el vasto Atlántico tendiendo  
 Las vagarosas alas, á otro cielo,  
 Á otro mundo, á otras gentes te encamina,  
 Do viste aún su primitivo traje  
 La tierra, al hombre sometida apenas;  
 Y las riquezas de los climas todos,  
 América, del Sol joven esposa,  
 Del antiguo Oceano hija postrera,  
 En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,  
 Qué prado ameno, qué repuesto bosque  
 Harás tu domicilio? ¿En qué felice  
 Playa estampada tu sandalia de oro  
 Será primero? ¿Dónde el claro río  
 Que de Albion los héroes vió humillados,  
 Los azules pendones reverbera  
 De Buenos Aires, y orgulloso arrastra  
 De cien potentes aguas los tributos  
 Al atónito mar? ¿Ó dónde emboza  
 Su doble cima el Ávila entre nubes,  
 Y la ciudad renace de Losada <sup>4</sup>?

<sup>4</sup> Fundador de Caracas. (El A.)

¿Ó más te sonreirán, Musa, los valles  
 De Chile afortunado, que enriquecen  
 Rubias cosechas y süaves frutos;  
 Do la inocencia y el candor ingenuo  
 Y la hospitalidad del mundo antiguo  
 Con el valor y el patriotismo habitan?  
 ¿Ó la ciudad <sup>1</sup> que el águila posada  
 Sobre el nopal mostró al azteca errante  
 Y el suelo de inexhaustas venas rico  
 Que casi hartaron la avarienta Europa?  
 Ya de la mar del Sur la bella reina,  
 Á cuyas hijas dió la gracia en dote  
 Naturaleza, habitación te brinda  
 Bajo su blando cielo, que no turban  
 Lluvias jamás ni embravecidos vientos.  
 ¿Ó la elevada Quito  
 Harás tu albergue, que entre canas cumbres  
 Sentada, oye bramar las tempestades  
 Bajo sus piés, y etéreas auras bebe  
 Á tu celeste inspiración propicias?  
 Mas oye do tronando se abre paso  
 Entre murallas de peinada roca,  
 Y, envuelto en blanca nube de vapores  
 De vacilantes iris matizada,  
 Los valles va á buscar de Magdalena  
 Con salto audaz el Bogotá espumoso.  
 Allí memorias de tempranos días  
 Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce  
 Y nativa inocencia venturosos,  
 Sustento fácil dió á sus moradores,

<sup>1</sup> Méjico. (El A.)

Primera prole de su fértil seno  
 Cundinamarca; antes que el corvo arado  
 Violase el suelo, ni extranjera nave  
 Las apartadas costas visitara.  
 Aún no aguzado la ambición había  
 Elhierro atroz; aún no degenerado  
 Buscaba el hombre bajo oscuros techos  
 El albergue, que grutas y florestas  
 Saludable le daban y seguro,  
 Sin que señor la tierra conociese,  
 Los campos valla, ni los pueblos muro.  
 La libertad sin leyes florecía,  
 Todo era paz, contento y alegría;  
 Cuando de dichas tantas envidiosa  
 Huitaca bella <sup>1</sup>, de las aguas diosa,  
 Hinchando el Bogotá, sumerge el valle,  
 De la gente infeliz, parte pequeña  
 Asilo halló en los montes:  
 El abismo voraz sepulta el resto.  
 Tú cantarás cómo indignó el funesto  
 Estrago de su casi extinta raza  
 Á Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe  
 Con su cetro divino la enriscada  
 Montaña, y á las ondas abre calle.  
 El Bogotá, que, inmenso lago un día,  
 De cumbre á cumbre dilató su imperio;  
 De las ya estrechas márgenes, que asalta  
 Con vana furia, la prisión desdeña,  
 Y por la brecha hirviendo se despeña.

<sup>1</sup> Huitaca, mujer de Nenquetaba ó Bóchica, legislador de los Muisca. — V. Humboldt, *Vues des Cordilliers*, t. 1. (El A.)

Tú cantarás cómo á las nuevas gentes  
 Nenqueteaba piadoso leyes, y artes,  
 Y culto dió; después que á la maligna  
 Ninfa mudó en lumbrera de la noche,  
 Y de la Luna por la vez primera  
 Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, á celebrar las maravillas  
 Del Ecuador: canta el vistoso cielo  
 Que de los astros todos los hermosos  
 Coros alegran; donde á un tiempo el vasto  
 Dragón del Norte su dorada espira  
 Desvuelve en torno al luminar inmóvil  
 Que el rumbo al marinero audaz señala,  
 Y la paloma cándida de Arauco  
 En las australes ondas moja el ala.  
 Si tus colores los más ricos mueles  
 Y tomas el mejor de tus pinceles,  
 Podrás los climas retratar, que entero  
 El vigor guardan genital primero  
 Con que la voz omnipotente, oída  
 Del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
 Sobre su informe faz aparecida,  
 Y de verdura la cubrió y de vida.  
 Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
 Que vuestros verdes laberintos puebla,  
 Y en varias formas y estatura y galas  
 Hacer parece alarde de sí mismo,  
 Poner presumirá nombre ó guarismo?  
 En densa muchedumbre  
 Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
 Bejucos, vides, gramas:

Las ramas á las ramas,  
 Pugnando por gozar de las felices  
 Auras y de la luz, perpetua guerra  
 Hacen, y á las raíces  
 Angosto viene el seno de la tierra.  
 ¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,  
 Del Cauca á las orillas me llevara,  
 Y el blando aliento respirar me diera  
 De la siempre lozana primavera  
 Que allí su reino estableció y su corte!  
 Ó, si ya de cuidados enojosos  
 Exento, por las márgenes amenas  
 Del Aragua moviese  
 El tardo incierto paso,  
 Ó reclinado acaso  
 Bajo una fresca palma en la llanura,  
 Viese arder en la bóveda azulada  
 Tus cuatro lumbres bellas,  
 ¡Oh Cruz del Sur! que las nocturnas horas  
 Mides al caminante  
 Por la espaciosa soledad errante;  
 Ó del cucuy las luminosas huellas  
 Viese cortar el aire tenebroso,  
 Y del lejano tambo á mis oídos  
 Viniera el son del yarabí amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
 Algún Marón americano ¡oh Diosa!  
 También las mieses, los rebaños cante,  
 El rico suelo al hombre avasallado,  
 Y las dádivas mil con que la zona  
 De Febo amada al labrador corona;

Donde cándida miel llevan las cañas,  
 Y animado carmín la tuna cría,  
 Donde tremola el algodón su nieve,  
 Y el ananás sazona su ambrosía;  
 De sus racimos la variada copia  
 Rinde el palmar, de azucarados globos  
 El zapotillo, su manteca ofrece  
 La verde palta, da el añil su tinta,  
 Bajo su dulce carga desfallece  
 El banano, el café el aroma acendra  
 De sus albos jazmines, y el cacao  
 Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía  
 Los horrores decir, y al son del parche  
 Que los maternos pechos estremece,  
 Pintar las huestes que furiosas corren  
 Á destrucción y el suelo hinchen de luto?  
 ¡Oh! ¡Si ofrecieses menos fértil tema  
 Á bélicos cantares, patria mía!  
 ¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado  
 La sangre de tus hijos y la ibera?  
 ¿Qué páramo no dió en humanos miembros  
 Pasto al condor? ¿Qué rústicos hogares  
 Salvar su oscuridad pudo á las furias  
 De la civil discordia embravecida?  
 Pero no en Roma obró prodigio tanto  
 El amor de la patria, no en la austera  
 Esparta, no en Numancia generosa;  
 Ni de la historia da página alguna,  
 Musa, más altos hechos á tu canto.



¿Á qué provincia el premio de alabanza,  
 Ó á qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,  
 Que, vencedor de cien sangrientas lides,  
 Muriendo, el suelo consagró de Talca;  
 Y la memoria eternizar desea  
 De aquellos granaderos de á caballo  
 Que mandó en Chacabuco Necochea.  
 ¿Pero de Maipo la campiña sola  
 Cuán larga lista ¡oh Musa! no te ofrece,  
 Para que en tus cantares se repita,  
 De campeones cuya frente adorna  
 El verde honor que nunca se marchita?  
 Donde ganó tan claro nombre Bueras,  
 Que con sus caballeros denodados  
 Rompió del enemigo las hileras;  
 Y donde el regimiento de Coquimbo  
 Tantos héroes contó como soldados.

.....  
 ¿De Buenos Aires la gallarda gente  
 No ves, que el premio del valor te pide?  
 Castelli osado, que las fuerzas mide  
 Con aquel monstruo que la cara esconde  
 Sobre las nubes y á los hombres huella;  
 Moreno, que abogó con digno acento  
 De los opresos pueblos la querella;  
 Y tú, que de Suipacha en las llanuras  
 Diste á tu casa agüero de venturas,  
 Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento  
 Que la tierra natal de glorias rica  
 Hicisteis con la espada ó con la pluma,

Si el justo galardón se os adjudica,  
No temeréis que el tiempo le consuma.

.....

Ni sepultada quedará en olvido  
La Paz, que tantos claros hijos llora,  
Ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,  
Ni Cochabamba, que de patrio celo  
Ejemplos memorables atesora;  
Ni Potosí, de minas no tan rico  
Como de nobles pechos; ni Arequipa,  
Que de Vizcardo con razón se alaba,  
Ni á la que el Rímac las murallas lava,  
Que *de los Reyes* fué, ya de sí propia,  
Ni la ciudad que dió á los Incas cuna,  
Leyes al Sur, y que si áun gime esclava,  
Virtud no le faltó, sino fortuna.  
Pero la libertad, bajo los golpes  
Que la ensangrientan, cada vez más brava,  
Más indomable, nuevos cuellos yergue,  
Que al despotismo harán soltar la clava. ....  
No largo tiempo usurpará el imperio  
Del Sol la hispana gente advenediza,  
Ni al ver su trono en tanto vituperio  
De Manco Cápac gemirán los manes.  
De Angulo y Pumacagua la ceniza  
Nuevos y más felices capitanes  
Vengarán, y á los hados de su pueblo  
Abrirán vencedores el camino.  
Huid, días de afán, días de luto,  
Y acelerad los tiempos que adivino.  
.....  
Diosa de la memoria, himnos te pide

El imperio también de Motezuma,  
 Que, rota la coyunda de Iturbide,  
 Entre los pueblos libres se numera.  
 Mucho, nación bizarra mejicana,  
 De tu poder y de tu ejemplo espera  
 La libertad; ni su esperanza es vana,  
 Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,  
 Y no en un mar te engolfes que sembrado  
 De los fragmentos ves de tanta nave.  
 Llegada al puerto venturoso, un día  
 Los héroes contarás á que se debe  
 Del arresto primero la osadía;  
 Que á veteranas filas rostro hicieron  
 Con pobre, inculta, desarmada plebe,  
 Excepto de valor, de todo escasa;  
 Y el coloso de bronce sacudieron  
 Á que tres siglos daban firme basa.  
 Si á brazo más feliz, no más robusto,  
 Poderlo derrocar dieron los cielos,  
 De Hidalgo no por eso y de Morelos  
 Eclipsará la gloria olvido ingrato;  
 Ni el nombre callarán de Guanajuato  
 Los claros fastos de tu heroica lucha,  
 Ni de tanta ciudad, que, reducida  
 Á triste yermo, á un enemigo infama  
 Que, vencedor, sus pactos sólo olvida;  
 Que hace exterminio, y sumisión lo llama.  
 .....  
 Despierte (¡oh Musa! tiempo es ya), despierte  
 Algún sublime ingenio, que levante  
 El vuelo á tan espléndido sujeto,  
 Y que de Popayán los hechos cante

Y de la no inferior Barquisimeto,  
 Y del pueblo <sup>1</sup> también, cuyos hogares  
 Á sus orillas mira el Manzanares;  
 No el de ondas pobre y de verdura exhausto,  
 Que de la regia corte sufre el fausto,  
 Y de su servidumbre está orgulloso,  
 Mas el que de aguas bellas abundoso,  
 Como su gente lo es de bellas almas,  
 Del cielo, en su cristal sereno, pinta  
 El puro azul, corriendo entre las palmas  
 De esta y aquella deliciosa quinta:  
 Que de Angostura las proezas cante,  
 De libertad inexpugnable asilo,  
 Donde la tempestad desoladora  
 Vino á estrellarse; y con süave estilo  
 De Bogotá los timbres diga al mundo,  
 De Guayaquil, de Maracaibo (ahora  
 Agobiada de bárbara cadena),  
 Y de cuantas provincias Cauca baña,  
 Orinoco, Esmeralda, Magdalena,  
 Y cuantas bajo el nombre Colombiano  
 Con fraternal unión se dan la mano.

.....  
 Mira donde contrasta sin murallas  
 Mil porfiados ataques Barcelona.  
 Es un convento el último refugio  
 De la arrestada, aunque pequeña, tropa  
 Que la defiende: en torno el enemigo,  
 Cuantos conoce el fiero Marte acopia  
 Medios de destrucción; ya por cien partes

<sup>1</sup> Cumaná. (El A.)

Cede al batir de las tonantes bocas  
 El débil muro, y superior en armas  
 Á cada brecha una legión se agolpa;  
 Cuanto el valor y el patriotismo pueden  
 El patriotismo y el valor agotan;  
 Mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena  
 Pintarás el horror, tú que á las sombras  
 Belleza das, y al cuadro de la muerte  
 Sabes encadenar la mente absorta.  
 Tú pintarás al vencedor furioso  
 Que ni al anciano trémulo perdona  
 Ni á la inocente edad, y en el regazo  
 De la insultada madre al hijo inmola.  
 Pocos reserva á vil suplicio el hierro:  
 Su rabia insana en los demás desfogaba  
 Un enemigo que hacer siempre supo  
 Más que la lid, sangrienta la victoria.  
 Tú pintarás de Chamberlén el triste  
 Pero glorioso fin. La tierna esposa  
 Herido va á buscar; el débil cuerpo  
 Sobre el acero ensangrentado apoya;  
 Estréchala á su seno. «Libertarme  
 De un cadalso afrentoso puede sola  
 La muerte (dice); este postrero abrazo  
 Me la hará dulce: ¡adiós!» Cuando con pronta  
 Herida va á matarse, ella atajando  
 El brazo alzado ya, «¿Tú á la deshonra,  
 Tú á ignominiosa servidumbre, á insultos  
 Más que la muerte horribles me abandonas?  
 Para sufrir la afrenta falta (dice)  
 Valor en mí; para imitarte, sobra,  
 Muramos ambos.» Hieren

Á un tiempo dós aceros  
 Entrambos pechos: abrazados mueren.

.....

Pero al de Margarita, ¿qué otro nombre

Deslucirá? Donde hasta el sexo blando

Con los varones las fatigas duras

Y los peligros de la guerra parte;

Donde á los defensores de la patria

Forzoso fué, para lidiar, las armas

Al enemigo arrebatat lidiando;

Donde el caudillo á quien armó Fernando

De su poder y de sus fuerzas todas

Para que de venganza les saciara,

Al inexperto campesino vulgo

Que sus falanges denodado acosa,

El campo deja en fuga ignominiosa.

.....

Ni menor prez los tiempos venideros

Á la virtud darán de Cartagena.

No la domó el valor: no al hambre cede

Que sus guerreros ciento á ciento siega:

Nadie á partidos viles presta oídos:

Cuantos un resto de vigor conservan,

Lánzanse al mar, y la enemiga flota

En mal seguros leños atraviesan.

Mas no el destierro su constancia abate,

Ni á la desgracia la cerviz doblegan;

Y si una orilla dejan, que profana

La usurpación, y las venganzas yerman,

Ya á verla volverán bajo estandartes

Que á coronar el patriotismo fuerzan

Á la fortuna, y les darán los cielos

Á indignas manos arrancar la presa:  
 En tanto por las calles silenciosas,  
 Acaudillando armada soldadesca,  
 Entre infectos cadáveres, y vivos  
 En que la estampa de la parca impresa  
 Se mira ya, su abominable triunfo  
 La restaurada Inquisición pasea;  
 Con sacrílegos himnos los altares  
 Haciendo resonar, á su honda cueva  
 Desciende enhambrecida, y en las ansias  
 De atormentados mártires se ceba.

.....  
 ¿Y qué diré de la ciudad que ha dado  
 Á la sagrada lid tanto caudillo?  
 ¡Ah! ¡que entre escombros olvidar parece,  
 Turbio Catuche, tu camino usado!  
 ¿Por qué en tu margen el rumor festivo  
 Calló? ¿Do está la torre bulliciosa  
 Que pregonar solía,  
 De antorchas coronada,  
 La pompa augusta del solemne día?  
 Entre las rotas cúpulas que oyeron  
 Sacros ritos ayer, torpes reptiles  
 Anidan, y en la sala que gozosos  
 Banquetes vió y amores, hoy sacude  
 La grama del erial su infausta espiga.  
 Pero más bella y grande resplandeces  
 En tu desolación, ¡oh patria de héroes!  
 Tú que lidiando altiva en la vanguardia  
 De la familia de Colón, la diste  
 De fe constante no excedido ejemplo;

Y si en tu suelo desgarrado al choque  
 De destructivos terremotos, pudo  
 Tremolarse algún tiempo la bandera  
 De los tiranos, en tus nobles hijos  
 Viviste inexpugnable, de los hombres  
 Y de los elementos vencedora.  
 Renacerás, renacerás ahora :  
 Florecerán la paz y la abundancia  
 En tus talados campos: las divinas  
 Musas te harán favorecida estancia,  
 Y cubrirán de rosas tus ruinas.

.....

Y que dire de la ciudad que ha dado  
 A la sagrada lid tanto caudillo?  
 ¡Ah! ¡que entre escameros olvidar pudiese  
 Turbio Camacho, tu camino usado!  
 ¿Por qué en tu margen el rumor festivo  
 Calle, ¿do está la torre bulliciosa  
 Que pregonar solía,  
 De antorchas coronada  
 La pompa augusta del solenne día?  
 Entre las torres cúpulas que oyeron  
 Sacros ritos ayer, torres repulidas  
 Anidan, ¿en la sala que gozoros  
 Bandoneles vío y amores, hoy sacude  
 La grama del cristal su injusta espina.  
 Pero más bella y grande resplandeces  
 En tu desolación, ¡oh patria de héroes!  
 Tú que hisiendo vivas en la vanguardia  
 De la familia de Córdova, la dirás  
 De te constante no excedido ejemplo;



## ALOCUCIÓN A LA POESÍA

### SEGUNDO FRAGMENTO

**C**OLOMBIA! ¿Qué montaña, qué ribera,  
Qué playa inhospital, donde antes solo  
Por el furor se vió de la pantera  
Ó del caimán el suelo en sangre tinto?  
¿Cuál selva tan oscura, en tu recinto,  
Cuál queda ya tan solitaria cima,  
Que horror no ponga y grima  
De humanas osamentas hoy sembrada,  
Feo padrón del sanguinario instinto  
Que también contra el hombre al hombre anima?  
Tu libertad, ¡cuán caro  
Compraste! ¡Cuánta tierra devastada!  
¡Cuánta familia en triste desamparo!  
Mas el bien adquirido al precio excede.  
¿Y cuánto nombre claro  
No das también al templo de Memoria?  
Con los de Codro y Curcio, el de Ricaurte  
Vivirá, mientras hagan el humano  
Pecho latir la libertad, la gloria.  
Vióle en sangrientas lides el Aragua

Dar á su patria lustre ;  
 El despotismo sus falanges dobla ,  
 Y áun no sucumbe al número el denuedo  
 Á sorprender se acerca una columna  
 El almacén que con Ricaurte guarda  
 Escasa tropa : él, dando de los suyos  
 Á la salud lo que á la propia niega ,  
 Aléjalos de sí : con ledo rostro  
 Su intento oculta : y ya de espeso polvo  
 Se cubre el aire, y cerca se oye el trueno  
 Del hueco bronce, entre dolientes ayes  
 De inerme vulgo, que á los golpes cae  
 Del vencedor : mas no, no impunemente ;  
 Ricaurte aguarda de una antorcha armado ;  
 Y cuando el puesto que defiende mira  
 De la contraria hueste rodeado  
 Que ebria de sangre á fácil presa avanza ;  
 Cuando el punto fatal, no á la venganza  
 (Que indigna juzga), al alto sacrificio  
 Con que llenar el cargo honroso anhela,  
 Llegado ve, ¡viva la patria! clama ;  
 La antorcha aplica, el edificio vuela.  
 Ni tú de Ribas callarás la fama ,  
 Á quien vió victorioso Niquitao,  
 Horcones, Ocumare, Vijirima,  
 Y dejando otros nombres, que no menos  
 Dignos de loa Venezuela estima,  
 Urica, que ilustrarle pudo sola,  
 Donde de heroica lanza atravesado  
 Mordió la tierra el sanguinario Boyes.  
 .....  
 ¿Qué si de Ribas á los altos hechos

Dió la fortuna injusto premio al cabo?  
 ¿Qué, si cautivo el español le insulta?  
 ¿Si perecer en el suplicio le hace  
 A vista de los suyos? ¿Si su yerta  
 Cabeza expone en afrentoso palo?  
 Dispensa á su placer la tiranía  
 La muerte, no la gloria, que acompaña  
 Al héroe de la patria en sus cadenas,  
 Y su cadalso en luz divina baña.  
 Así espiró también de honor cubierto  
 Entre víctimas mil Baraya, á manos  
 De tus viles satélites, Morillo:  
 Ni el duro fallo á mitigar fué parte  
 De la mísera hermana el desamparo,  
 Que lutos arrastrando, acompañada  
 De cien matronas, tu clemencia implora.  
 «¡Muera (respondes) el traidor Baraya,  
 Y que á destierro su familia vaya!»  
 Baraya muere, mas su ejemplo vive.  
 ¿Piensas que apagarás con sangre el fuego  
 De libertad en tantas almas grandes?  
 Del Cotopaxi ve á extinguir la hoguera  
 Que ceban las entrañas de los Andes.  
 Mira correr la sangre de Rovira,  
 Á quien lamentan Mérida y Pamplona;  
 Y la de Freites derramada mira,  
 El constante adalid de Barcelona:  
 Ortiz, García de Toledo espira;  
 Granados, Amador, Castillo muere;  
 Yace Cabal de Popayán llorado,  
 Llorado de las ciencias; fiera bala  
 El pecho de Camilo Torres hiere;

Gutiérrez el postrero aliento exhala :  
 Perece Pombo, que en el banco infausto  
 El porvenir glorioso de su patria  
 Con profético acento te revela ;  
 No la íntegra virtud salva á Torices ;  
 No la modestia, no el ingenio á Caldas :  
 De luto está cubierta Venezuela ,  
 Cundinamarca desolada gime ,  
 Quito sus hijos más ilustres llora :  
 ¿Pero cuál es de tu crueldad el fruto ?  
 ¿Á Colombia otra vez Fernando oprime ?  
 ¿Méjico á su visir postrada adora ?  
 ¿El antiguo tributo  
 De un hemisferio esclavo á España llevas ?  
 ¿Puebla la Inquisición sus calabozos  
 De americanos ; ó españolas Cortes  
 Dan á la servidumbre formas nuevas ?  
 ¿De la sustancia de cien pueblos graves  
 La avara Cádiz ve volver sus naves ?  
 .....  
 .....  
 .....  
 Pudo á un Cortés, pudo á un Pizarro el mundo  
 La sangre perdonar que derramaron ;  
 Imperios con la espada conquistaron ;  
 Mas á ti ni áun la vana, la ilusoria  
 Sombra, que llama gloria  
 El vulgo adorador de la fortuna ,  
 Adorna : aquella efímera victoria  
 Que de inermes provincias te hizo dueño ,  
 Como la aerea fábrica de un sueño

Desvaneci6se, y nada deja, nada.

Quien te pone con Alba en paralelo,  
¡Oh cu6nto yerra! En sangre ba6n6 el suelo

De Batavia el ministro de Felipe;

Pero si fu6 cruel y sanguinario,

Bajo no fu6; no acomodando al vario

Semblante de los tiempos su semblante,

Ya desertor del uno,

Ya del otro partido,

S6lo el de su inter6s sigui6 constante;

No alternativamente

Fu6 soldado feroz, patriota falso:

No di6 6 la Inquisici6n su espada un d6a

Y por la libertad lidi6 el siguiente;

Ni traficante infame del cadalso,

Hizo de los indultos granjer6a.

Á ti tambi6n, Javier Ust6riz, cupo

M6sero fin; atravesado fuiste

De hierro atroz 6 vista de tu esposa,

Que con su llanto enternecer no pudo

Á tu verdugo, de piedad desnudo:

En la tuya y la sangre de tus hijos

Á un tiempo la infeliz se vi6 ba6nada.

¡Oh Matur6n! ¡Oh l6gubre jornada!

¡Oh d6a de aflicci6n 6 Venezuela,

Que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,  
 Apenas con sus glorias se consuela!  
 Tú en tanto en la morada de los justos  
 Sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas  
 Debido á tus fatigas, á tu celo  
 De bajos intereses desprendido;  
 Alma incontaminada, noble, pura,  
 De elevados espíritus modelo,  
 Aún en la edad oscura  
 En que el premio de honor se dispensaba  
 Sólo al que á precio vil su honor vendía,  
 Y en que el rubor de la virtud, altivo  
 Desdén y rebelión se interpretaba.  
 La música, la dulce poesía,  
 ¿Son tu delicia ahora como un día?  
 ¿Ó á más altos objetos das la mente  
 Y con los heroes, con las almas bellas  
 De la pasada edad y la presente,  
 Conversas, y el gran libro desarrollas  
 De los destinos del linaje humano,  
 Y los futuros casos de la grande  
 Lucha de libertad, que empieza, lees,  
 Y su triunfo universal, lejano?  
 De mártires que dieron por la patria  
 La vida, el santo coro te rodea:  
 Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,  
 Cuantos inmortaliza Atenas libre;  
 Cuantos Esparta y el romano Tibre;  
 Los que el Bátavo suelo y el Helvecio  
 Muriendo consagraron, y el Britano;  
 Padilla, honor del nombre castellano;  
 Caupolicán y Guacaipuro altivo,

Y España osado: con risueña frente  
 Guatimozín te muestra el lecho ardiente;  
 Muéstrate Gual la copa del veneno,  
 Y Luisa el cruento azote;  
 Y tú en el blanco seno  
 Las rojas muestras de homicidas balas,  
 Heroica Policarpa, le señalas;  
 Tú que viste espirar al caro amante  
 Con firme pecho, y por ajenas vidas  
 Diste la tuya en el albor temprano  
 De juventud, á un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloria  
 También Colombia: defensor constante  
 De sus derechos, de las santas leyes,  
 De la severa disciplina amante.  
 Con reverencia ofrezco á tu ceniza  
 Este humilde tributo, y la sagrada  
 Rama á tu efigie venerable ciño.  
 Patriota ilustre, que, proscrito, errante,  
 No olvidaste el cariño  
 Del dulce hogar que vió mecer tu cuna;  
 Y ora blanco á las iras de fortuna,  
 Ora de sus favores halagado,  
 La libertad americana hiciste  
 Tu primer voto y tu primer cuidado.  
 Osaste, solo, declarar la guerra  
 Á los tiranos de tu tierra amada,  
 Y desde las orillas de Inglaterra  
 Diste aliento al clarín, que el largo sueño  
 Disipó de la América, arrullada  
 Por la superstición. Al noble empeño

De sus patricios no faltó tu espada;  
 Y si, de contratiempos asaltado,  
 Que á humanos medios resistir no es dado,  
 Te fué el ceder forzoso, y en cadena  
 Á manos perecer de una perfidia;  
 Tu espíritu no ha muerto, no; resuena,  
 Resuena aún el eco de aquel grito  
 Con que á lidiar llamaste; la gran lidia  
 De que desarrollaste el estandarte,  
 Triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.  
 Tu nombre, Giraldot, también la fama  
 Hará sonar con inmortales cantos,  
 Que del Santo Domingo en las orillas  
 Dejas de tu valor indicios tantos.  
 ¿Por qué con fin temprano el curso alegre  
 Cortó de tus hazañas la fortuna?  
 Caiste, sí; mas vencedor caiste,  
 Y de la patria el pabellón triunfante  
 Sombra te dió al morir, enarbolado  
 Sobre las conquistadas baterías,  
 De los usurpadores sepultura.  
 Puerto-Cabello vió acabar tus días,  
 Mas tu memoria no, que eterna dura.  
 Ni menos estimada la de Roscio  
 Será en la más remota edad futura:  
 Sabio legislador le vió el Senado,  
 El pueblo, incorruptible magistrado,  
 Honesto ciudadano, amante esposo,  
 Amigo fiel, y de las prendas todas  
 Que honran la humanidad cabal dechado.  
 Entre las olas de civil borrasca



El alma supo mantener serena; *Dire, y aquel p...*  
 Con rostro igual vió la sonrisa aleve *Que rompo...*  
 De la fortuna, y arrastró cadena; *Del poder españ...*  
 Y cuando del baldón la copa amarga *Deja un tro...*  
 El canario soez pérfidamente *Que Anzotegui lib...*  
 Le hizo agotar, la dignidad modesta *Ó las que de...*  
 De la virtud no abandonó su frente. *Ó en las cam...*  
 Si de aquel ramo que Gradivo empapara *Tanto lustro...*  
 De sangre y llanto, está su sien desnuda, *Caudillo, El p...*  
 ¿Cuál otro honor habrá que no le cuadre? *Función del Rom...*  
 De la naciente libertad, no sólo *En los pendie...*  
 Fué defensor, sino maestro y padre. *Os escalar por...*  
 No negará su voz divina Apolo *Y de la fortale...*  
 Á tu virtud, ¡oh Piar! su voz divina, *Que á las ar...*  
 Que la memoria de alentados hechos *Dire de Van...*  
 Redime al tiempo, y á la parca avará. *En que Rom...*  
 Bien tus proezas Maturín declara, *Vomitan sin ce...*  
 Y Cumaná con Guiria y Barcelona, *El puente fue...*  
 Y del Juncal el memorable día, *Sobre crizados...*  
 Y el campo de San Félix las pregona, *Oyeron de...*  
 Que con denuedo tanto y bizarría *Y al español s...*  
 Las enemigas filas disputaron, *Ó citará cele...*  
 Pues aún postradas por la muerte guardan *En qu...*  
 El orden triple en que á la lid marcharon. *Carr...*  
 ¡Dichoso, si Fortuna tu carrera *Llevados los ca...*  
 Cortado hubiera allí, si tanta gloria *Fiados á la bo...*  
 Algún fatal deslíz no oscureciera! *Su honda cort...*  
 Pero á dónde la vista se dirige *Y de las cont...*  
 Que monumentos no halle de heroísmo? *Hacer huir el españ...*  
 ¿La retirada que Mac-Grégor rige *Como en aquel...*

Diré, y aquel puñado de valientes,  
 Que rompe osado por el centro mismo  
 Del poder español, y á cada huella  
 Deja un trofeo? ¿Cantaré las glorias  
 Que Anzoátegui lidiando gana en ella,  
 Ó las que de Carúpano en los valles,  
 Ó en las campañas del Apure, han dado  
 Tanto lustre á su nombre, ó como experto  
 Caudillo ó como intrépido soldado?  
 ¿El batallón diré que en la reñida  
 Función del Bomboná las bayonetás  
 En ios pendientes precipicios clava,  
 Osa escalar por ellas la alta cima,  
 Y de la fortaleza se hace dueño  
 Que á las armas patricias desafiaba?  
 ¿Diré de Vargas el combate insigne,  
 En que Rondón, de bocas mil que muerte  
 Vomitan sin cesar, el fuego arrostra,  
 El puente fuerza, sus guerreros guía  
 Sobre erizados riscos que aquel día  
 Oyeron de hombre la primer pisada,  
 Y al español sorprende, ataca, postra?  
 ¿Ó citaré la célebre jornada  
 En que miró á Cedeño el anchuroso  
 Caura, y á sus bizarros compañeros,  
 Llevados los caballos de la rienda,  
 Fiados á la boca los aceros,  
 Su honda corriente atravesar á nado,  
 Y de las contrapuestas baterías  
 Hacer huir al español pasmado?  
 Como en aquel jardín que han adornado

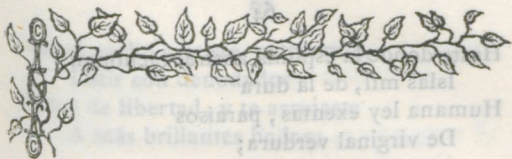
Naturaleza y arte á competencia,  
 Con vago revolver la abeja activa  
 La más sutil y delicada esencia  
 De las más olorosas flores liba;  
 La demás turba deja, aunque de galas,  
 Brillante, y de suave aroma llena,  
 Y torna, fatigadas ya las alas  
 De la dulce tarea, á la colmena;  
 Así el que osare con tan rico asunto  
 Medir las fuerzas, dudará qué nombre  
 Cante primero, qué virtud, qué hazaña;  
 Y á quien la lira en él y la voz pruebe,  
 Sólo dado será dejar vencida  
 De tanto empeño alguna parte brève,  
 ¿Pues qué, si á los que vivos todavía  
 La patria goza, ¡y plegue á Dios que el día  
 En que los lllore viuda, tarde se ab  
 No se arredrará de elevar la idea?  
 ¿Si audaz cantare al que la helada cima  
 Superó de los Andes, y de Chile  
 Despedazó los hierros, y de Lima?

¿Ó al que de Cartagena el gran baluarte,  
 Hizo que de Colombia otra vez fuera?  
 ¿Ó al que en funciones mil pavor y espanto  
 Puso con su marcial legión llanera,  
 Al español; y á Marte lo pusiera?  
 ¿Ó al heroe ilustre que de lauro tanto  
 Su frente adorna, antes de tiempo cana,  
 Que en Cúcuta domó y en San Mateo,  
 Y en el Araure la soberbia hispana;  
 Á quien los campos que el Arauca riega

Nombre darán, que para siempre dure,  
 Y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;  
 Que en Gameza triunfó, y en Carabobo,  
 Y en Boyacá, donde un imperio entero  
 Fué arrebatado al despotismo ibero?  
 Mas no á mi débil voz la larga suma  
 De sus victorias numerar compete;  
 Á ingenio más feliz, más docta pluma  
 Su grata patria encargo tal comete.  
 Pues como aquel samán que siglos cuenta  
 De las vecinas gentes venerado,  
 Que vió en torno á su basa corpulenta  
 El bosque muchas veces renovado,  
 Y vasto espacio cubre con la hojosa  
 Copa de mil inviernos victoriosa;  
 Así tu gloria al cielo se sublima,  
 Libertador del pueblo colombiano;  
 Digna de que la lleven dulce rima  
 Y culta historia al tiempo más lejano.

1823.





AL 18 DE SETIEMBRE

**D**IEZ y ocho de Setiembre, hermosa fiesta  
De Chile, alegre día,  
Que nos viste lanzar el grave yugo  
De antigua tiranía;  
Cánticos te celebren de victoria,  
Que blanda el aura lleve  
Desde la verde playa hasta las cumbres  
Coronadas de nieve.  
Desde el desierto en que animal ni planta  
Viven, y sólo suena  
La voz del viento, que silbando empuja  
Vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan  
 Y las Islas mil, de la dura  
 Humana ley exentas, paraísos  
 Y en De virginal verdura;

*El diez y ocho se cante de Setiembre,*  
 Y en la choza pajiza,  
 En el taller, en la estucada sala  
 Que la seda tapiza:

Á su loor alborozados himnos  
 Quie Canora fama siembre,  
 Y bulliciosos ecos le respondan:  
*Diez y ocho de Setiembre.*

## II.

Cual águila caudal, no bien la pluma  
 Juvenil ha vestido,  
 Sufre impaciente la prisión estrecha  
 De su materno nido,

Y dócil al instinto vagaroso  
 Que á elevarse atrevida  
 Sobre la tierra, y á explorar los reinos  
 Etéreos la convida,

Las inexpertas alas mueve inquieta,  
 Y enderezada al cielo  
 La vista, al fin se lanza, y ya por golfos  
 De luz remonta el vuelo,

Así el pecho sentiste, patria mía,  
 Latir con denodados

Bríos de libertad, y te arrojaste  
 Á más brillantes hados;

Así el día inmortal, de que hoy tus hijos  
 Bendicen la memoria,

Intrépida te vió, sublime, altiva,  
 Campos buscar de gloria.

## III.

«No más,» dijiste, «un generoso pueblo  
 Dormite en ocio muelle:

Ser libre jure; y con su sangre el voto,  
 Si es necesario, selle.

«Bramarán los tiranos; guerra y luto  
 Decretarán traeros

Y convertir en servidumbre eterna  
 Los recobrados fueros.

«Pero ¿cuándo en las lides la victoria  
 No ha coronado al fuerte,

Que á la ignominia de servil cadena  
 Antepuso la muerte?

«Que si al tirano alguna vez sonríe  
 La fortuna indecisa,

Múdase presto en afrentoso escarnio  
 La halagüeña sonrisa;  
 »Y semejante al pueblo poderoso  
 Que sojuzgó la tierra,  
 Perdió la libertad muchas batallas,  
 Pero ninguna guerra.»  
 Dijiste, y el sagrado juramento  
 En simultaneo grito  
 Sonó, y en los chilenos corazones  
 Fué para siempre escrito.

## IV.

¡Día feliz! Cuando asomó la auróra  
 Sobre la agigantada  
 Cabeza de los Andes, y la diuca<sup>1</sup>  
 Te cantó la alborada;  
 Dime, ¿qué nuevas hojas en el libro  
 Que de pueblos y gentes  
 Contiene en caracteres inefables,  
 Destinos diferentes;  
 Qué nuevas hojas desvolvió la mano  
 Eterna? ¿Qué guardadas

<sup>1</sup> *Fringilla Diuca*. Ave pequeña de color turquí, según el abate Molina: «su canto es delicioso, especialmente al amanecer, viviendo alrededor de las casas....»



Eras del porvenir chileno, abrieron  
Sus páginas doradas?

¿Qué nobles hechos de alentado arrojo  
Ó de valor sereno,  
De patrio amor y de virtud constante  
Llevabas en tu seno?

Los innatos derechos proclamados  
Del hombre; la española  
Corona hollada, y concedido el cetro  
Á la ley santa sola;

De dos pueblos nacientes, ya en el brío  
Y en la esperanza grandes,  
Al choque impetuoso quebrantada  
La valla de los Andes;

Los campales trofeos, que decoran  
Allá el monte, acá el llano,  
Y los que hendidos de chilenas quillas  
Vió absorto el Oceano,

Y los que, cuando nada en Chile resta  
Que no ceda y sucumba,  
Dos veces vindicaron de los Incas  
La profanada tumba:

Tales ejemplos de valor tu seno  
Fecundo contenía,  
¡Diez y ocho de Setiembre, memorable  
Y bienhadado día!

:

Como la colosal futura palma  
 Tierno germen oculta,  
 Que será de los campos ornamento  
 Cuando descuelle adulta,  
 Y contrastar sabrá de procelosos  
 Huracanes la guerra,  
 Y dará fruto sazonado, y sombra  
 Tutelar á la tierra.

## V.

Crece así tú ¡querida patria! crece,  
 Y tu cabeza altiva  
 Levanta, ornada de laurel guerrero  
 Y fructüosa oliva.

Y florezca á tu sombra la fe santa  
 De tus padres; y eterna  
 La libertad prospere; y se afiance  
 La dulce paz fraterna;

Y en tu salud y bienestar y gloria,  
 Con la mente y la mano,  
 Trabajen á porfía el rico, el pobre,  
 El joven, el anciano;

El que con el arado te alimenta  
 Ó tus leyes explana,  
 Ó en el sendero de las ciencias guía  
 Tu juventud lozana,

Ó con las armas en la lid sangrienta  
 Defiende tus hogares,  
 Ó al infinito Sér devoto incienso  
 Ofrece en tus altares.

## VI.

Pero del rumbo en que te engolfas mira,  
 Los alevés bajíos  
 Que infaman los despojos miserables  
 ¡Ay! de tantos navíos.

Aquella que de lejos verde orilla  
 Á la vista parece,  
 Es edificio aereo de celajes,  
 Que un soplo desvanece.

Oye el bramido de alterados vientos  
 Y de la mar, que un blanco  
 Monte levanta de rizada espuma  
 Sobre el oculto banco;

Y de las naves, las amigas naves,  
 Que soltaron á una  
 Contigo al viento las flamantes velas,  
 Contempla la fortuna.

¿Las ves, arrebatadas de las olas,  
 Al caso extremo y triste  
 Apercibirse ya?...! Tú misma, cerca  
 De zozobrar te viste.

## ✓ II.

Á tus consejos, á tu pueblo, sabia  
 Moderación presida;  
 Y á la insidiosa furia, cuyo aliento  
 Emponzoña la vida,  
 Que de la libertad bajo el augusto  
 Velo esconde su fea  
 Lívida forma, y el puñal sangriento,  
 Y la prendida tea,  
 No confundas, incauta, con la virgen  
 Hermosa, pudibunda,  
 Á quien el iris viste, á quien la frente  
 Fúlgida luz circunda;  
 Nodriz del ingenio y de las artes,  
 De la justicia hermana,  
 Que fecunda y alegre y ennoblece  
 La sociedad humana,  
 Así florecerás, patria querida:  
 Tus timbres venideros  
 Así responderán á los ensayos  
 De tu virtud primeros.  
 Y, del héroe á quien dió del Santa undoso  
 La enrojecida orilla

Eterno lauro, el héroe que hoy ensalzas  
 Á la suprema silla,

Pasando el grave cargo, en gloriosa  
 Serie, de mano en mano,  
 Madre serás de gentes, que tu suelo,  
 Antes fecundo en vano,

Densas habitarán, libres, felices;  
 Y con más alegría  
 Cantarán cada nuevo aniversario  
 De este solemne día.

1841.

¡Caleña ¡oh patria! el venturoso día  
 En que tus fueros vindicar osaste,  
 Y el yugo que oprimía  
 Tu cuello, destrozaste,  
 Y el canto de los libres cantaste!



A te vez, cuando el viento que violento  
 Cunde por vasta selva y se derrama,  
 Así en alas del viento  
 De libertad la llama  
 Voló del Blobo al Atacama.

Atravesó la espigante cumbre  
 De tus montañas el alegre viento,  
 Corrió de cumbre en cumbre  
 Y entre furor y espanto,  
 Rasgó Iberia indignada el regio manto.



## AL MISMO ASUNTO

---

CELEBRA ¡oh patria! el venturoso día  
En que tus fueros vindicar osaste,  
Y el yugo que oprimía  
Tu cuello, destrozaste,  
Y el canto de los libres entonaste.

Á tu voz, cual incendio que violento  
Cunde por vasta selva y se derrama,  
Así en alas del viento  
De libertad la llama  
Voló del Biobío al Atacama.

Atravesó la agigantada cima  
De tus montañas el alegre canto;  
Corrió de clima en clima;  
Y entre furor y espanto,  
Rasgó Iberia indignada el regio manto.

« Volarán, dice, á la remota arena  
De las playas del Sur mis campeones;  
Gemirás en cadena;  
Verás á mis legiones  
Arbolar los castillos y leones.»

¡ Vano error! Cuando el rápido torrente  
Que arrastra al mar su propia pesadumbre  
En busca de la fuente  
Retroceda á la cumbre,  
Volverá el que fué libre á servidumbre.

Cumplió la patria el generoso voto  
En Maipo, en Chacabuco; por su mano  
Fué el ferreo cetro roto;  
Y del mar araucano  
Huyó vencido el pabellón hispano.

¡ Oh día de ventura! ¡ Oh fausto día!  
Tú de la gloria abriste la carrera.  
Cantares de alegría,  
Hasta la edad postrera,  
Chile, te entonará la tierra entera.


¡ Oh! vuelva veces mil tu luz hermosa  
Á ver á Chile libre, y en su frente  
La palma victoriosa  
Que corona al valiente  
Mires reverdecer eternamente.

Y halles siempre feliz, bajo el amparo  
De la justicia y de la ley severa,  
El suelo de Lautaro,  
Y la discordia fiera  
En sempiternos hierros prisionera.

1830.







MISERERE

CÁNTICOS RELIGIOSOS

**P**iedad, piedad, Dios mío!  
¡Que tu misericordia me socorra!  
Según la muchedumbre  
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades  
Lármame más y más, mi depravado  
Corazón vuelve limpio  
De la horrosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco  
Toda la verdad de mi deliro,  
Y mi conciencia propia  
Me acusa, y contra mí levanta el yugo.



## MISERERE

**P**IEDAD, piedad, Dios mío!  
¡Que tu misericordia me socorra!  
Según la muchedumbre  
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades  
Lávame más y más; mi depravado  
Corazón quede limpio  
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco  
Toda la fealdad de mi delito,  
Y mi conciencia propia  
Me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;  
 Á tu vista obré el mal, para que brille  
 Tu justicia, y vencido  
 El que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras  
 Nací, de iniquidades mancillado,  
 Y en el materno seno  
 Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,  
 Y para más rubor y afrenta mía,  
 Tesoros me mostraste  
 De oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo  
 Me rociarás, y ni una mancha leve  
 Tendré ya; lavarásme,  
 Y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos  
 De consuelo y de paz en mis oídos,  
 Y celeste alegría  
 Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta  
 Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,  
 Y en mi pecho no dejes  
 Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría  
 Un corazón que con ardiente afecto  
 Te busque; un alma pura,  
 Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,  
 En que al lloroso pecador recibes,  
 No me arrojes airado,  
 Ni de tu santa inspiración me privés.

Restáurame en tu gracia,  
 Que es del alma salud, vida y contento;  
 Y al débil pecho infunde  
 De un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto  
 De su razón conozca el extravío;  
 Le mostraré tu senda,  
 Y á tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,  
 ¡Mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente  
 De piedad! Y mi lengua  
 Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,  
 Si tanto un pecador que llora alcanza,  
 Y gozosa á las gentes  
 Anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fuerán  
 Gratas á tí, las inmolará luego;  
 Pero no es sacrificio  
 Que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente  
 Es la expiación que á tu justicia agrada:  
 La víctima que aceptas  
 Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sión tu benigno  
 Rostro primero y tu piedad amante,  
 Y sus muros la humilde  
 Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas  
 Se colmarán tus aras, y propicio  
 Recibirás un día  
 El grande inmaculado sacrificio.





## Á LA VIRGEN DE LAS MERCEDES

SALUDAD, pobres cautivos,  
Á la Virgen redentora :  
Alce cánticos festivos  
La devota cristiandad ;  
¡ Oh, qué hermoso brilla el día  
En que el mundo su bandera,  
Que á los cielos da alegría,  
Tremoló la caridad !

Oyó el cielo vuestros votos ;  
Cese el mísero gemido ;  
Vuestros hierros serán rotos ;  
Libertados vais á ser.  
¡ Virgen Madre ! Tú á la vida,  
Tú á la fe, que desfallece  
De peligros combatida,  
Te dignaste socorrer.

Llegó á ti la queja triste  
Del esclavo encadenado,  
Y apiadándote quisiste  
Poner fin á su dolor;  
Coronada de luz bella  
De los cielos descendiste,  
Y la noche vió la huella  
Del celeste resplandor.

Abrasado en santo celo  
Se desvela el gran Nolasco,  
Y postrado ruega al cielo  
Por la opresa humanidad,  
Cuando ve tu faz serena,  
Y tu dulce voz le envía  
Al que yace en vil cadena  
Para darle libertad.

Orden nueva, en honra tuya  
Y de tu Hijo soberano,  
Le has mandado que instituya,  
Y le ofreces ayudar:  
Orden santa que socorra  
Al cautivo, y le conforte  
En la lóbrega mazmorra,  
Y le vuelva al patrio hogar.

Virgen Santa, tú proclamas  
La embajada bienhechora:  
En las almas tú derramas  
De piedad heróico ardor;  
Á tus hijos se encomienda

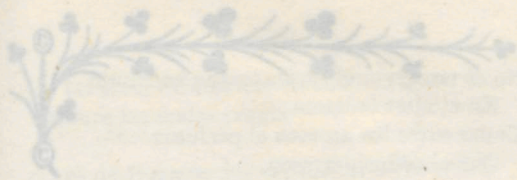
Afanar por el cautivo,  
Y áun dejar la vida en prenda  
Á su bárbaro señor.

Siempre pía, enjuga el llanto  
Del que gime en cárcel dura;  
Dale alivio en su quebranto;  
Fortalece en él la fe;  
Mueve el pecho compasivo  
De la grey cristiana toda,  
Y los medios, al cautivo,  
De romper sus grillos dé.

En la Orden que fundaste,  
Alimenta la encendida  
Caridad con que abrasaste  
De Nolasco el corazón,  
Y en el lance pavoroso  
De la hora postrimera,  
Danos ver tu rostro hermoso,  
Prenda fiel de salvación.







## MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS

### IMITACIONES DE VÍCTOR HUGO

Duerme en su choza el segador, y enrisa  
Las ondas la mañana.

Mientras apenas halle: hospedadora  
Nos da la selva abrigo.

Y tendremos, amigas, a la aurora  
Por único testigo.

De Faraón, mi padre, el jaspado  
Palacio al mundo asombra;  
A mí del bosque el pabellón, del prado  
Me agrada más la alfombra.

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,  
Y el mármol de colores,  
A par del Nilo y de esa verde orilla  
Esmaltada de flores?



## MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS

**C**OMPañERAS, al baño! alumbrá el día  
La cúpula lejána ;  
Duerme en su choza el segador, y enfría  
Las ondas la mañana.  
Menfis apenas bulle; hospedadora  
Nos da la selva abrigo,  
Y tendremos, amigas, á la aurora  
Por único testigo.  
De Faraón, mi padre, el jaspeado  
Palacio al mundo asombra ;  
Á mí del bosque el pabellón, del prado  
Me agrada más la alfombra.  
¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,  
Y el mármol de colores,  
Á par del Nilo y de esta verde orilla  
Esmaltada de flores?

No es tan grato el incienso que consume  
 En el altar la llama,  
 Como entre los aromos el perfume  
 Que el céfiro derrama.

Ni en el festín real me gozo tanto,  
 Como en oír la orquesta  
 Alada, que esparciendo dulce canto  
 Anima la floresta.

¿Veis cuál se pinta en la corriente clara  
 El puro azul del cielo?  
 El cinto desatadme, y la tiara,  
 Y el importuno velo.

¿Veis en aquel remanso transparente  
 Zabullirse la garza?  
 Las ropas deponed, y al blando ambiente  
 El cabello se esparza.

¡Ea! trisquememos en el fresco baño,  
 Alzando blanca espuma.  
 Mas ¿qué objeto descubre tan extraño  
 La fugitiva bruma?

Mirad: enfrente al sicomor sombrío  
 Que verdes arcos tiende,  
 Sobre la playa, un bulto por el río  
 Lentamente descende.

No temáis: de una palma el tronco anciano  
 Que en demanda navega

De las altas Pirámides, liviano  
Sobre las ondas juega.

¿Ó es de Hermes por ventura el carro leve?

¿Ó es la concha divina  
De Isis, que con suave aliento mueve  
La brisa matutina?

¿Qué digo? Es tierno niño, que en ligera  
Barca duerme al sereno  
Arrullo de las olas, cual pudiera  
En el materno seno.

Arrastrá el Nilo la flotante cama,  
Cual nido de avecilla  
Que arrebatado hubiese á la retama  
De su silvestre orilla.

¿Qué de peligros corre á un tiempo mismo!  
¿Cuál puerto de salud  
Le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo  
Su cuna, ó su ataud?

¡Los ojos abre, hijas de Ménfis! Llorá...  
¿Pudo una madre ¡oh cielo!  
Al agua abandonar devoradora  
El hijo pequenuelo?

Tiende los brazos ¡ay! cual si supiera  
Su malhadada suerte;  
Y son frágiles cañas la barrera  
Que presenta á la muerte.

Es de la raza de Israel, sin duda,  
 Que mi padre sentencia  
 A proscripción.... pero ¿qué ley sañuda  
 Proscribe á la inocencia?

¡Pobre niño! su llanto me conduce;  
 Á su madre afligida  
 Sucederá otra madre; salvaréle;  
 Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, joven princesa;  
 Y dócil al consejo  
 De la piedad, acometió la empresa;  
 Y el juvenil cortejo

Á la virgen, que presta se adelanta,  
 De confianza llena,  
 Sigue, estampando con ligera planta  
 La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,  
 Revolando las blondas  
 Madejas por el hombro alabastrino,  
 La hija de las ondas.

El blanco pié con círculos de plata  
 El espumoso río  
 Le ciñe, y ya á las olas arrebatada  
 El pequeño navío.

Palpita con la carga, que suspende  
 Alegre y orgullosa;

Y en sus mejillas el color se enciende  
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita  
Y la presa reclama,  
El peso que la agobia deposita  
Sobre la verde grama.

Y del recién nacido alegremente  
Cercan todas la cuna,  
Y sonriendo, la asustada frente  
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú, que de léjos á tu hijo  
Por la playa desierta  
Seguiste desolada, el rostro fijo  
En su carrera incierta!

Llega : el hinchado seno da al infante:  
Tu llanto ni su risa  
Revelarán en tí la madre amante,  
Pues aún no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado  
Con lágrimas de duelo  
Y de gozo á la par, dulce cuidado  
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro:  
De Faraón cruel  
Hospeda el regio alcázar al futuro  
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada  
 Con las alas, el coro  
 Que ve á sus piés la bóveda estrellada,  
 Pulsaba liras de oro.

« Alégrate, Jacob; en el asilo  
 De tu destierro » (el canto  
 Así sonaba), « y no al impuro Nilo  
 Se mezcle más tu llanto.

El Jordán á sus campos te convida;  
 Te oyó el Señor: Egipto  
 Marchar verá á la tierra prometida  
 Tu linaje proscripto.

Ese niño que virgen inocente  
 Salvó de olas y vientos,  
 Es el Profeta del Horeb ardiente,  
 Rey de los elementos.

Humilláos, mortales insensatos,  
 Que al Eterno hacéis guerra:  
 He ahí el Legislador, que sus mandatos  
 Promulgará á la tierra.

Cuna humilde, baldón de la fortuna,  
 Juguete del profundo,  
 Ha salvado á Israel: humilde cuna  
 Ha de salvar al mundo. »

1844.



## LA ORACIÓN POR TODOS

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora  
De la conciencia y del pensar profundo.  
Cesó el trabajo afanador, y al mundo  
La sombra va á colgar su pabellón.  
Sacude el polvo el árbol del camino  
Al soplo de la noche, y en el suelto  
Manto de la sutil neblina envuelto,  
Se ve temblar el viejo torreón.  
¡Mira! su rueda de cambiante nácar  
El Occidente más y más angosta;  
Y enciende sobre el cerro de la costa  
El astro de la tarde su fanal.  
Para la pobre cena aderezado  
Brilla el albergue rústico, y la tarda  
Vuelta del labrador la esposa aguarda  
Con su tierna familia en el umbral.



Brota del seno de la azul esfera  
 Uno tras otro fúlgido diamante;  
 Y ya apenas de un carro vacilante  
 Se oye á distancia el desigual rumor.  
 Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,  
 Y la iglesia, y la choza, y la alquería;  
 Y á los destellos últimos del día  
 Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento  
 En la arboleda, el pájaro en el nido,  
 Y la oveja en su trémulo balido,  
 Y el arroyuelo en su correr fugaz.  
 El día es para el mal y los afanes:  
 ¡He aquí la noche plácida y serena!  
 El hombre tras la cuita y la faena  
 Quiere descanso y oración y paz.

• Sonó en la torre la señal: los niños  
 Conversan con espíritus alados;  
 Y los ojos al cielo levantados,  
 Invocan de rodillas al Señor.  
 Las manos juntas y los piés desnudos,  
 Fe en el pecho, alegría en el semblante,  
 Con una misma voz, á un mismo instante,  
 Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa  
 Sobre su cuna volarán ensueños,  
 Ensueños de oro, diáfanos, risueños,  
 Visiones que imitar no osó el pincel.  
 Y ya sobre la tersa frente posan,

Ya beben el aliento á las bermejas  
 Bocas, como lo chupan las abejas  
 Á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala  
 Esconde su cabeza la avecilla,  
 Tal la niñez en su oración sencilla  
 Adormece su mente virginal.  
 ¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!  
 ¡De natural piedad primer aviso!  
 ¡Fragancia de la flor del paraíso!  
 ¡Preludio del concierto celestial!

## II.

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo  
 Ruega á Dios por tu madre; por aquella  
 Que te dió el sér, y la mitad más bella  
 De su existencia ha vinculado en él;  
 Que en su seno hospedó tu joven alma,  
 De una llama celeste desprendida;  
 Y haciendo dos porciones de la vida,  
 Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre  
 Lo necesito yo....! Sencilla, buena,  
 Modesta como tú, sufre la pena,

Y devora en silencio su dolor.  
 Á muchos compasión, á nadie envidia  
 La ví tener en mi fortuna escasa ;  
 Como sobre el cristal la sombra, pasa  
 Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean  
 Á tí jamás.... los frívolos azares  
 De la vana fortuna, los pesares  
 Ceñudos que anticipan la vejez ;  
 De oculto oprobio el torcedor, la espina  
 Que punza á la conciencia delincuente,  
 La honda fiebre del alma, que la frente  
 Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,  
 Conozco el mundo y sé su alevosía ;  
 Y tal vez de mi boca oirás un día  
 Lo que valen las dichas que nos da.  
 Y sabrás lo que guarda á los que rifan  
 Riquezas y poder, la urna aleatoria,  
 Y que tal vez la senda que á la gloria  
 Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,  
 Y cada instante alguna culpa nueva  
 Arrastra en la corriente que la lleva  
 Con rápido descenso al ataud.  
 La tentación seduce; el juicio engaña :  
 En los zarzales del camino deja  
 Alguna cosa cada cual: la oveja  
 Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo  
 Pocas palabras dirigir te baste:  
 «Piedad, Señor, al hombre que criaste;  
 Eres grandeza; eres Bondad. ¡Perdón!»  
 Y Dios te oirá; que cual del ara santa  
 Sube el humo á la cúpula eminente,  
 Sube del pecho cándido, inocente,  
 Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin; á la luz pura  
 Del sol, la planta; el cervatillo atado,  
 Á la libre montaña; el desterrado,  
 Al caro suelo que le vió nacer;  
 Y la abejilla en el frondoso valle,  
 De los nuevos tomillos al aroma;  
 Y la oración en alas de paloma  
 Á la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,  
 Soy como el fatigado peregrino,  
 Que su carga á la orilla del camino  
 Deposita y se sienta á respirar.  
 Porque de tu plegaria el dulce canto  
 Alivia el peso á mi existencia amarga,  
 Y quita de mis hombros esta carga  
 Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea  
 En esta noche de pavor, el vuelo  
 De un ángel compasivo, que del cielo  
 Traiga á mis ojos la perdida luz.  
 Y pura, finalmente, como el mármol

Que se lava en el templo cada día,  
 Arda en sagrado fuego el alma mía,  
 Como arde el incensario ante la Cruz.

## III.

Ruega, hija, por tus hermanos,  
 Los que contigo crecieron,  
 Y un mismo seno exprimieron,  
 Y un mismo techo abrigó.  
 Ni por los que te amen sólo  
 El favor del cielo implores;  
 Por justos y pecadores  
 Cristo en la cruz espiró.

Ruega por el orgulloso  
 Que ufano se pavonea,  
 Y en su dorada librea  
 Funda insensata altivez;  
 Y por el mendigo humilde  
 Que sufre el ceño mezquino  
 De los que beben el vino,  
 Porque le dejen la hez:

Por el que de torpes vicios  
 Sumido en profundo cieno,  
 Hace aullar el canto obscuro

De nocturna bacanal ;  
Y por la velada virgen  
Que en su solitario lecho  
Con la mano hiriendo el pecho,  
Reza el himno sepulcral :

Por el hombre sin entrañas ,  
En cuyo pecho no vibra  
Una simpática fibra  
Al pesar y á la aflicción ;  
Que no da sustento al hambre ,  
Ni á la desnudez vestido ,  
Ni da la mano al caído ,  
Ni da á la injuria perdón ;

Por el que en mirar se goza  
Su puñal de sangre rojo  
Buscando el rico despojo ,  
Ó la venganza cruel ;  
Y por el que en vil libelo  
Destroza una fama pura ,  
Y en la aleve mordedura  
Escupe asquerosa hiel :

Por el que surca animoso  
La mar, de peligros llena ;  
Por el que arrastra cadena,  
Y por su duro señor ;  
Por la razón que leyendo  
En el gran libro, vigila ;  
Por la razón que vacila,  
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos  
 Los que penan y trabajan;  
 Y de todos los que viajan  
 Por esta vida mortal.  
 Acuérdate aún del malvado  
 Que á Dios blasfemando irrita:  
 La oración es infinita,  
 Nada agota su caudal.

## IV.

Hija, reza también por los que cubre  
 La soporosa piedra de la tumba,  
 Profunda sima adonde se derrumba  
 La turba de los hombres mil á mil:  
 Abismo en que se mezcla polvo á polvo,  
 Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja  
 De que al añoso bosque Abril despoja,  
 Mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra  
 Donde segada en flor yace mi Lola,  
 Coronada de angélica aureola,  
 Do helado duerme cuanto fué mortal;  
 Donde cautivas almas piden preces  
 Que las restauren á su ser primero,  
 Y purguen las reliquias del grosero  
 Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes,  
 Y cien apariciones peregrinas  
 Sacuden retozando tus cortinas;  
 Travieso enjambre, alegre, volador;  
 Y otra vez á la luz abres los ojos,  
 Al mismo tiempo que la aurora hermosa  
 Abre también sus párpados de rosa,  
 Y da á la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!.... ¡Si supieras  
 Qué sueño duermen!.... Su almohada es fría,  
 Duro su lecho: angélica armonía  
 No regocija nunca su prisión.  
 No es reposo el sudor que las abruma;  
 Para su noche no hay albor temprano;  
 Y la conciencia, velador gusano,  
 Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,  
 Hará que gocen pasajero alivio,  
 Y que de luz celeste un rayo tibio  
 Logre á su oscura estancia penetrar;  
 Que el atormentador remordimiento  
 Una tregua á sus víctimas conceda,  
 Y del aire, y el agua, y la arboleda,  
 Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto  
 La sombra ves que de los cielos baja,  
 La nieve que las cúmbres amortaja,  
 Y del ocaso el tinte carmesí;  
 En las quejas del aura y de la fuente,



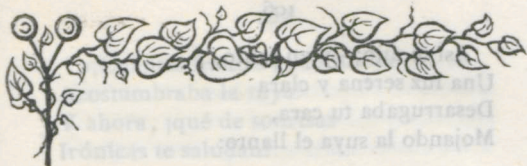
¿No te parece que una voz retiña,  
Una doliente voz que dice: «Niña,  
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. Á los muertos  
Que oraciones alcanzan, no escarnece  
El rebelado arcángel, y florece  
Sobre su tumba perennal tapiz.  
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados  
Cubre perpetuo horror, hierbas extrañas  
Ciegan su sepultura: á sus entrañas  
Árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)  
Huésped seré de la morada oscura,  
Y el ruego invocaré de un alma pura,  
Que á mi largo penar consuelo dé.  
Y dulce entonces me será que vengas,  
Y para mí la eterna paz imploras,  
Y en la desnuda losa esparzas flores,  
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,  
Si disipadas fueron una á una  
Las que mecieron tu mullida cuna  
Esperanzas de alegre porvenir?  
Sí, le perdonarás; y mi memoria  
Te arrancará una lágrima, un suspiro  
Que llegue hasta mi lóbrego retiro  
Y haga mi helado polvo rebullir.

1843.



## Á OLIMPIO

I.

**R**ECUERDAS, Olimpio, aquella  
Única amistad constante,  
Que no copió en su semblante  
Las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo  
Que en la miseria ha dejado  
Á tu corazón llagado  
Por último bien el cielo?

Testigo de los azares  
De la encarnizada lidia  
En que te postró la envidia,  
Que hoy te abruma de pesares;

Así te dijo;—y en tanto,  
 Una luz serena y clara  
 Desarrugaba tu cara,  
 Mojando la suya el llanto:

## II.

«¿Eres tú aquel cuya gloria  
 Ensalzaron nobles plumas  
 Y miraban de reojo  
 Mil envidias taciturnas?

«Acatábante en silencio  
 Las gentes: la infancia ruda  
 Á escucharte se paraba,  
 Como la vejez caduca.

«Eras meteoro ardiente  
 Que en una noche profunda  
 Se lleva tras sí los ojos  
 Cuando por el cielo cruza.

«Y ahora, arrancada palma,  
 Doblas tu cabeza mustia:  
 No te da apoyo la tierra,  
 No das al aire verdura.

» ¡Cuántas frentes á la sombra  
Acostumbraba la tuya!  
Y ahora, ¡qué de sonrisas  
Irónicas te saludan!

» Ajado está el bello lustre  
De tu blanca vestidura;  
Los que galán te adoraron,  
Andrajoso te hacen burla.

» La detracción en tu vida  
Clavó sus garras impuras;  
Es texto á malignas glosas  
Tu reputación difunta;

» Y como helado cadáver,  
Desfigurada, insepulta,  
Sabandijas asquerosas  
Por todas partes la surcan.

» Revelada por la llama  
Que á tu memoria circunda,  
Tu existencia es un terrero  
Que cuantos pasan insultan:

» Y cien silbadoras flechas  
Vienen á herirla una á una,  
Que en tu corazón inerme  
Hondas encarnan la punta.

«Y con festivos aplausos  
 Cuenta el vulgo las agudas  
 Heridas, y los dolores,  
 Y las ansias moribundas,

«Como suelen bandoleros,  
 Al ver la presa segura,  
 Contar monedas y joyas  
 Que reciente sangre enturbia.

«El alma, que de lo recto  
 Era un tiempo norma augusta,  
 Es ya como la taberna  
 Que por la noche relumbra;

«Á cuya reja se apiñan  
 Curiosos, por si se escucha  
 El canto de locas orgías  
 Ó de las riñas la bulla.

«Cortaron tus esperanzas,  
 Flor de que nadie se cura,  
 Manos crueles, y al suelo  
 Las dan en trizas menudas.

«Nadie te llora; tu suerte  
 Ningún corazón enluta;  
 Tu nombre es un epitafio  
 De desmoronada tumba.

«Y el que con dolor fingido  
 Alguna vez lo pronuncia,  
 Es como el que muestra éscombros  
 De arruinada arquitectura,

«Que un tiempo adornaron jaspes  
 Y sustentaron columnas,  
 Y ya malezas la cubren,  
 Y vientos y aguas la injurian.

## III.

«Mas ¿qué digo? En la miseria  
 Más elevado y sublime  
 Te muestras á quien la altura  
 De tus pensamientos mide.

«Tu existencia, combatiendo  
 Á los contrapuestos diques,  
 Suena como el oceano  
 Que asalta los arrecifes.

«Los que observaron de cerca  
 La lucha, vuelven y dicen  
 Que inclinándose á la margen  
 Vieron tremenda Caribdis;

» Mas puede ser que la vista,  
Calando ese abismo horrible,  
La perla de la inocencia  
En lo más hondo divise.

» Turba los ojos la niebla  
De que pareces vestirte;  
Mas sobre ella un claro cielo  
Serenas lumbres despide.

» ¿Qué importa, al cabo, que el mundo  
Contra tu entereza lidie,  
Alzando nubes de polvo  
Que cualquier soplo dirige?

» Para juzgar, ¿qué derecho  
Qué título nos asiste?  
¿Qué objeto no es un enigma  
Para los ojos más lince?

» ¿La certidumbre?... ¡Insensatos,  
Que imagináis tierra firme  
La que celajes vistosos  
En vuestro discurso fingen!

» Así puede asirla el juicio  
Del hombre, como es posible  
Á la mano asir el agua  
Sin que presta se deslice.

» Moja apenas, y al instante  
 Huye, y al pecho que gime,  
 Y al ardiente labio, nada  
 Deja que la sed mitigue.

» ¿Es día? ¿Es noche? Los ojos  
 Nada absoluto distinguen:  
 Toda raiz lleva frutos,  
 Y todo fruto raíces.

» Apariencias nos fascinan,  
 Ya sombras densas contristen  
 La vista, ó ya luminosos  
 Colores la regocijen.

» Un objeto mismo á visos  
 Diferentes llora y ríe:  
 Por un lado, terso lustre;  
 Por el otro, oscuro tizne.

» La nube en que el marinero  
 Ve rota nave irse á pique,  
 Para el colono es un campo  
 Que doradas mieses rinde.

» ¿Quién habrá que los misterios  
 Del pecho humano escudriñe?  
 ¿Quién que las trasformaciones  
 Varias de un alma adivine?



« Larva informe surca el lodo;  
 Y tal vez mañana, libre  
 Mariposa, alas de seda  
 Despliegue y aromas libe.

## IV.

« Pero tú penas; ¿y cómo  
 Pudo ser que no penaras,  
 ¡Oh víctima sin ventura  
 De persecución villana!

« ¿Tú, á quien la calumnia muerde  
 Lo más sensible del alma?  
 ¿Tú, en quien el sarcasmo agota  
 Sus flechas enherboladas?

« Herido león, huíste  
 Á la selva solitaria;  
 Y allí memorias acerbadas  
 Te hacen más honda la llaga.

« Á ellas entregado vives;  
 ¡Y ¡ay! cuántas veces te halla  
 La noche en la actitud misma  
 En que te halló la mañana!

»¡Dichoso, cuando á la sombra  
En que tu pecho descansa  
(La sombra, de los que piensan  
Favorecida morada),

»Desde el alba hasta el ocaso,  
Desde el ocaso hasta el alba,  
Contemplando las facciones  
Del valle y de la montaña;

»Atento al tapiz musgoso  
Que las rocas engalana,  
Al sosiego de los campos,  
Ó al tumulto de las aguas;

»Á la lozana verdura  
De hierbas jamás holladas,  
Ó á la nieve que los montes  
Empinados amortaja;

»Á la bostezante gruta  
De tenebrosa garganta,  
Y de verde cabellera,  
Con florecida guirnalda;

»Ó á la mar, do las antorchas  
Del mundo su curso acaban,  
Que como un pecho viviente  
Respirando sube y baja;

«Ó siguiendo con los ojos  
Desde la arenosa playa,  
Al ligero esquiife, alegre  
Depósito de esperanzas,

«Que las velas tiende, y huye,  
Huye, y rompe la delgada  
Hebra que ata el duro pecho  
Del marinero á la patria;

«Sobre el risco, donde tantos  
Dispersos rumores vagan;  
Bajo la espesura umbrosa,  
Donde ni el silencio calla:

«Á los ecos das un eco;  
Á las confusas palabras  
De místicas armonías  
Vibra tu mente inspirada;

«Y concurre al inmenso  
Coro que todo lo abraza,  
Lo que remontado vuela,  
Y lo que humilde se arrastra;

«Coro de infinitas voces  
Que suspende y arreбата,  
Y en que la naturaleza  
Á todos los seres habla.

«Consuélate, que algún día,  
Y no distante quizás,  
El imperio de las almas  
Á la tuya volverá;

«Y ha de verse, ante los ojos  
Más obcecados, brillar  
Con nueva luz, de tu frente  
La nativa majestad:

«Como joyel, á que el polvo  
Deslustró la tersa faz,  
Nuevamente acicalado  
Para fiesta nupcial.

«En vano tus enemigos  
De la sátira mordaz  
Contra tu pecho inocente  
Aguzaron el puñal;

«Y divulgaron secretos  
Fiados á la amistad,  
Como quien derrama el agua  
Sobre el camino real.

:

»En vano, en vano su furia  
Humillada lanzarán  
Contra tu nombre, á manera  
De enhambrecido chacal.

»Que para saciar la rabia  
De su apetito voraz,  
Desgarra la última carne  
Del hueso roído ya.

»Esos hombres que te ponen  
Piedras en que tropezar  
Y de asechanzas te cercan,  
No, no prevalecerán.

»Pasarán, como vislumbres  
Entre espeso matorral,  
Que á merced del viento corren  
Y no dejan huella atrás.

»Te detestarán, sin duda,  
Con el rencor infernal  
Que alimenta contra el cielo  
El pecho de Satanás;

»Pero las voces de muerte,  
Que como ardiente raudal  
Salen de su boca impía,  
Leve soplo extinguirá.

» Mira entre tanto con ojos  
De generosa piedad  
Á los que de un bajo instinto  
Arrastra el poder fatal;

» Á los que en densa ignorancia  
Sumidos, no ven rayar  
Celeste albor, que ilumine  
Su mísera ceguedad;

» Que llaman luz á la sombra;  
Y bonanza al huracán,  
Y andan á tientas, sin rumbo,  
Sin ley, sin fe, sin altar;

» Al soberbio que levanta  
Contra el débil el procaz  
Estrépito del torrente,  
Demolido el valladar;

» Á la mujer seductora,  
Desamorada beldad,  
Á quien la ronrison, estudio,  
Á quien es arte el mirar,

» Y en cuyo ropaje, suelto  
Á los vientos, redes hay,  
Redes, que prenden las almas  
En dura cautividad.

» Al ambicioso que trepa  
Sobre el ambicioso, á par  
De la hiedra, que á sí misma  
Entretejiéndose va ;

» Á la turba lisonjera  
Que rinde á cada deidad  
Efímera, el torpe incienso  
De su adoración venal ;

» Y á declamadores vanos,  
Que hacen ruido y no más,  
Oráculos que atestiguan  
La insensatez general.

» ¿ Qué son contigo esos hombres  
De un día, enjambre fugaz  
De insectos que vió la aurora,  
Y la tarde no verá ?

» Ellos son viles, tú grande :  
Es el interés su imán,  
La gloria el tuyo : la guerra  
Apetecen, tú la paz.

» Nada hay común á la suya  
Y á tu carrera inmortal ;  
Ni se puede su alegría  
Á tu dolor igualar.

» Que es sublime y grandioso  
Espectáculo el que da  
La mano dispensadora  
Que reparte el bien y el mal.

» Y alejando al genio el cebo  
De lo vano y lo falaz,  
Lo labra con el arado  
Que se llama adversidad. »

## VI.

¡Olimpio! un amigo fiel  
Entonces te hablaba así,  
Queriendo apartar de ti  
La henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga  
Que antes te halagó perjura,  
Quiso de la desventura  
Aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,  
No de metal diferente,  
Como el gran río á la fuente,  
Como al esquite la nave,



Le hablaste;—y cruzó veloz  
 Una sombra tu semblante;  
 Y un tierno afecto un instante  
 Hizo vacilar tu voz.

## VII.

«¡ No me consueles, ni te aflijas! vivo  
 Pacífico y sereno,  
 Que sólo miro al mundo de las almas,  
 No á ese mundo terreno.

«Ni es tan perverso el hombre; la fortuna,  
 Liberal ó mezquina,  
 Tiñe en puro licor ó en turbias heces  
 La copa cristalina.

«Del estrecho teatro, que aprisiona  
 Tu pensamiento, el mío  
 Oye á lo lejos el rumor, y vuela  
 Á su libre albedrío.

«Si murmura la fuente, ó solitaria  
 Bulle una verde orilla,  
 Ó viene á mis oídos el arrullo  
 De amante tortolilla;

«Ó el esquilón de las exequias llora  
 En la torre sublime,  
 Ó de los sauces la colgante rama  
 Sobre las cruces gime;

«Paréceme que huello excelsa cumbre,  
 Á do conduce el viento,  
 De cuanto ser criado habita el orbe,  
 Una voz de lamento.

«Allí la pequeñez á la grandeza,  
 El barro al oro igualo;  
 Y exploro los arcanos del abismo,  
 Y el firmamento escalo.

«Cuando el humo lejano se levanta  
 De humilde choza, pienso  
 Que en el ara se exhala, do se quema  
 Á Dios devoto incienso;

«Y de dispersas luces por la noche  
 Sembrada la llanura,  
 El infinito espacio tachonado  
 De soles me figura.

«Contemplo allí de lejos cuanto puebla  
 La tierra, el mar profundo,  
 Y miro al hombre, misterioso mago,  
 Atravesar el mundo.

«Y como suele el pájaro á su pluma,  
 Me entrego al pensamiento;  
 Y entiendo qué es la vida, y lo que dice  
 Aquel doliente acento.

«¿Y quieres que murmure de mi suerte?  
 ¿Cuál es el hombre, dime,  
 Á quien, parcial el cielo, de la carga  
 Universal exime?

«Yo, que lóbrega noche vivo ahora,  
 En mi denso horizonte  
 Conservo, cual rosada luz, que deja  
 La tarde en alto monte,

«La llama del honor, divina lumbre,  
 Que en apacible calma,  
 Todavía ilumina lo más alto,  
 Lo más puro del alma.

«Sin duda un tiempo—¿qué razón temprana  
 De este modo no yerra?—  
 Sueños dorados ví, cuales el hombre  
 Suele ver en la tierra.

«Ví alzarse mi existencia coronada  
 De visiones hermosas;  
 ¡Mas qué! ¿debí juzgar que fuese eterna  
 La vida de las rosas?

»Las ilusiones que tocar pensaban  
 Mis infantiles manos,  
 Disipó la razón, como disipa  
 La aurora espectros vanos,

»Y digo ya á la dicha lo que dice  
 Navegante que deja  
 El suelo patrio, á la querida orilla  
 Que más y más se aleja.

»Señala Dios á todo ser que nace  
 Su herencia de dolores,  
 Como, á la aurora, un amo á sus obreros  
 Reparte las labores.

»¡Ánimo, pues! ¿Qué importa á un alma grande,  
 Destello peregrino  
 De antorcha celestial, eso que el hombre  
 Suele llamar destino?

»Ni elación en la frente generosa,  
 Ni aparezca desmayo,  
 Ora brille á los ojos la serena  
 Luz del día, ora el rayo.

»Brame allá abajo la preñada nube  
 Que tempestades mueve,  
 Y su tranquilidad conserve el alma,  
 Cual la cumbre su nieve.

«Forceja en vano el rebelado orgullo  
 Contra la ley severa  
 (Necesidad ó expiación se llame)  
 Que al universo impera;

«Rueda fatal, que á todo lo criado  
 En movimiento eterno  
 Girando abruma, y de una mano sola  
 Reconoce el gobierno.»

1842.





## LAS FANTASMAS

### I.

AH, qué de marchitas rosas  
En su primera mañana!  
¡ Ah, qué de niñas donosas  
Muertas en edad temprana!  
Mezclados lleva el carro de la muerte  
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor  
Rinda su alegre esperanza  
Á la hoz del segador:  
Es forzoso que la danza  
En el gozo fugaz de los festines  
Huelle los azahares y jazmines.

Que huyendo de valle en valle  
 Sus ondas la fuente apure;  
 Y que el relámpago estalle  
 Y un solo momento dure;  
 Y el vendabal que perdonó á la zarza  
 La fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:  
 La aurora anuncia el ocaso:  
 En torno á espléndida mesa,  
 Jovial turba empina el vaso:  
 Unos apenas gustan, y ya salen;  
 Pocos hay que en el postre se regalen.

## II.

¡Murieron, murieron mil!  
 La rosada, y la morena;  
 La de la forma gentil;  
 La de la voz de sirena;  
 La que ufana brilló; la que otro ornato  
 No usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente  
 En la macilenta palma,  
 Mira al suelo tristemente;

Y al fin rompe al cuerpo el alma  
 Como el jilguero, cuando oyó el reclamo,  
 Quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra en un nombre querido  
 Con loca fiebre delira;  
 Otra acaba, cual gemido,  
 Lánguido de eolia lira,  
 Que el viento pulsa; ó plácida fallece,  
 Cual sonriendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,  
 Y ya cadáveres fríos!....  
 Palomas, de mimos llenas,  
 Y de hechiceros desvíos:  
 Primavera del mundo, apetecida  
 Gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?  
 ¿Ni una voz? ¿ni una mirada?  
 ¿Tanta llama, hecha pavesa?  
 ¿Y tanta flor, deshojada?  
 ¡Adiós! huyamos á la amiga sombra  
 De anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan  
 Bajo mi pié vagaroso....  
 Fantasmas se me dibujan  
 Entre el ramaje frondoso;  
 Á incierta luz siguiendo voy su huella,  
 Y de sus ojos la vivaz centella.



¿He sido ya polvo yerto,  
 Y mi sombra despertó?  
 ¿Como ellas estoy yo muerto?  
 ¿Ó ellas vivas como yo?  
 Yo la mano les doy entre las ralas  
 Calles del bosque, ellas á mí sus alas.

Y á su forma vaga, etérea,  
 Mi pensamiento se amolda...  
 Á do, meciendo funérea  
 Colgadura el sauce entolda  
 Un blanco mármol, de tropel se lanzan;  
 Y en baja voz me dicen, ¡ven!.... y danzan

Vanse luego paso á paso  
 Por la selva, y de repente  
 Desparecen.... Yo repaso  
 La visión acá en mi mente,  
 Y lo que entre los hombres ver solía,  
 Reproduce otra vez la fantasía.

### III.

¡Una entre todas!.... tan clara  
 La bella efigie, el semblante  
 Me recuerdo, que jurara

Estarla viendo delante;  
 Crespas madejas de oro su cabello;  
 Rosada faz, alabastrino cuello;

Albo seno, que palpita  
 Con inocentes suspiros;  
 Ojos que el júbilo agita,  
 Azules como zafiros,  
 Y la celeste diáfana aureola  
 Que en sus quince á las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor  
 De un liviano afecto cupo:  
 No supo jamás de amor,  
 Aunque inspirarlo sí supo.  
 Y si cuantos la ven la llaman bella,  
 Nadie al oído se lo dice á ella.

El baile fué su pasión,  
 Y costóle caro asaz:  
 Deslumbradora ilusión,  
 Que pasatiempo y solaz  
 Á todo pecho juvenil ofrece;  
 Pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa  
 Sobre su sepulcro alguna  
 Nube de cándida gasa,  
 Que hace fiestas á la luna,  
 Ó el mirto que lo cubre el viento mece,  
 Rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,  
 Que para el baile la empeña;  
 Y si piensa en él de día,  
 En él á la noche sueña;  
 Vuélanle en derredor regocijadas  
 Visiones de danzantes, silfos y hadas;

Y la cercan plumas, blondas,  
 Canastillas y bandejas,  
 Mué de caprichosas ondas,  
 Crespón, de que las abejas  
 Pudieran hacerse alas; cintas, flores,  
 Tocas de formas mil, de mil colores.

La visión acá en mi IV.

Ya llega... los elegantes  
 le hacen rueda: luce el rico  
 bordado; en los albos guantes  
 Se abre y cierra el abanico.  
 Ya da principio la anhelada fiesta;  
 Y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta ó se desliza!  
 ¡Qué movimiento agraciado!  
 Sus ojos, bajo la riza

Crencha del pelo dorado,  
 Brillan, como dos astros en la ceja  
 De luz, que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,  
 Juego, donaire, alegría,  
 Inocencia.... En una oscura,  
 Solitaria galería,  
 Yo, que los grupos móviles miraba,  
 Á Lola pensativo contemplaba....

Pensativo.... caviloso...  
 Y triste no sé si diga:  
 En el baile bullicioso  
 El loco placer hostiga:  
 Enturbia el tedio la delicia, y rueda  
 Impuro polvo en túnicas de seda.

Lola en la festiva tropa  
 Va, viene, revuelve, gira:  
 ¡Valsa! ¡cuadrilla! ¡galopa!  
 No descansa, no respira;  
 Seguir no es dado el fugitivo vuelo  
 Del lindo pié, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,  
 Alegre canto, reflejos  
 De arañas y de blandones,  
 De lámparas y de espejos,  
 Flores, perfumes, joyas, tules, rasos,  
 Grato rumor de voces y de pasos:

*Te crit 826*

Todo la exalta; la sala  
 Multiplica los sentidos;  
 No sabe el pié si resbala  
 Sobre cristales pulidos,  
 Ó sobre nube rápida se empine,  
 Ó en agitadas olas remoline.

## V.

¡De día ya!.... ¡Cuánto tarda  
 La hora que al placer da fin!  
 Lola en el umbral aguarda  
 Por la capa de satín;  
 Y bajo la delgada mantellina,  
 Cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!  
 Risas, placeres, ¡adiós!  
 ¡Adiós, arreos de moda!  
 Al canto sigue la tos;  
 Al baile, ardor febril que la desvela,  
 Dolor que punza, y respirar que anhela.

Y á la fresca tez rosada  
 La cárdena sigue luego,  
 Y la pupila empañada

Á la pupila de fuego;  
Murió.... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!  
¡La amada!.... el baile abrió su sepultura.

¡Murió!.... la muerte la arranca  
Del abrazo maternal—  
Último abrazo—y la blanca  
Vestidura funeral  
Le pone, en vez del traje de la fiesta,  
Y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno  
Guarda la escogida flor,  
Que prendida llevó al seno,  
Y aún conserva su color:  
Cogióla en el jardín su mano hermosa,  
Y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡qué distante  
De adivinar su fortuna,  
Cuando la arrullaba infante,  
Cuando la meció en la cuna,  
Y con solicitud, con ansia tanta,  
Miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?.... Su amor, su Lola,  
Cebo del gusano inmundo,  
Amarilla, muda, sola,  
En un retrete profundo  
Duerme; y si en clara noche del invierno  
Interrumpe la luna el sueño eterno,

Y á solemnizar la queda  
 Los difuntos se levantan,  
 Y en la apartada arboleda  
 Fúnebres endechas cantan;  
 En vez de madre, un descarnado y triste  
 Espectro al tocador de Lola asiste.

« Hora es, » dice: date prisa,  
 Y abriendo los pavorosos  
 Labios con yerta sonrisa,  
 Pasa los dedos nudosos,  
 De la descomunal mano de hielo  
 Sobre las ondas del dorado pelo.

Y luego la besa ufano,  
 Y de mustia adormidera  
 La enguirnalda, y de la mano  
 La conduce á do la espera  
 Saltando entre las tumbas coro aerio,  
 Á la pálida luz del cementerio.

Y tras un alto laurel  
 La luna su faz recata,  
 Sirviéndole de dosel  
 Nubes con franjas de plata,  
 Que el iris de la noche en torno ciñe,  
 Y de colores opalinos tiñe.

## VI.

¡ Niñas! no el placer os tienta  
 Que víctima tanta inmola :  
 Mas tened, tened presente  
 Á la malograda Lola;  
 La compañera hermosa , amable , honesta,  
 Arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,  
 Gracia, beldad, lozanía,  
 Y de todas estas flores  
 Una guirnalda tejía ;  
 Y cuando en matizarla se divierte,  
 A esta dulce labor da fin la Muerte.

1842.







## LOS DUENDES <sup>1</sup>

### I.

No bulle

La selva:

El campo

No alienta.

Las luces

Postreras,

Despiden

Apenas

Destellos,

Que tiemblan.

La choza

Plebeya,

Que horcones

Sustentan;

<sup>1</sup> La idea general, algunos pensamientos, y el progresivo ascenso y descenso del metro, es todo lo que se ha tomado del original. La composición francesa se titula *Les Djinns*. (El A.)

La alcoba,  
 Que arrear  
 Cristales  
 Y sedas;  
 Al sueño  
 Se entregan.  
 Ya es todo  
 Tinieblas.  
 ¡Oh noche  
 Serena!  
 ¡Oh vida  
 Suspensa!  
 La muerte  
 Remedas.

¿Qué ruido  
 Sordo nace?  
 Los cipréses  
 Colosales  
 Cabecean  
 En el valle,  
 Y en menuda  
 Nieve caen  
 Deshojados  
 Azahares.  
 ¿Es el soplo

De los Andes,

Atizando

Los volcanes?

¿Es la tierra

Que en sus bases

De granito

Da balances?

No es la tierra;

No es el aire;

Son los duendes

Que ya salen.

Por allá vienen;

¡Qué batahola!

Ora se apiñan

En densa tropa

Que hiende rápida

La parda atmósfera;

Y ora se esparcen

Como las hojas

Ante la ráfaga

Devastadora.

Si chillan estos,

Aquellos roznan;

Si trotan unos,

Otros galopan.

De la cascada  
 Sobre las ondas,  
 Cuál se columpia,  
 Cuál cabriola.  
 Y un duende enano  
 De copa en copa,  
 Va dando brincos,  
 Y no las dobla.

## IV.

¿Fantasmas! ¿caso  
 La vista figura?  
 Como hinchadas olas  
 Que en roca desnuda  
 Se estrellan sonantes,  
 Y luego reculan,  
 Con ronco murmullo,  
 Y otra vez insultan  
 Al risco, lanzando  
 Bramadora espuma;  
 Así van y vienen,  
 Y silban y zumban,  
 Y gritan que aturden.  
 El cielo se nubla;  
 El aire se llena  
 De sombras que asustan;  
 El viento retiñe;  
 Los montes retumban.

Y empujando  
 El asalto  
 Si dura más el  
 Cada envión  
 Un cristal en la

V.  
 Á casa me recojo ;  
 Echemos el cerrojo.  
 ¡Qué triste y amarilla  
 Arde mi lamparilla !  
 ¡Oh Virgen del Carmelo !  
 Aleja , aleja el vuelo.

De estos desoladores  
 Ángeles enemigos.  
 Que no talen mis flores ,  
 Ni atizonen mis trigos.  
 Ahuyenta , Madre , ahuyenta  
 La chusma turbulenta ;  
 Y te pondré en la falda  
 Olorosa guirnalda  
 De rosa , nardo y lirio ,  
 Y haré que tu sagrario  
 Alumbre un blanco cirio  
 Por todo un octavario.

## VI.

¡Cielos ! ¡lo que cruje el techo !  
 ¡Y lo que silba la puerta !  
 Es un turbión deshecho !  
 De lejos oigo estallar

Los árboles de la huerta,  
 Como el pino en el hogar.  
 Si dura más el tropel,  
 No amanecerá mañana  
 Un cristal en la ventana  
 Ni una hoja en el verjel.

## VII.

San Antón, no soy tu devoto,  
 Si no le pones luego coto.  
 Á este diabólico alboroto.  
 ¡Motín semeja, ó terremoto,  
 Ó hinchado torrente que ha roto  
 Los diques, y todo lo inunda!  
 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué barahunda!  
 ¿Qué significa, raza inmunda,  
 Esa aldabada furibunda?  
 El rayo del cielo os confunda,  
 Y otra vez os pele y os tunda,  
 Y en la caverna más profunda  
 Del inflamado abismo os hunda.

## VIII.

¡Ni por esas! Parece que arroja  
 El infierno otro denso nublado,  
 Ó que el diablo al oírme se enoja,

Y empujando el ejército alado  
 El asalto acrecienta y aviva.  
 El tejado va á ser una criba:  
 Cada envión que recibe mi choza,  
 Yo no sé cómo no la destroza;  
 Á tamaña batalla no es mucho  
 Que retiemble y que toda se cumbre,  
 Cual si fuese de lienzo ó de mimbre.  
 ¿Es el miedo? ¿Ó quién anda en la sala?  
*Vade retro*, perverso avechucho...  
 ¡Ay! matóme la luz con el ala.

¡Funesta sombra! ¡Tenébroso espanto!  
 Amedrentado el corazón palpita...  
 Y la legión de Lucifer en tanto,  
 Reforzando la trápala y la bulla,  
 Á un tiempo brama, gruñe, llora, grita,  
 Bufo, relincha, ronca, ladra, aulla;  
 Y asorda estrepitosa los oídos  
 Mezclando carcajadas y alaridos,  
 Voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.  
 ¡Qué fiero son de trompás y cornetas!  
 ¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!  
 ¡Qué destemplado chirrido de carretas!  
 ¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremecé,  
 Y según es el huracán, parece  
 Que á la casa y á mí, nos lleva al vuelo.  
 ¡Perdido soy!.... ¡misericordia, cielo!

Y empujando el ejército alido de estado  
 El asalto accretoria y tra...  
 El tejado va á ser una...  
 Cada envión que recibe mi...  
 ¡ Ah! Por fin en la iglesia vecina  
 Á sonar comenzó la campana...  
 Al furor, á la loca jarana,  
 Turbación sucedió repentina.  
 El tañido de aquella campana  
 Á la hueste infernal amohina,  
 Sobrecoge, atolondra, amilana,  
 Como en pecho abrumado de pena  
 Una luz de esperanza divina;  
 Como el sol en la densa neblina,  
 De los montes rizada melena;  
 El tañido de aquella campana,  
 Que tan alto y sonoro domina,  
 Y se pierde en la selva lejana,  
 El tumulto en el aire serena.

## XI.

¡ Partieron! la sonante nota  
 Á la hueste infernal derrota.  
 Uno á otro apresura, excita,  
 Estrecha, empuja, precipita.  
 Huyó la fementida tropa:  
 No trota ya, sino galopa,  
 No galopa ya, sino vuela.  
 Por donde pasa la bandada,



Una sombra más atezada  
 Los montes y los valles vela,  
 Y el luto de la noche enluta.  
 Como de leña mal enjuta,  
 Que en el hogar chisporrotea,  
 De mil pupilas culebrea  
 Rojiza luz intermitente,  
 Que va señalando la ruta  
 De Satanás y de su gente.

## XII.

Cesó, cesó la zozobra.  
 Á escape va la pandilla:  
 Y la tierra se recobra  
 De la grave pesadilla  
 De esta visita importuna;  
 Y la perezosa luna  
 Sale al fin, y el campo alegre.  
 Allá va la sombra negra;  
 Distante suena la grito  
 De la canalla maldita;  
 Como cuando ciñe un monte  
 De nubes el horizonte,  
 Y desde su oscuro seno  
 Rezonga lejano trueno:  
 Como cuando primavera  
 Tus nieves ha derretido  
 Gigantesca cordillera,  
 Y á lo lejos se oye el ruido

De impetuosa corriente  
 Que arrastra una selva entera,  
 Cubre el llano y corta el puente

## XIII.

Mas á ti, ¿qué fortuna,  
 Huerta mía, te cabe?  
 ¿Respiras ya del grave  
 Afán? ¿Injuria alguna  
 Sufriste?... ¡Cuánta asoma,  
 Entreabierta á la luna,  
 Nueva flor! ¡Cuánto aroma  
 De rosas y alicies  
 El ambiente embalsama!  
 No hay una mustia rama;  
 No hay un doblado arbusto  
 Parece que te ríes  
 De tu pasado susto.

## XIV.

Sobre aquellos boldos  
 Que á un pelado risco  
 Guarnecen la falda  
 Al amortecido  
 Rayo de la luna  
 Van haciendo giros,  
 Enjambre parecen  
 De avispas, que el nido

Materno abandona,  
 Despojo de niños  
 Traviesos, y vuela  
 Errante y proscripto.

## XV.

¡Desventurados!  
 Del patrio albergue  
 También vosotros  
 Gemís ausentes:  
 Vagar proscriptos  
 Os cupo en suerte...  
 ¡Terrible fallo!...  
 ¡Y eterno!... ¡Pesen  
 Mis maldiciones  
 Blandas y leves  
 Sobre vosotros,  
 Miseros duendes!

## XVI.

Hacia el cerro  
 Que distingue  
 Lo sombrío  
 De su tizne—  
 Padrón negro  
 De hechos tristes—  
 Vagarosas  
 Ondas fingé

Parda nube,  
 Con matices  
 Colorados  
 Como el tinte  
 Que á la luna  
 Da el eclipse;  
 Y en la espira  
 Que describe,  
 Rastros deja  
 Carmesíes....  
 ; En qué abismos,  
 Infelice  
 Nubecilla,  
 Vas á hundirte?..  
 Ya los ojos  
 No la siguen;  
 Ya es un punto;  
 Ya no existe.


## XVII.

; Qué calma  
 Tranquila!  
 Tras leve  
 Cortina  
 De gasa  
 Pajiza,  
 La luna  
 Dormita.  
 Al sueño  
 Rendidas,

Las flores  
Se inclinan.  
El viento  
No silba,  
Ni el aura  
Suspira.  
Tú sola  
Vigilas;  
Tú siempre  
Caminas,  
Y al centro  
Gravitas,  
¡ Oh fuente  
Querida!  
Ya turbia;  
Ya limpia;  
Ya en calles,  
Que lilas  
Y adelfas  
Tapizan;  
Ya en zarzas  
Y espinas:  
¡ Tal corre  
La vida!

n°843.





FRAGMENTO DE «LOS JARDINES»

DE DELILLE

POESÍAS VARIAS

Y de la primavera el mundo torna,  
Escuchando alegre música á la selva,  
Y oyes al campo y á Favento aromas,  
¿A qué nuevo cantar templa la voz?  
¿A qué cruzado el largo juro se despoja  
La tierra; cruzado el valle y la montaña,  
El grado humilde y la floresta hojosa,  
Estado de amor y de esperanza vie,  
¿Por qué también tu imperio reconoces,  
Abell! Canta otro las batallas,  
¿Canta al valer los fastos de la gloria;  
¿Canta el fulmineo carro de Marte,  
¿Canta sangriento sus manos con la espada  
El fratricida Atreo; los jardines  
¿Canta yo, las dióivas de Flora,  
¿Canta cómo el arce gracias y ovas  
Al césped, á la flor, la límpida roca,



FRAGMENTO DE «LOS JARDINES»

DE DELILLE

Y A de la primavera el blando aliento  
Á rejuvenecer el mundo torna ,  
Trayendo alegre música á la selva ;  
Flores al campo y á Favonio aromas.  
¿ Á qué nuevo cantar templo la lira ?  
¡ Ah ! cuando el largo luto se despoja  
La tierra ; cuando el valle y la montaña ,  
El prado humilde y la floresta hojosa ,  
Todo de amor y de esperanza ríe ,  
Mi voz también tu imperio reconozca ,  
¡ Genial Abril ! Cante otro las batallas ,  
Y abra al valor los fastos de la gloria ;  
Pinte el fulmíneo carro de Mavorte ,  
Ó ensangrienté sus manos con la copa  
Del fratricida Atreo ; los jardines  
Prefiero yo , las dádivas de Flora .  
Yo diré cómo el arte gracias nuevas  
Da al césped , á la flor , la áspera roca ,

Al parlero cristal, y en la animada  
 Tabla del suelo luces mezcla y sombras;  
 Sabe sitio elegir, y perspectiva;  
 Uno el designio y varia hace la forma;  
 Llama al hábil cincel, llama á la noble  
 Arquitectura, y con sus bellas obras  
 Decora la mansión del hombre, y hace  
 Á la naturaleza más hermosa.

Tú que con el vigor juntas la gracia,  
 Cuando el verso didáctico sazonas,  
 ¡Musa! si de Lucrecio en los acentos,  
 De las lecciones áridas la tosca  
 Austeridad puliste; si su ilustre  
 Rival, merced á ti, supo al idioma  
 Del cielo hacer la esteva y el cayado.  
 Digna materia; ven, y un tema adorna  
 Menos severo, y que á Virgilio mismo  
 Pudo tentar <sup>1</sup>; mas no la vana pompa  
 Busquemos de prestados ornamentos:  
 Ven, y teje á mi frente con mis propias;  
 Flores guirnalda, y cual temprano rayo,  
 Que el horizonte de celajes dora,  
 Alguna parte alcanzará á mi estilo  
 De los colores que á mi asunto sobran.

Vió del arte inocente que celebro,  
 El antiguo universo la primera  
 Infancia; y desde el tiempo que al colono

<sup>1</sup> Alusión á los versos 116 y siguientes del libro iv de  
*Las Geórgicas*.



El duro suelo avasalló la reja  
 Fué á la recreación dada una parte  
 Feliz de su dominio, estancia amena  
 De plantas escogidas, que halagaban  
 Los ojos y el olfato á competencia.  
 En rústicos vergeles se complace  
 El simple lujo de Feacia <sup>1</sup>: eleva  
 Al aire Babilonia sus pensiles;  
 Y cuando Roma al orbe dió cadenas,  
 En parques que cautivas adornaban  
 Las maravillas de las artes griegas,  
 Iban los orgullosos vencedores  
 Á deponer el rayo de la guerra.  
 El saber habitaba los jardines  
 Un día, y entre verdes alamedas  
 Pudo con sobrecejo menos grave  
 Comunicarse á la pulida Atenas.  
 El venturoso Edén y el Eliseo  
 Que el cielo dió por cuna á la inocencia  
 Y á la virtud por premio, ¿eran acaso  
 Jaspeados palacios? Bosques eran,  
 Lozanos bosques, y risueñas fuentes,  
 Y alegres prados de mullida hierba,  
 Do inaccesible el hombre á los cuidados  
 En paz vivía y bienandanza eterna.

Tú que á Natura pides que en el campo  
 Simple se muestre á par que amable y bella,  
 No á gran precio la insultes, que el ingenio

<sup>1</sup> Isla en que reinaba Alcinoos, cuyos jardines describe Homero en la *Odisea*, libro vii.

Te manda prodigar, no la riqueza.  
 Elegante un jardín, más que ostentoso,  
 Un ancho cuadro á nuestra vista ofrezca.  
 Sé pintor: la campiña y sus matices,  
 La luz del sol, las sombras de la selva,  
 El giro de los cielos que varía  
 De las horas y meses la librea,  
 De las colinas el ropaje verde,  
 La alfombra del Abril en la pradera,  
 Musgosas rocas, árboles copados,  
 Y fugitivas aguas, tal la tela,  
 Tales son tus pinceles, tus colores.  
 Naturaleza es tuya, y á tu experta  
 Mano, para que formas nuevas críes,  
 Todas las formas da de la materia.

Mas antes de plantar, antes que toque  
 El corvo arado el seno de la tierra,  
 Á la naturaleza observa, estudia,  
 Por modelo la toma y por maestra.  
 ¿No ves aparecer, vagando acaso  
 Por apartado sitio, inculta escena  
 Que te hace el paso suspender, y el alma  
 En blandas fantasías embelesa?  
 Copie el pincel, si puede, sus aspectos;  
 Á hermohear el campo, el campo enseña.

También los sitios notarás, que el gusto  
 Inteligente ornó, y en lo escogido  
 Escogerás de nuevo. Ya la noble  
 Pompa de Chantillí, que favorito  
 Albergue fué á cien héroes, te convida;

Bel-Œil, que á lo campestre une lo rico ;  
 Navarra, en que la sombra se complace  
 Del Grande Enrique, y Tívoli florido,  
 Cuyas amables formas á la Francia  
 Hicieron divisar de un nuevo estilo  
 El modelo primero, como suele  
 Tímido recatando el botoncillo  
 Su delicado seno todavía,  
 Dar de la alegre primavera aviso.  
 Chanteloup, que te ufanas del destierro  
 De tu señor ; Montreuil, cuyo recinto  
 Las Gracias solazándose trazaron ;  
 Auteuil, Rincy, Limours, ¡ qué de atractivos  
 Á la vista ofrecéis ! ¡ Cuán dulcemente  
 Me pierdo en vuestros verdes laberintos !

De aguas rico y de prados y de selvas,  
 Ostenta el alemán nuevos prodigios.  
 ¿ Quién á Rhinberg ignora, en que reposo  
 Halla el valor, las artes domicilio ;  
 Rhinberg, que se retrata en los cristales  
 De un lago inmenso ? ¿ Á quién no es conocido  
 Postdam, que ya en la paz y ya en la guerra  
 Dominó de la Europa los destinos,  
 Mansión de la victoria ; Bellavista,  
 Por do las ondas corren sin ruido  
 Del río que á la juncia de sus trenzas  
 Supo enlazar el ramo de Gradivo ;  
 Casel, de sus cascadas orgulloso,  
 De sus llanos Gosow ? Jamás han visto  
 Campiñas, montes, valles, aguas, bosques,  
 Tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman,  
 Donde te muestra bajo mil aspectos  
 La señora del mundo su ruina,  
 Y entre despedazados monumentos  
 Engañada la vista se figura,  
 En lugar de un jardín, ver un museo.  
 Piramidales árboles alternan  
 Con mármoles, palacios, bronce, templos,  
 Sepulcros, urnas, en que errar parece  
 De Roma antigua el imperial espectro.

De su Aranjuez ufana está la Iberia  
 Y del lujo real de San Lorenzo.  
 ¿Y quién no ama tu fresca lozanía,  
 Fastuoso Pardo? No el mezquino juego  
 Ostentas tú de contrahechas fuentes  
 Que solaz á la vista pasajero  
 Muestran, y brevemente fatigadas  
 Triste dejan la selva, y mudo el eco:  
 Mas sin cesar las aguas resonando  
 Vivifican tus parques altaneros,  
 Y en bóvedas, en arcos, en columnas,  
 Lanzándose animosas, dan al viento  
 Frescura eterna; y de las patrias cumbres  
 Igualan el nivel; sitio soberbio,  
 En que un Borbón la Francia reprodujo,  
 Y emuló la grandeza de su abuelo.

El Bátavo á su vez, hijo del arte,  
 En vistosos jardines mudó el cieno  
 De su anegada patria; mas produce  
 Hastío allí á la vista el nimio esmero

En peregrinas flores: y esparcidos  
 Boscajes dan insípido ornamento  
 Á uniformes llanuras, en que el rudo  
 Ceño de las montañas echo menos.  
 Empero tus canales, la abundancia  
 De tus orillas, los movibles lejos  
 En que el ganado anima la dehesa,  
 La barca el agua, y el molino el viento;  
 Tus cabañas, Batavia, tus cortijos,  
 Tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta  
 Verdura de los pinos, vencedora  
 De los hielos polares, casi solos  
 El largo invierno al Moscovita adornan.  
 ¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves  
 El erizado polo en vano acopia:  
 El fuego vence al aire, y da Vulcano  
 En templos de cristal hospicio á Flora.

Fantásticas bellezas ama el Chino,  
 Contrastes pintorescos ambiciona:  
 De porcelana sus paredes cubre;  
 Matices vivos, peregrinas formas  
 Complácese en juntar; pero las gracias  
 De lo sencillo y natural ignora.

¿Diré de los jardines otomanos  
 El voluptuoso lujo, en que se gozan  
 Las hijas del Oriente? Allí prodiga  
 Las rosas el amor y los aromas;  
 En mármoles y jaspes bulle el agua,

Y toldos de jazmines le hacen sombra:  
 El céfiro suspira entre azahares,  
 Y pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, á tus orillas vuelo,  
 Á quien Bacón, á quien los dulcés cantos  
 De Milton y de Pope el no sabido  
 Arte de los jardines enseñaron.  
 Cayeron á su voz los terraplenes  
 De viejos parques: del nivel esclavos  
 No fueron ya más tiempo los jardines;  
 Que, como al pueblo, hiciste libre al campo,  
 Y con la libertad un nuevo estilo  
 Apareció en tus bosques y en tus prados.  
 ¡Qué leda muchedumbre de verjeles,  
 De hermosas vistas, de hechiceros cuadros,  
 En su camino tortuoso mira  
 Aquel altivo río, que en mil naos  
 Acarreando sin cesar á Londres  
 El tributo del mundo, al Oceano  
 Leyes parece dar, rey del comercio,  
 Y por urna tener la de los hados!

Park-Place, ¿á quién no agradan tus boscajes,  
 Más que el vano esplendor de los palacios?  
 ¡Y los tuyos, Leasow, dulce morada  
 De Shenston, que aún respiras los encantos  
 De amor y de las musas! Lo elegante  
 De tus rurales gracias, Hayley, ¡euánto  
 Enamora la vista! Bowton, Foxley,  
 Que sóis, á vuestros dueños imitando,  
 Amigos y diversos, el buen gusto

De sí mismo hizo alarde al dibujaros.  
 Ni á tí tampoco olvidarán mis versos;  
 Chiswick, que unidos gozas los milagros  
 De la naturaleza y de las artes;  
 En quien no sé si más deleita el blando  
 Verdor de la floresta, ó si la noble  
 Arquitectura que trazó Paladio,  
 Ó los vivientes lienzos, que á tu sala  
 Dió el flamenco pincel y el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:  
 También peligros hay que cauto evites;  
 No de servil imitación llevado,  
 Al suelo quieras dar lo que resiste;  
 Obsérvale antes bien; consulta al Genio  
 Que mora en él, y adoración le rinde.  
 No impunemente violará sus leyes  
 El que sin gusto mezcle, alce, derribe;  
 Que por desatender osado artista  
 Lo que el local rehusa y lo que pide,  
 Fantástico parecé en las del Sena  
 Lo que es bello en las márgenes del Tibre.  
 Descubre perspicaz y diestro adopta  
 Lo que el terreno de su grado admite.  
 El arte entonces, mientras copia, inventa:  
 Es la naturaleza, y la corrige.  
 Así Berghém, así creó el Pusino:  
 Sus diseños estudia y sus matices;  
 Y lo que debe al campo la pintura,  
 Vuélvalo agradecida á los jardines.

Contempla, pues, el vario aspecto y varía

Índole de la tierra, ya sublime,  
 Ya entre rudos contrastes caprichosa,  
 Ya con modestas gracias bella y simple.  
 Hubo un tiempo funesto, en que tirano  
 Violentó el arte al suelo, y el declive  
 Que en blandas lomas recreó la vista,  
 Cambiar osó por explanadas tristes.  
 Hoy no menos despótico presume  
 Montes crear y valles do no existen.  
 Ambos extremos huye. En ancho llano  
 Hacer reir la montañuela humilde  
 Que á pintoresca aspira, y de alta sierra  
 combatir la aspereza, ¿de qué sirve?

¿Quieres lugar propicio á tus trabajos?  
 No anivelado campo solicites,  
 No fragosa montaña, mas la leve  
 Desigualdad que sin orgullo ríe,  
 Do sin rudeza se levanta el suelo,  
 Sin uniformidad es apacible.  
 ¿Andas? El horizonte ande contigo:  
 Ora se alce la tierra, ora se humille;  
 Aquí se estreche, y más allá se extienda;  
 Y á cada paso un nuevo aspecto admires.  
 Oscuro agrimensor, en el retiro  
 Del gabinete, helados trozos forme,  
 Y jardines geométricos describa;  
 Tú al sitio mismo ve. Valles y montes,  
 Sombras y lejos al papel traslada:  
 Obstáculos prevé, medios escoge:  
 De la dificultad nace el milagro,  
 Y da belleza el arte á lo disforme.



¿Cuál tan áspero suelo y tan esquivo  
 Su divino poder no reconoce?  
 ¿Desnudo está? Frondosos bosques cubran  
 Su desnudez. ¿Tupido acaso? Dome  
 La inútil pompa de la tierra el hacha.  
 ¿Húmedo? En vasto lago se transforme,  
 Ó en limpio estanque las impuras ondas,  
 Ó el campo bulliciosas alborocen.

¿Árido en fin? Explora, tienta, excava,  
 No desesperes: ya el cristal que esconden  
 Secretas venas, va á brotar. Al modo  
 Que cuando á largo afán mi ingenio pobre  
 Se rinde exhausto, y la difícil rima  
 Fatiga en balde ingratos pormenores,  
 Brilla un feliz concepto de improviso,  
 Y numeroso el verso y fácil corre.  
 Nuevos cuidados restan, arte nuevo,  
 Empeño superior. Poco es que logres  
 Embelesar los ojos: habla al alma.  
 ¿Los misteriosos vínculos conoces  
 Entre lo inanimado y lo sensible?  
 ¿Percibes de las aguas, de las flores,  
 De los boscajes la elocuencia oculta?  
 ¿La muda voz de los desiertos oyes?  
 Repite sus acentos. En tus obras  
 Lo bello hechice y lo sublime asombre:  
 Pasa de lo risueño á lo severo:  
 Muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,  
 Triste y alegre; y variado el tono  
 Al variar del gusto se acomode.  
 Haz que vaya el pintor á su paleta

Bajo tus mirtos á buscar colores :  
 Allí, de sacra inspiración turbado  
 Cante el poeta, el sabio filósofo :  
 Y en sus dulces memorias el dichoso,  
 Y en su llorar el infeliz se gocé.

1827.





## EPÍSTOLA Á OLMEDO

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,  
Que del dulce solaz destituido  
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,  
Con todas sus famosas fruslerías,  
Que á soledad me tienen reducido!

Mal rayo abra-se, amén, sus Tullerías,  
Y mala peste en sus teatros haga  
Sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga  
 Á la virtud de superior conjuro,  
 Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en oscuro  
 Aposento entre sábanas fragantes  
 Te encuentres blando alumno de Epicuro,

Sino cual paladín de los que errantes  
 De yermo en yermo, abandonando el nido  
 Patrio, iban á caza de gigantes,

Te halles al raso, á tu sabor tendido,  
 Rodeado de cardos y de jaras,  
 Cantándote una rana á cada oído.

Y suspirando entonces por las caras  
 Ondas del Guayas ( Guayaquil un día,  
 Antes que al héroe de Junín cantaras ),

Digas: « ¡ Oh venturosa patria mía!  
 ¿ Quién me trajo á vivir do todo es hecho  
 De antojos, de embeleco y de falsía? »

» Á Londres de esta vez me voy derecho,  
 Donde, aunque no me aguarda el bien amante  
 De mi Virginia, mi paterno techo,

» Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,  
 Que al verme sentirá más alegría  
 Que la que él me descubra en el semblante.

» Con él esperaré que llegue el día  
De dar la vuelta á mi nativo suelo  
Y á los abrazos de la esposa mía.

» Y mientras tanto bien me otorga el cielo,  
¡ Oh musas ! ¡ Oh amistad ! á mis pesares  
En vuestros goces hallaré consuelo.

¡ Ven, ven, ingrato Olmedo ! Así los mares  
Favorables te allanen su ancha espalda  
Cuando á tu bella patria retornares,

Y cuando fresca rosa la esmeralda  
Matiza de sus campos florecidos,  
Guayaquil entreteja á tu guirnalda ;

Y á recibirte salgan los queridos  
Amigos con cantares de alegría,  
Por cien voces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía  
Al apacible delicioso culto  
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto  
De la batalla, y la sangrienta gloria,  
Á la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende á la tenaz memoria  
De antiguos y modernos la doctrina,  
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina  
 En sólidos objetos ocupado,  
 Y también á su modo desatina,

Intereses calcula desvelado  
 Y por telas del Támesis ó el Indo  
 Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el cielo que el laurel del Pindo  
 Trasplantes á los climas de Occidente  
 Do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozado alza la frente  
 El jayán de los Andes, y la vía  
 Abre ya á nuevos hados nueva gente,

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía  
 Cuando á la nueva luz recién nacido  
 Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido  
 En la visión de la ideal belleza,  
 De incesantes contiendas el ruído.

El niño Amor la lira le adereza,  
 Y dictanle cantares inocentes  
 Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente  
 Desventurada, á quien la paz irrita;  
 Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó por mejor decir un mundo habita  
 Suyo, donde más bello el suelo y rico  
 La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva ó pico,  
 Y vive mansa gente en leda holgura  
 Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura  
 Fe, la codicia ó la ambición tirana  
 Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,  
 De la extranjera seda el atavío,  
 Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece á intruso poderío,  
 Que ora promulga leyes y ora anula,  
 Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula  
 Que hoy á la libertad himnos entona  
 Y mañana al poder sumiso adula,

Ni victorioso capitán pregona  
 Lides que por la patria ha sustentado  
 Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡Cuánto de este mundo afortunado  
 El fango inmundo en que yacemos dista,  
 Para destierro á la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do á la vista  
 No ponga horror y asombro tanta escena  
 Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena  
 Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento  
 forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento  
 Tantos ardientes votos, sangre tanta,  
 Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,  
 Miseria, y luto, y orfandad llorosa  
 Que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa  
 Fábrica ve del iris, que á la esfera  
 Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,  
 Y cuando cree llegar, y á la encantada  
 Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada  
 Vista lo busca por el aire puro,  
 Y su error reconoce avergonzada;

Así yo á nuestra patria me figuro  
 Que en pos del bien que imaginó se lanza,  
 Y cuando cree que aquel feliz futuro



De paz y gloria y libertad alcanza,  
 Su ilusión se deshace en un momento  
 Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento  
 Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,  
 Luz á los ojos y á las manos viento!

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA

1827.

CANTO ELEGÍACO

I.

SANTA Casa de oración,  
 Templo de la Compañía,  
 Que á plegarias y oraciones  
 Llamas de noche y de día,  
 La devota población:



¿Qué esplendor, qué luz es esta  
 Que sobre ti se derrama?  
 No es luz de nocivas fiestas;  
 Es devastadora llama;  
 Es una pira funesta.



## EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA

### CANTO ELEGÍACO

#### I.

**S**ANTA Casa de oración,  
Templo de la Compañía,  
Que á plegaria y á sermón  
Llamas de noche y de día  
La devota población :

¿Qué esplendor, qué luz es esta  
Que sobre ti se derrama?  
No es luz de nocturna fiesta;  
Es devastadora llama;  
Es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría  
 El que por los aires corre :  
 Ayes son esos que envía  
 Envuelta en humo tu torre :  
 Son gemidos de agonía <sup>1</sup>.

Jamás con furor tan ciego  
 Prendió escondida centella :  
 Vióse breve lumbre; y luego  
 Á grande altura descuella  
 Una cúpula de fuego.

Raudo volcán se me antoja,  
 Que aglomera nube á nube  
 De humareda parda y roja,  
 Y ya hasta los cielos sube,  
 Y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza  
 Descuidada presa hambriento,  
 Tal, encrespado se eriza,  
 Tal ruge el fiero elemento,  
 Que te reduce á ceniza.

Aunque el pueblo te circunde  
 Á socorrerte anhelante,  
 Rápido el incendio cunde,  
 Y hasta el cerro más distante  
 Terrífica luz difunde;

<sup>1</sup> El toque á fuego en las campanas de la iglesia incendiada.

Y en cuanto la vista abraza,  
 Tiñen medrosos reflejos  
 Toda calle y toda plaza,  
 Y, aún contemplados de lejos,  
 Espanto son y amenaza.

Una visión gigantéa  
 Que negras alas agita,  
 En lo alto revolotea:  
 Soplando, el incendio irrita,  
 Y sacude humosa tea.

¿Será aquel ángel, al pozo  
 De perdición derrocado,  
 Á quien la miseria es gozo?  
 Sobre su rostro eclipsado  
 Vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema  
 De fuego, lluvia descende  
 Ardiente, que alumbra y quema  
 La vasta nave, y se extiende  
 Con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida  
 Te halló siempre el ruego humano,  
 Detén la fiera avenida:  
 Tiende el manto soberano  
 Sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,  
 Donde con ardientes votos  
 Has sido siempre invocada;  
 Donde mil labios devotos  
 Te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar  
 Que así las llamas te ultrajen,  
 Santo Arcángel titular <sup>1</sup>?  
 ¿Se cebarán en tu imagen?  
 ¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor :  
 La destrucción es completa :  
 Arde todo en derredor :  
 Aún á su Dios no respeta  
 El fuego consumidor.

## II.

Y á ti también te devora,  
 Centinela vocinglero,  
 Atalaya veladora,  
 Que has contado un siglo entero  
 Á la ciudad, hora á hora.

<sup>1</sup> La iglesia de la Compañía tuvo el título de San Miguel Arcángel.

Diste las nueve, y prendida  
 Estabas viendo la hoguera  
 En que iba á espirar tu vida:  
 Fué aquella tu voz postrera,  
 Y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte  
 Ese fatídico acento,  
 ¿Quién imaginó perderte,  
 Y que en las olas del viento  
 Iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:  
 «¡Adiós, patria! El cielo ordena  
 Que no más las notas mías  
 Desenvuelvan la cadena  
 De tus horas y tus días.

»Mil y mil formas miré  
 Nacer al aura del mundo,  
 Y florecer á mi pié,  
 Y descender al profundo  
 Abismo de lo que fué.

»Yo te vi en tu edad primera  
 Dormida esclava, Santiago,  
 Sin que en tu pecho latiera  
 Un sentimiento presago  
 De tu suerte venidera.

»Y te vi del largo sueño  
Despertar altiva, ardiente,  
Y oponer al torvo ceño  
De los tiranos; la frente  
De quien no conoce dueño.

»Vi sobre el pendón hispano  
Alzarse el de tres colores;  
Suceder á un yermo un llano  
Rico de frutos y flores;  
Y al esclavo el ciudadano.

»¡Santiago, adiós! Ya no más  
El aviso diligente  
De tu heraldo fiel oirás,  
Que los sordos pasos cuente  
Que hacia tu sepulcro das.

»¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,  
Como llegará la tuya.  
No hay cosa que no deshaga  
El tiempo, y no la destruya:  
Aun á los imperios traga.

## III.

El ángel que guarda y vela  
 Á nuestra patria naciente,  
 Ya que el incendio encarcela,  
 Mustio, la mano en la frente,  
 Al empíreo coro vuela.

Sacióse en el templo santo  
 El fuego: cesó el bullicio:  
 Duerme la ciudad, y en tanto  
 En torno al trunco edificio  
 Reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea  
 Lumbre el horror y el asombro:  
 Frío norte el humo ondea:  
 Algún denegrido escombro  
 Acá y allá centellea.

Entre la vasta ruína  
 Tal vez despierta y se encumbra  
 Llamada repentina,  
 Que fantástica relumbra  
 Y todo el templo ilumina;

:



Mas otra vez se adormece,  
 Y solamente la luna,  
 Cuando entre nubes parece,  
 Sobre el arco y la columna  
 Luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor  
 Reciben nave y capilla  
 Este tan nuevo esplendor.—  
 Lámpara sola que brilla  
 Ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido  
 De infelice ave nocturna  
 Que busca en vano su nido,  
 Ó del aura taciturna  
 Algún lánguido gemido,

Ó las alertas vecinas,  
 Ó anunciadora campana  
 De las preces matutinas,  
 Ó la lluvia que profana  
 Las venerables ruínas,

Y bate la alta muralla  
 Y los sacros pavimentos,  
 Triste campo de batalla  
 De encontrados elementos,  
 Todo duerme, todo calla.

Y no es un descolorido  
 Resquejo lo que ahora  
 Que al pensamiento  
 Cantan, y  
 IV.  
 Y la memoria

Cuando, á vista de un estrago,  
 Dolorido el pecho vibra,  
 ¿ Hay un sentimiento vago  
 Que nos alienta, una fibra  
 Que halla en el dolor halago?

¿ Es un instinto divino,  
 Que cuando rompe y cancela  
 La fortuna un peregrino  
 Monumento, nos revela  
 Más elevado destino?

¿ Ó con no usada energía  
 Despierta en tu seno el alma  
 Y bulle la fantasía,  
 Noche oscura, muerta Calma,  
 Solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea  
 Lo que entonces la trasporta:  
 Absorbida en una idea,  
 Los terrenos lazos corta  
 Y libremente vaguea.

Y no es un descolorido  
 Bosquejo lo que elabora,  
 Que al pensamiento embebido  
 El *antes* se vuelve *ahora*,  
 Y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones,  
 Toman colores reales,  
 Y quebrantan las prisiones  
 De las arcas sepulcrales  
 Difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?  
 ¿Qué insólito murmurar?  
 ¿Qué voz turba de esta suerte  
 El silencio secular  
 De ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan  
 Las heladas osamentas:  
 De los nichos en que moran  
 Bajan sombras macilentas:  
 Negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro  
 La procesión, que la grada  
 Monta del hondo retiro,  
 Y en dos filas ordenada  
 Hace en torno un lento giro.

Va á su cabeza un anciano <sup>1</sup>:  
 Una blanca mitra deja  
 Asomar su pelo cano.  
 Cantan, y el canto semeja  
 Sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y después  
 Desmayados ecos gimen:  
 La luna pasa al través  
 De sus cuerpos; y no imprimen  
 Huella en el polvo sus piés.

No, no es cosa de este mundo,  
 Ni es lustre de ojos humanos,  
 El de aquel mirar profundo:  
 Sendas hachas en sus manos  
 Dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere  
 Á lo que en el aire zumba  
 Y en tristes cadencias muere,  
 Se oye el cantar de la tumba,  
 El lúgubre *Miserere*.

«El brazo airado detén,  
 Muestra benigno el semblante,  
 Sumo Autor de todo bien,

<sup>1</sup> El obispo D. Juan Melgarejo, sepultado en el cementerio de la Compañía.

Para que otra vez levante  
Sus muros Jurusalén <sup>1</sup>.

## V.

Pero ya rayó la aurora,  
Y á su luz, cada vez más  
La visión se descolora,  
Y al fin, como un leve gas,  
Por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera  
Sube el primer sol de Junio,  
Y apresura (cual si huyera  
De ver tamaño infortunio)  
Entre nubes su carrera.

¡Ah! Lo que ayer parecía  
Fábrica eterna, ¿quién pudo  
Adivinar que hoy sería  
Tostados leños, desnudo  
Paredón, ceniza fría?

<sup>1</sup> Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut aedificentur muri, Ierusalem. (*Psalm*, L, 19.)

Entre el pavor y el respeto  
 Contempla el vulgo curioso  
 (¡Horrible y mísero objeto!)  
 De lo que fué templo hermoso  
 El mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;  
 No arde el incienso suave;  
 Polvo inmundo afea el ara....  
 Mas ¿por qué en lo menos grave  
 El pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo. ..  
 Tu rostro en la tierra humilla,  
 ¡Jerusalén! rasga el manto;  
 Por tu pálida mejilla  
 Hilo á hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,  
 El Señor, y dió al olvido  
 La fiesta de la semana;  
 Y su tienda ha demolido,  
 Y desechó su peana <sup>1</sup>.

Callan, ¡jay! eternamente  
 La iglesia, la torre, el coro;  
 Calló el rezo penitente;

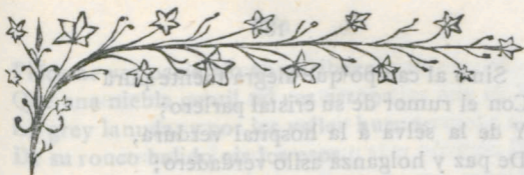
<sup>1</sup> Non est recordatus scabelli pedum suorum, etc. (Ierem. .  
 Thren., II, 1, 2, 3, 6.) (El A.)

Calló el repique sonoro ;  
 Calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado :  
 Duelo cubre y confusión  
 Al Sagrario desolado ;  
 Y la hija de Sion  
 Es un cadáver tiznado.

1841.





## EL CAMPO

### FRAGMENTO

AL campo! ¡ Al campo! La ciudad me enoja.  
Esas tristes paredes do refleja  
La luz solar, intensa, ardiente, roja,  
No quiero ver ni del balcón la reja,  
Donde una flor cautiva se deshoja,  
É inclinándose lánguida, semeja  
Suspirar por la alegre compañía  
De sus hermanas en la selva umbría.

¡ Al campo! digo yo como Tancredo;  
Mas no, en verdad, al campo de batalla  
Donde el tronar del bronce infunde miedo  
Y el zumbiar de la bala y la metralla;  
Ni al campo donde el bárbaro denuedo  
De un falso honor, teutónica antigualla,  
Dos pechos pone á dos contrarias puntas  
Por ofensas reales ó presuntas.



Sino al campo que alegra fuente pura  
 Con el rumor de su cristal parlero;  
 Y de la selva á la hospital verdura,  
 De paz y holganza asilo verdadero;  
 Do el aura entre los árboles murmura  
 Y la diuca revuela y el jilguero;  
 Y de trémulos iris coronada  
 Salta del monte al valle la cascada.

Á la colina, que al rayar la aurora  
 La ciudad nebulosa me descubre,  
 Mientras el suelo en derredor colora  
 De azules lirios genial Octubre;  
 Do fresco baño, el río, y mugidora  
 Vaca me ofrecé su repleta ubre,  
 Ó salgo envuelto en poncho campesino  
 Á respirar el aire matutino.

Á la animada trilla y al rodeo,  
 De fuerza y de valor muestra bizarra;  
 Del pensamiento al vago devaneo  
 Bajo el toldo frondoso de la parra;  
 Al bullicioso rancho, al vapuleo,  
 Al canto alegre, á la locuaz guitarrá,  
 Cuando chocan caballos pecho á pecho,  
 Y en los horcones se estremecé el techo.

Pláceme ver en la llanura al guazo  
 Que, al hombro el poncho, rápido galopa,  
 Ó con certero pulso arroja el lazo  
 Sobre la res que elige de la trópa.

Pláceme ver paciendo en el ribazo,  
 Que una niebla gentil tal vez arropa,  
 La grey lanuda, y por los valles huecos  
 De su ronco balido oír los ecos.

Pláceme penetrar quebrada umbrosa,  
 Y dando suelta al pensamiento mío,  
 Fijar la vista en la corriente undosa  
 Con que apacible se desliza el río,  
 Á cuyo murmurar visión hermosa  
 Arroba el alma en dulce desvarío,  
 Visión de alegres días que corrieron  
 Sobre mi vida, y para siempre huyeron.

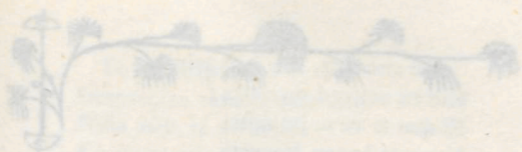
Y se desvanecieron cual la cinta  
 De aéreo iris que en la azul esfera  
 Deshace el viento, ó cual la varia tinta  
 Que, cuando el sol termina su carrera,  
 Blanco vellón ó vagas nubes pinta,  
 Ó cumbres de nevada cordillera,  
 Y el soplo de la noche las destiñe,  
 Y parda franja al horizonte tiñe.

Viéralos otra vez, aquellos días,  
 Aquellos campos, encantada estancia,  
 Templo de las alegres fantasías  
 Á que dió culto mi inocente infancia;  
 Selvas que el sol no agosta, á que las frías  
 Escarchas ni áun embotan la fragancia;  
 Cielo.... ¿más claro acaso?... No, sombrío,  
 Nebuloso tal vez.... ¡Así era el mío!

Naturaleza da una madre sola  
 Y da una sola patria.... En vano, en vano  
 Se adopta nueva tierra: no se enrola  
 El corazón más que una vez. La mano  
 Ajenos estandartes enarbola....  
 Te llama extraña gente ciudadano....  
 ¡Qué importal ¡No prescriben los derechos  
 Del patrio nido en los humanos pechos!

¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina  
 Planta, que floreciendo en el destierro,  
 Suspira por su valle ó su colina,  
 Simpatiza conmigo; el río, el cerro  
 Me engaña un breve instante y me alucina,  
 Y no me avisa ingrata voz que yerro;  
 Ni disipando el linsojero hechizo,  
 Oigo á nadie decir ¡*Advenediço!*





EN EL ALBUM

VERSOS ESCRITOS EN ÁLBUMES  
Y POESÍAS LIGERAS

A plantar mis versos van  
En este bello jardín  
Una flor: no es tulipán;  
No es diamela; es un jazmín;  
El jazmín del Tucumán;

El que su tepiz amecó  
Tendió á Enriqueca en su cuna,  
Y vino de aromas lleno,  
Imagen de su fortuna,  
Al suelo feliz chileno.



## EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA ENRIQUETA PINTO DE BULNES

Á plantar mis versos van  
En este bello jardín  
Una flor: no es tulipán;  
No es diamela; es un jazmín:  
El jazmín del Tucumán;

El que su tapiz ameno  
Tendió á Enriqueta en su cuna,  
Y vino de aromas lleno,  
Imagen de su fortuna,  
Al suelo feliz chileno.

Me encanta, flor peregrina,  
 Esa tu actitud modesta;  
 El que te ve se imagina  
 Ver una joven honesta,  
 Que el rostro á la tierra inclina.

Bella flor, y ¿á qué pincel  
 Debiste tu nieve hermosa?  
 Á tu lado, en el vergel,  
 Vulgar parece la rosa,  
 Y presumido el clavel.

Esa nítida blancura  
 Con que la vista recreas,  
 Sin duda te dió natura  
 Para que símbolo seas  
 De un alma inocente y pura;

De una alma en cuyo recinto  
 No ardió peligrosa llama,  
 Y que, por nativo instinto,  
 Sólo nobles hechos ama;  
 Cual la de Enriqueta Pinto.

Mas, Enriqueta, tú quieres  
 La verdad en un ropaje  
 Más natural, y prefieres  
 Sus acentos al lenguaje  
 De que gustan las mujeres.

Te enfadan alegorías;  
 Desprecias vanas ficciones;  
 Niña aún, te divertías  
 En instructivas lecciones,  
 No en frívolas poesías.

Dejemos los oropeles  
 Á labios engañadores  
 De almibarados donceles:  
 Otras niñas buscan flores;  
 Á ti te agradan laureles.

Oye, pues, querida mía,  
 La voz ingenua, sincera,  
 Que en fe de su amor te envía  
 Un alma que considera  
 Suya propia tu alegría.

¡Con qué júbilo afectuoso  
 Contemplo esa unión felice,  
 Nudo santo y amoroso,  
 Que tantos bienes predice  
 Á la esposa y al esposo!

¡Quiera fecundarla el cielo  
 Con renuevos que den gloria  
 Y grandeza al patrio suelo,  
 Y le acuerden la memoria  
 Ó del padre ó del abuelo!

:

Y cual corre fuente pura  
 Entre lirios y azahares,  
 Así corra la ventura  
 Siempre exenta de pesares  
 De tu existencia futura.

Ó si la dicha terrena  
 Tasa el Autor soberano  
 De la vida; si Él ordena  
 Que des al destino humano  
 Tu contribución de pena,

Hija, esposa y madre, amor  
 En ti consuelos derrame,  
 Y te vuelva la interior  
 Serenidad, y embalsame  
 Las heridas del dolor.

Y perdona, niña, á un viejo,  
 Que como triste graznido  
 De buho, en nupcial festejo  
 Te hace oír el desabrido  
 Duro acento del consejo.

Vanidad y afectación  
 Jamás tu candor empañen;  
 Y en toda voz, toda acción,  
 Como suelen, te acompañen  
 Cordura y moderación;



Que en la fortuna más alta  
Es el mérito modesto  
Oro que á la seda esmalta;  
Y en un envidiado puesto  
Con más esplendor resalta.

EN EL ALBUM

SEÑORITA DOÑA MÉRCEDES BUSTOZA



LA joven beldad que quiere  
Ceñir su frente de flores,  
Pídale á la pradera,  
Cuando de varios colores  
La esmelta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto  
Que el crudo invierno despoja,  
Arido y triste desierto,  
Do apenas de musgos roja  
Está algún ramo cubierto.



## EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA MERCEDES MUÑOZ

LA joven beldad que quiera  
Ceñir su frente de flores,  
Pídalas á la pradera,  
Cuando de varios colores  
La esmalta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto  
Que el crudo invierno despoja,  
Árido y triste desierto,  
Do apenas de mustia hoja  
Está algún ramo cubierto.

¿Ves aquel árbol que escrita  
Lleva en sí la edad inerte  
Que lo postra y debilita?  
¿Qué don pudiera ofrecerte?....  
Una guirnalda marchita.

Pero en ese tronco exhausto  
Que sin sombra y sin verdor  
Es del tiempo estrago infausto,  
Puede tal vez el amor  
Encender un holocausto;

No aquel amor, niño ciego,  
Que de centellas armado,  
Para turbar el sosiego  
De un corazón descuidado  
Prende en tus ojos su fuego;

Sino aquel que en poesía  
Pintan sin alas ni redes,  
Misteriosa simpatía,  
Blando cariño, Mercedes,  
Que arrastra tu alma á la mía;

Que con poder halagüeño  
Me aficiona á la dulzura  
De ese humor jovial, risueño,  
Que transparenta la pura  
Felicidad de su dueño.

Sí: me arrastra, y me enamora  
 La hija tierna y tierna hermana,  
 Y la amiga encantadora,  
 Que en su juventud temprana  
 Tantas prendas atesora.

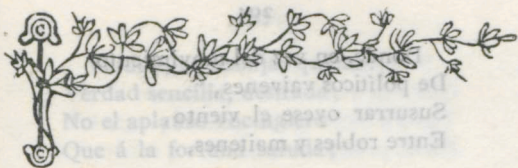
No le ha dado el cielo en vano  
 Ese admirado talento  
 Que vierte, bajo tu mano,  
 Alma, vida y sentimiento  
 Sobre las teclas del piano;

Porque cuando con la grata  
 Magia de acordados sonos  
 Los sentidos arrebató,  
 Las amables emociones  
 De tu alma bella retrata.

Mas al estro que me excita  
 Debo ya tener la rienda....  
 Falta el papel, Mercedita....  
 Acepta la humilde ofrenda  
 De esta guirnalda marchita.

1848.



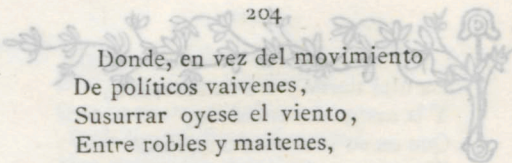


## AL BIOBÍO

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA DELFINA PINTO DE ROSAS

QUIÉN pudiera, Biobío,  
Pasar la existencia entera  
En un bosque sombrío  
De tu encantada ribera!

Una cabaña pajiza,  
Donde viese tu onda pura,  
Que callada se desliza  
Entre frondosa verdura;



Donde, en vez del movimiento  
De políticos vaivenes,  
Susurrar oyese el viento,  
Entre robles y maitenes,

Y escuchase la alborada  
Que en no aprendida armonía,  
Canta el ave en la enramada  
Saludando al nuevo día;

Una pajiza cabaña,  
En que gozase el reposo  
De la paz que nunca engaña,  
Ni envidiado ni envidioso;

Más grata en verdad me fuera  
Que una confusa Babel,  
Donde en pos de una quimera  
Corren todos en tropel;

Do deslealtad y falsía  
Cercan el trémulo altar  
Que á los ídolos de un día  
Alza el aura popular.

¡Oh feliz, oh dulce calma,  
Paraíso de la tierra!  
¿Vale más que tú la palma  
Del saber ó de la guerra?

Verdad, no lisonja, quiero.  
 Verdad sencilla, desnuda;  
 No el aplauso vocinglero  
 Que á la fortuna saluda;

Quiero en mis postreros años  
 Decir á ese bien fingido;  
 ¡Adiós! no más desengaños;  
 Á los que olvidan, olvido.

Otros en loco tumulto  
 Llamen dicha al frenesí;  
 Yo en el rincón más oculto  
 Quiero vivir para mí.

Pero ¿á dónde en arrebató  
 Impensado me extravió?  
 Para otro asunto más grato  
 Te invocaba, Biobío.

Por tus verdes campos gira  
 Una amable forastera,  
 Y los aromas respira  
 Que embalsaman tu ribera.

Cerca de ti su mansión  
 Tiene la bella Delfina;  
 La de noble corazón,  
 La de gracia peregrina.

Yo la vi pimpollo hermoso,  
 Que con su beldad temprana  
 Tuvo á Sant'ago orgulloso,  
 En su primera mañana.

Vila en cerrado vergel  
 Joven planta, que atesora  
 Lozano brillo, y con él  
 Á los vientos enamora.

Vino tormenta sañuda,  
 Como la que en duró embate  
 Al verde bosque desnuda,  
 Y hermosa arboleda abate.

Casi (¡ay Dios!) su primavera  
 La vió morir, y agostada  
 La tuvo la Parca fiera,  
 Y la lloré malograda.

Pero al modo que se eleva,  
 Cuando el huracán se calma,  
 Con vigor y vida nueva,  
 Una destrozada palma,

Volvió mi Delfina así,  
 Á beber el aura pura;  
 Y correr las Gracias vi  
 Á retocar su hermosura.



Hija la he visto amorosa  
 En la morada paterna,  
 Y luego adorada esposa,  
 Y madre ya, dulce y tierna;

Y siempre cabal modelo  
 De amabilidad serena,  
 Ángel bajado del cielo  
 Á nuestra mansión terrena.

Tal es la beldad que ahora  
 Gozas, orgulloso río,  
 Y la que Mapocho llora  
 En ajeno poderío.

Que te desveles por ella  
 Te ruego: en diario tributo  
 Ríndele la flor más bella  
 Y el más sazonado fruto.

Al llevarla el blando ambiente  
 Del jazmín y el azahar,  
 De su viejo amigo ausente  
 Hazla el nombre recordar.

Pero no con lazo eterno  
 Presumas que la encadenes:  
 La llama el hogar paterno;  
 Prestado tesoro tienes.

Y harás de la deuda pago ,  
 Y volveremos á verla ,  
 Y se gozará Santiago  
 En su enajenada perla.

Vila en el balcón de la villa  
 De amabilidad serena ,  
 Lozano bajado del cielo  
 A nuestra mansión terrenal

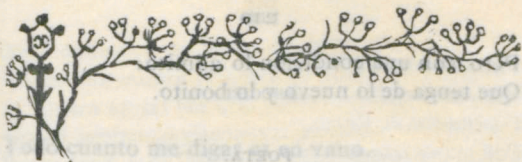
Tal es la vida que aheros ovis  
 Como el orgulloso río  
 Y la que María  
 En ajeno poder



Que se desvela por el día  
 Te ruego: cámbiate en día  
 Ríndele la flor más bella  
 Y el más sazonado fruto

Al llevarla el planho ambiente  
 Del jaxmito el azahar  
 De su vicio amigo amante  
 Hazle el nombre recordate

Pero no con laxo estimo  
 Presumas que la encadenas  
 La llama el hogar paterno  
 Prestado tesoro tierno



## DIÁLOGO

ENTRE LA AMABLE ISIDORA Y UN POETA DEL  
SIGLO PASADO.

*(En el álbum de la señora doña Isidora Zegers de Hunecus.)*

POETA.

AQUEL tributo que mi pobre ingenio  
Ha ofrecido, Isidora, consagrarte....

ISIDORA.

Me lo has hecho aguardar todo un trienio;  
Y pudiera mandarte  
Que fueras con tu música á otra parte.

Pero con una condición lo admito:  
Que tenga de lo nuevo y lo bonito.

POETA.

¿De lo bonito y de lo nuevo sólo?  
A tus influjos me encomiendo, Apolo,  
Para salir de este terrible aprieto:  
Inspírame un soneto,  
Que el fino gusto de Isidora apruebe

ISIDORA.

¿Sonetos en el siglo diez y nueve

POETA.

Un romancito, pues, en asonante....

ISIDORA.

Es cosa de poeta principiante,  
Que el oído desgarrar,  
Y merece cantarse con guitarra.

POETA.

Pero si no sé más, querida mía.  
¿Cómo de tan estéril fantasía  
Creaciones hermosas  
Podrán salir? No da el espino rosas.

ISIDORA.

Todo cuanto me digas es en vano.  
 En estas hojas, con tu propia mano,  
 Algo que á los lectores interese,  
 Algo que de ponerse digno sea,  
 Después de estas dos *emes* y esta *ese* <sup>1</sup>,  
 Has de escribir : lo exijo.

POETA.

¡ Fuerte empeño !

Mas aguarda : una idea  
 Me ocurre de improviso.  
 Fingiré que dormido en blando sueño  
 Se presenta á mi vista un paraíso,  
 Donde....

ISIDORA.

Toma la pluma, pues, y al caso.

EL POETA, *escribiendo y declamando.*

« Sobre la verde falda  
 Del erguido Parnaso,  
 Guiaba yo mi vacilante paso,  
 Tejiéndote, Isidora, una guirnalda,  
 Cuando de ninfas majestuoso coro,

<sup>1</sup> M (ercedes) M (arín) de S (olar).

Sueltos sobre la espalda  
 Alabastrina, los cabellos de oro,  
 Coronadas de flores,  
 Con ropas que robaron sus colores  
 Á la primera luz de la mañana,  
 Con cítaras de etérea melodía  
 Que arroba en dulce raptó el alma humana....»

ISIDORA.

¡Jesús! ¡Qué altisonante algarabía!  
 Amigo mío, en lengua castellana  
 Esa se llama entrada de pavana.  
 ¿No ves que tus poéticos primores  
 Son estrujadas flores  
 De que cualquiera nene  
 En este siglo innovador se mofa?  
 Apostaré que en la siguiente estrofa  
 Vas á beber las aguas de Hipocrene.  
 Guía, por Dios, tu vacilante paso  
 Lo más lejos que puedas del Parnaso.

POETA.

Eso yo lo sabré, sin que lo mandes;  
 Mas si te place, hagamos una cosa.  
 Dame un asunto tú, no de los grandes  
 Que pidan alto ingenio, estilo fuerte,  
 Inspiración fogosa,  
 Sino sencillo, fácil, en que acierte,  
 No á idealizar angélica armonía  
 (Eso á tu voz divina sólo es dado),

No á contentar tu gusto delicado,  
 Á que dan cuatro idiomas alimento  
 (¿Cupiera en mí tan alto pensamiento?)  
 Sino á probar lo que conmigo vales.  
 Pues dócil á tu imperio soberano,  
 Tomo otra vez con atrevida mano  
 La lira, que en las ramas funerales  
 De sauces lloradores, monumento  
 De una temprana tumba <sup>1</sup> colgué un día;  
 Juré que nunca más la tocaría;  
 Quebrantaré por tí mi juramento.  
 En suma, sólo pido  
 Que tú me des el temía.

ISIDORA.

Concedido.

POETA.

¿Cuál es?

ISIDORA.

Amor.

POETA.

¡Jesús!

<sup>1</sup> La de su hijo D. Francisco Bello. (El Ed.)

ISIDORA.

¿Qué es lo que temes?  
 ¿Pido yo por ventura que en las aras  
 Del ciego dios, profano incienso quemes?  
 ¿Pido que á lo Petrarca ó lo Macías  
 Le entones quejumbrosas elegías?  
 Comprendo bien que ajeno lo estimaras  
 De ti y de mí; mas, dime, ¿qué tendría  
 La propuesta materia  
 De impropia ni de ingrata  
 Para la cosquillosa fantasía  
 De la más zahareña mojigata  
 Que allí vertida viese alguna seria  
 Máxima de moral filosofía?

POETA.

¿Conque un sermón en verso?... ¡Linda cosa  
 Por cierto para el álbum de una hermosa!

ISIDORA.

Sai che là corre il mondo, ove più versi  
 Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;  
 E che il vero condito in molli versi  
 I più schivi, allettando, ha persuaso <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tasso, G. 1, 3.



POETA.

¡Basta! Me rindo al Tasso;  
 Me rindo á tí. Permite solamente  
 Que hurtada inspiración mi verso aliente.

(El poeta traduciendo del italiano !.)

### LA CÓRTE DE AMOR.

Solemne audiencia un día  
 Daba el Amor : servía  
 Capricho de portero,  
 Y á dama ó caballero  
 Que de su gusto era,  
 Fácil entrada, abría;  
 Con los demás hacía  
 De diversa manera.  
 Vestida entró de gala  
 Juventud en la sala,  
 Y ocupó la testera;  
 Entraron Risa y Juego,  
 Y se salieron luego.  
 La Gracia á la Hermosura  
 Llevaba de la mano,  
 Y le alcanzó Ventura.  
 Llega con gesto ufano  
 Necedad, y se engríe

<sup>1</sup> GERARDO DE ROSSI, *L'Anticamera d'amore*.

Porque el Amor se ríe.  
 Mas ya del Chisme aleve  
 Se oye el susurro leve,  
 Y van tras él llegando,  
 En bullicioso bando,  
 Sospechas y Recelos  
 Y pendencieros Celos.  
 La Lisonja apercibe  
 Su más meliflua charla,  
 Y gran placer recibe  
 Amor al escucharla.  
 Triscaban la Alegría  
 Y la Coquetería,  
 Y con semblante huraño  
 Acecha el Desengaño.  
 Va el Rendimiento tímido  
 Que aún del desdén se paga,  
 Y la Traición, que pérfida  
 Á los que vende halaga.  
 Fe, Modestia, Inocencia,  
 Lograron corta audiencia,  
 Y avergonzadas salen  
 De ver cuán poco valen.  
 La Locura no falta  
 Que de Cupido era  
 Antigua consejera,  
 Y tiene allí vara alta.  
 Querellas y Suspiros  
 Hacen variados giros,  
 Y mézclanse en la danza  
 Consuelo y Esperanza.

Falta entre tanta gente  
 La Razón solamente,  
 Porque el ugiel Capricho,  
 Que era un perverso bicho,  
 No estaba en armonía  
 Con la señora mía,  
 Y anunciarla rehusa  
 Con una y otra excusa.  
 Al cabo fué preciso.  
 «La Razón allá afuera  
 (Dice) su turno espera;  
 Y si le dáis permiso,  
 Hablar con vos querría  
 Antes que se haga tarde.»  
 Responde Amor: «Que aguarde,  
 Ó que vuelva otro día.»

A MARIE Pepe, en esta Ciudad florida,  
 Risueña, encantadora,  
 Es la vida  
 Una aurora  
 Cuyo esplendor al alma empaña:  
 Cuando todo es verde y primavera  
 En montaña  
 Y pradera,  
 Y todo alrededor es poesía,  
 Y todo pensamiento, fantasía,  
 Todo suspiro, amor, bellos reflejos  
 De esperanzas alegres á lo lejos  
 Doran el porvenir; el alma crea



## EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARAMENDIA.

**A**MABLE Pepa, en esa edad florida,  
Risueña, encantadora,  
Es la vida  
Una aurora  
Cuyo esplendor ninguna nube empaña :  
Cuando todo es verdor de primavera  
En montaña  
Y pradera,  
Y todo alrededor es poesía,  
Y todo pensamiento, fantasía,  
Todo suspiro, amor, bellos reflejos  
De esperanzas alegres á lo lejos  
Doran el porvenir ; el alma crea

De la belleza la divina idea  
 En los objetos que la mente acopia,  
 Y hace del mundo una encantada utopia.

Mas para aquel que como yo lo vea  
 Desde el confín opuesto  
 Del opaco horizonte, consumida  
 En afanes, dolores, desengaños,  
 Cuando es un breve resto  
 Lo que falta á la suma de los años,  
 Es una sombra pálida la vida,  
 Una tarde fugaz, descolorida,  
 Do del pasado entre la niebla oscura,  
 Lo que esperanza fué, placer, ventura,  
 Todo ya se deslustra y desencanta,  
 Y en lívidos espectros se levanta.

Soy como el caminante fatigado  
 Que va cruzando con medrosa planta  
 El bosque, verde ayer, hoy deshojado,  
 Cuando el lucero su fanal suspende  
 Entre nublados, y la noche tiende  
 Su negro manto. ¡Qué de penas graves

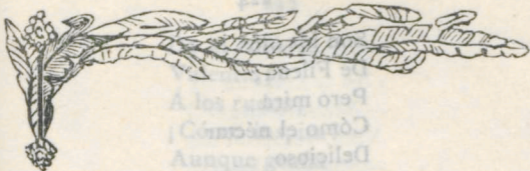
    Mi corazón aquejan,  
 Qué de pérdidas lloro, tú lo sabes,  
 Y la huella profunda ves que dejan  
 El dolor y los años juntamente

    En mi marchita frente!  
 ¿Será, pues, Pepa hermosa, lo que escribe  
 El que esta vida de amargura vive,  
 Digno de ti, poético homenaje?  
 ¿Dará el sauce que cuelga su ramaje

Sobre las tumbas, bella flor ni fruto  
 Ó canto alegre la mansión del luto?

Pero aún en este mísero desierto,  
 Á la alegría, á la esperanza muerto,  
 Halaga entre malezas y entre abrojos  
 Algún objeto los cansados ojos,  
 Alguna rosa que embalsama el aura  
 Y el falleciente espíritu restaura:  
 La tierna madre, la leal esposa,  
 Que guarda su entereza generosa,  
 Y en este siglo de licencia y crimen  
 En que las leyes conculcadas gimen  
 Y el modesto pudor se vitupera  
 Como tosco resabio de otra era,  
 Del vicio la influencia pestilente  
 No contamina su virtud severa;  
 Como la sombra de la nube oscura  
 Pasa veloz sobre la fuente pura,  
 Y no le enturbia su onda trasparente;  
     Esa madre y esposa,  
 De que yo admiro en ti noble modelo,  
 Es del desierto la nativa rosa  
 Con que embellece alguna vez el cielo,  
     Para ejemplo fecundo  
 Y para adorno de tu sexo, al mundo.





## EL VINO Y EL AMOR

**H**IJO alado  
De Dione,  
No me riñas,  
No te enojas,  
Si te digo  
Que los goces  
No me tientan  
De esos pobres  
Que mantienes  
En prisiones  
Hechiceros  
¿Quién lo niega?

—Mas Filena,  
 ¿No te mueve?  
 —Niño alado,  
 Vete, vete.  
 —Sus miradas  
 Inocentes,  
 Sus amables  
 Esquiveces....  
 —¿No te marchas,  
 Alcahuete?....  
 —Sus mejillas,  
 Que parecen  
 Frescas rosas  
 Entre nieves....  
 —Cupidillo,  
 No me tientes.  
 —Sola ahora  
 Por la calle  
 Se pasea  
 De los sauces,  
 Y las sombras  
 De la tarde  
 Van cundiendo,  
 Por el valle;  
 Y la sigue  
 Cierto amante  
 Que maquina  
 Desbancarte.  
 —¿Tirsi acaso?  
 —Tú lo has dicho.



—Oye, ¡aguarda!  
 Ya te sigo.  
 Compañeros,  
 Me retiro.  
 ¡Vuelo á verte,  
 Dueño mío!

DIÁLOGO



Quiero amarte; pero...

¿Por qué?

¿Pero qué?

¿Quieres que te lo diga?

¿Por qué no?

¿Y si te enojas?



## DIÁLOGO

TIRSI.

**Q**UISIERA amarte; pero....

CLORI.

¿Pero qué?

TIRSI.

¿Quieres que te lo diga?

CLORI.

¿Por qué no?

TIRSI.

¿Y si te enojas?

CLORI.

No me enojaré.

TIRSI.

Pues bien....

CLORI.

Acaba, pronto, dimeló.

TIRSI.

Quisiera amarte, Clori; pero sé....

CLORI.

¿Qué sabes, Tirsi?

TIRSI.

Que á otro enamorado  
 El domingo pasado  
 Juraste eterna fe.

CLORI.

No importa; á ti también la juraré.





## EL TABACO

### EPIGRAMA.

**E**PIGRAMA me titulo ;  
No soy enigma, ni quiero ;  
No me precio de difícil,  
Porque repugna á mi genio.

Tres partes iguales forman  
Mi todo, ni más ni menos :  
Y de dos en dos unidas  
Hacen seis pares completos.

Es el un par de gallinas ;  
Otro un divertido juego ;  
Al otro el celeste Olimpo  
Le dió lugar en su seno.

Otro es cómplice inocente  
 Del estrago carnicero  
 Que al hombre más fuerte postra  
 Y alcanza al ave en su vuelo.

Otro en edades pasadas  
 Fué defensivo ornamento  
 Que el feudal barón llevaba  
 Al combate y al torneo.

El otro, en fin, elegante,  
 Estrafalario ó modesto,  
 Es gala del tocador  
 Y atavío del enfermo.

Y con todo lo que digo,  
 Soy un tirano hechicero,  
 Un encanto indefinible,  
 Un delicioso embeleso.

Me buscan ricos y pobres,  
 Eclesiásticos y legos,  
 El que huelga, el que trabaja,  
 El estudiante, el zopenco.

Sólo (¡ay triste!) las hermosas  
 Me miran con vilipendio;  
 Si bien algunas conmigo  
 Se solazan en secreto.

¡ Oh! tú que contemplas  
Con ojo sereno ,  
Hollado, insepulto ,  
Mi frío esqueleto ,

Llévale, te pido ,  
Á su mausoleo  
De metal dorado  
Ó de vidrio terso ;

Y por epitafio  
Ponle este letrero ,  
En grata memoria  
De dichas que fueron :

« ¡ Me dió el sér la tierra ,  
Me da vida el fuego ,  
Y entre vagos giros  
En el aire muero ! »





LA COMETA

FÁBULAS

P on la región del viento  
 Una bella cometa se encontraba,  
 Y ufana de mirarse á tanta altura,  
 Sobre el terreno escueto,  
 Que habita el hombre y el servil jumento,  
 De esta manera entre sí miraba hablando:

«¡Por qué la libertad y la voltura,  
 Dada á toda volátil criatura,  
 Esta cuerda molida,  
 Tan sin razón me quita?  
 ¡Ah! ¡Qué feliz estado fuera el mío,  
 Si espaciarme pudiese á mi albedrío!»



GC

## LA COMETA

**P**OR la región del viento  
Una bella cometa se encumbraba,  
Y ufana de mirarse á tanta altura  
Sobre el terreno asiento,  
Que habita el hombre y el servil jumento,  
De esta manera entre sí misma hablaba:  
«¿Por qué la libertad y la soltura,  
Dada á toda volátil criatura,  
Esta cuerda maldita  
Tan sin razón me quita?  
¡Ah! ¡Qué feliz estado fuera el mío,  
Si espaciarme pudiese á mi albedrío»



Por esa esfera luminosa y vaga  
 Del aire, imprescriptible patrimonio  
 De lo volante, en brazos de Favonio,  
 Que amoroso me halaga;  
 Y, ya á guisa del águila altanera  
 Al sol me remontase, ya rastrera  
 Girase, como suelto pajarillo,  
 De jardín en jardín, de prado en prado,  
 Entre el nardo, la rosa y el tomillo  
 ¿Á qué el instinto volador me es dado,  
 Si he de vivir encadenada al suelo,  
 Juguete de un imbécil tiranuelo  
 Que, según se le antoja,  
 Ó me tira la rienda ó me la afloja?  
 ¡Pluguiese á Dios viniera  
 Una ráfaga fiera  
 Que os hiciese pedazos,  
 Ignominiosos lazos!»

Oyó el Tonante el temerario voto;  
 Viene bufando el Noto:  
 La cuerda silba, estalla.... ¡adiós, cometa!  
 La pobrecilla da una voltereta;  
 Cabecea, ya á un lado,  
 Ya al otro; y mal su grado,  
 Entre las risotadas y clamores  
 De los espectadores,  
 Que celebran su mísero destino,  
 De cabeza fué á dar en un espino.

De esta pandorga, tú, vulgo insensato,  
 Eres vivo retrato,

Cuando á la santa Ley que al vicio enfrena  
 Llamas servil cadena,  
 Y en licenciosa libertad, venturas  
 Y glorias te figuras.

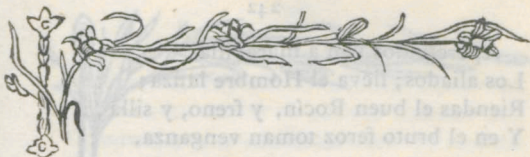
1846.

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO



A un Caballo dió un Toro tal comada,  
 Que en todo un mes no estuvo para nada.  
 Restablecido y fuerte,  
 Quiere vengar su afrenta con la muerte  
 De su enemigo; pero como duda  
 Si contra el asta fibra, pontagada,  
 Arma serán sus cuernos poderosa,  
 Al hombre pide ayuda.

De mil amores, dice el hombre: «Hay cosa  
 Más noble y digna del valor humano,  
 Que defender al rico y desvalido,  
 Y dar castigo á un ofensor villano.  
 Llévame á cuernas tú, que eres torcido;  
 Yo le muto, y negocio concluido.»



## EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

Á un Caballo dió un Toro tal cornada,  
Que en todo un mes no estuvo para nada.  
Restablecido y fuerte,  
Quiere vengar su afrenta con la muerte  
De su enemigo; pero como duda  
Si contra el asta fiera, puntiaguda,  
Arma serán sus cascos poderosa,  
Al hombre pide ayuda.

«De mil amores,» dice el hombre. «¿Hay cosa  
Más noble y digna del valor humano,  
Que defender al flaco y desvalido,  
Y dar castigo á un ofensor villano?  
Llévame á cuestras tú, que eres fornido;  
Yo le mato, y negocio concluído.»

Apercibidos van á maravilla  
 Los aliados; lleva el Hombre lanza;  
 Riendas el buen Rocín, y freno, y silla,  
 Y en el bruto feroz toman venganza.

« Gracias por tu benévola asistencia, »  
 Dice el corcel : « me vuelvo á mi querencia ;  
 Desátame la cincha, y Dios te guarde.  
 —¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio  
 Pagas así?— Yo no pensé....—Ya es tarde  
 Para pensar; estás á mi servicio ;  
 Y quieras ó no quieras,  
 En él has de vivir hasta que mueras.»

Pueblos americanos,  
 Si jamás olvidáis que sós hermanos,  
 Y á la patria común, madre querida,  
 Ensangrentáis en duelo fratricida,  
 ¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña.  
 El costoso favor, falaz, precario,  
 Más de temer que la enemiga saña.  
 ¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?  
 Demandar por salario  
 Tributo eterno y dura servidumbre.





## LAS OVEJAS

**L**ÍBRANOS de la fiera tiranía  
De los humanos, Jove omnipotente  
(Una oveja decía  
Entregando el vellón á la tijera);  
Que en nuestra pobre gente  
Hace el pastor más daño  
En la semana, que en el mes ó el año  
La garra de los tigres nos hiciera.  
Vengan, Padre común de los vivientes,  
Los veranos ardientes;  
Venga el invierno frío,  
Y danos por albergue el bosque umbrío,  
Dejándonos vivir independientes,  
Donde jamás oigamos la zampoña

Aborrecida, que nos da la roña,  
 Ni veamos armado  
 Del maldito cayado  
 Al hombre destructor que nos maltrata,  
 Y nos trasquila, y ciento á ciento mata.  
 Suelta la liebre paca  
 De lo que gusta, y va donde le place,  
 Sin zagal, sin redil y sin cencerro;  
 Y las tristes ovejas (¡duro caso!),  
 Si hemos de dar un paso,  
 Tenemos que pedir licencia al perro.  
 Viste y abriga al hombre nuestra lana;  
 El carnero es su vianda cotidiana;  
 Y cuando airado envías á la tierra,  
 Por sus delitos, hambre, peste ó guerra,  
 ¿Quién ha visto que corra sangre humana  
 En tus altares? No: la oveja sola  
 Para aplacar tu cólera se inmola.  
 Él lo peca, y nosotras lo pagamos.  
 ¿Y es razón que sujetas al gobierno  
 De esta malvada raza, Dios eterno,  
 Para siempre vivamos?  
 ¿Qué te costaba darnos, si ordenabas  
 Que fuésemos esclavas,  
 Menos crueles amos?  
 Que matanza á matanza y robo á robo,  
 Harto más fiera es el pastor que el lobo.

Mientras que así se queja  
 La sin ventura oveja  
 La monda piel fregándose en la grama,  
 Y el vulgo de inocentes baladores

¡ *Vivan los lobos!* clama  
 Y ¡ *mueran los pastores!*  
 Y en súbito rebato  
 Cunde el pronunciamiento de hato en hato,  
 El senado ovejuno  
 « ¡ Ah! dice: todo es uno <sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Originariamente el autor puso á esta fábula el siguiente final :

...de hato en hato,  
 Un carnero de enhiesta cornamenta,  
 Que hace muy poca cuenta  
 Del bochinche ovejuno,  
 « Callad, molondros, dice, todo es uno. »  
 ¿Cuál es la moraleja  
 De esa ficción? quizás pregunte alguno.  
 América querida, á tí se deja.

MADAMA Ardilla con un Dogo fiero,  
 Compadre antiguo suyo y compañero,  
 Salió al campo una tarde á solazarse  
 Entretenidos iban en una  
 Conversación, y de alejarse  
 Tanto, que encapósada y tempestuosa  
 Los sorprendió la noche á gran distancia  
 De su corona oscura.  
 Otra posada no se les presenta  
 Que una alta encina, sinuosa, capulmota  
 El hueco tronco ofrece albergue y cama  
 A nuestro Dogo: la ligera Ardilla  
 Se sube de tres brinco á una rama,  
 Y lo mejor que puede se acuchilla.





## LA ARDILLA, EL DOGO Y EL ZORRO

(Asunto tomado de Florian.)

FÁBULA PARA EL ÁLBUM DE UNA HIJA

**M**ADAMA Ardilla con un Dogo fiero,  
Compadre antiguo suyo y compañero,  
Salió al campo una tarde á solazarse.  
Entretenidos iban en gustosa  
Conversación, y hubieron de alejarse  
Tanto, que encapotada y tempestuosa  
Los sorprendió la noche á gran distancia  
De su común estancia.  
Otra posada no se les presenta  
Que una alta encina, añosa, corpulenta:  
El hueco tronco ofrece albergue y cama  
Á nuestro Dogo: la ligera Ardilla  
Se sube de tres brincos á una rama,  
Y lo mejor que puede se acucilla.



Danse las buenas noches, y dormidos  
 Quedaron luego. Á lo que yo barrunto,  
 Eran las doce en punto,  
 Hora propicia al robo y al pillaje,  
 Cuando aportaba por aquel paraje  
 Uno de los ladrones foragidos  
 De más renombre. Un Zorro veterano,  
 Terror de todo el campo comarcano  
 En leguas veinte ó treinta á la redonda.  
 En torno al árbol ronda,  
 Alza el hocico hambriento  
 De palpitante carne, atisba, husmea,  
 Y ve á la Ardilla en su elevado asiento:  
 Ya en su imaginación la saborea,  
 Y la boca se lame,  
 Y la cola menea;  
 Mas ¿cómo podrá ser que á tanta altura,  
 Si no le nacen alas se encarama?  
 Iba casi á decir: «No está madura,  
 Cuando le ocurre una famosa idea.  
 —Bella señora mía,  
 Vuesa merced perdone—le decía—  
 Si interrumpo su plácido reposo.  
 Después de tanto afán, cuando el consuelo  
 De hallarla me concede al fin el cielo,  
 No puedo contener el delicioso  
 Júbilo que de mi alma se apodera.  
 ¿No me conoce usted? Su buena madre  
 Hermana fué de mi difunto padre.  
 Tengo el honor de ser su primo hermano.  
 ¡Ay! en su hora postrera  
 El venerable anciano

Me encomendó que luego en busca fuera  
 De su sobrina, y la mitad le diera  
 De la hacenduela escasa  
 Que al salir de esta vida  
 Nos ha dejado. Á mi paterna casa  
 Sea usted, pues, mil veces bien venida,  
 Y déjeme servirla en el viaje  
 De escudero y de paje.

¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,  
 Que de una vez no viene  
 Á colmar mi ventura, en lazo estrecho  
 Juntando el suyo á mi amoroso pecho?  
 Ella, que por lo visto era ladina  
 Á par que vivaracha y pizpireta,  
 Y al instante adivina  
 La artificiosa treta,  
 Así responde al elocuente Zorro:

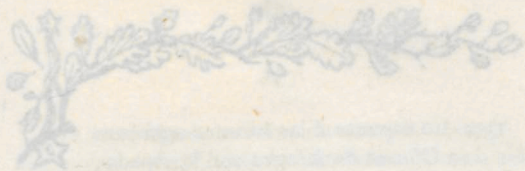
—Fineza tanta, mi querido primo,  
 Y el liberal socorro  
 Del piadoso difunto,  
 Que en paz descanse, como debo estimo.  
 Bajar quisiera al punto;  
 Pero, ya véis.... ¡Mi sexo!.... Á la entrevista  
 Es menester que asista,  
 Si lo tenéis á bien, un deudo caro,  
 Que de mis años tiernos fué el amparo;  
 Es persona discreta,  
 Á quién podéis tratar sin etiqueta,  
 Y que holgará de conoceros. Vive  
 En ese cuarto bajo;  
 Llamadle.—Don Marrajo,  
 Dándose el parabién de su fortuna,

Que le depara, según él concibe,  
 Dos presas en vez de una,  
 Con la mayor frescura y desahogo  
 Fué en efecto, y llamó. Pero la suerte  
 Se vuelve azar. Despierta airado el Dogo,  
 Se abalanza, le atrapa y le da muerte.

Esta sencilla historia nos advierte  
 Á un tiempo, hija querida,  
 Tres importantes cosas:  
 De un seductor las artes alevosas,  
 De la maldad el triste paradero,  
 Y lo que vale en lances de la vida  
 La acertada elección de un compañero.

1858.





## EL PROSCRITO

(Fragmentos de una leyenda inédita.)

## POESÍAS FESTIVAS Y SATÍRICAS

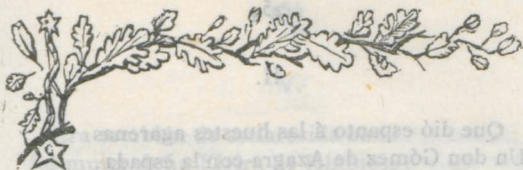
### LA VINTLIA

*Keep thy secret words and juggling banities  
For those that hear thee not.*

(LOAN BEXON.)

I.

Ante la reja está de un locutorio  
De monjas, á la hora de completas  
(No digo la ciudad ni el territorio,  
Por evitar hablillas indiscretas),  
La mujer del anciano don Gregorio  
De Azagra, caballero de puestas  
Pocas, pero de alcurnias raras, hasta  
Á quien ni aun la pobreza empalme el lustre,



## EL PROSCRITO

(Fragmentos de una leyenda inédita.)

### LA FAMILIA

*Keep thy smooth words and juggling homilies  
For those that know thee not.*

(LORD BYRON.)

### I.

ANTE la reja está de un locutorio  
De monjas, á la hora de completas  
(No digo la ciudad ni el territorio,  
Por evitar hablillas indiscretas),  
La mujer del anciano don Gregorio  
De Azagra, caballero de pesetas  
Pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre  
Á quien ni áun la pobreza empaña el lustre.

## II.

Que dió espanto á las huestes agarenas  
 Un don Gómez de Azagra con la espada,  
 Y añicos hizo él solo tres docenas  
 De moros en la Vega de Granada;  
 Y que su sangre corre por las venas  
 De don Gregorio, en cuya dilatada  
 Prosapia no encontró jamás indicio  
 Judaico que tiznar, el Santo Oficio;

## III.

Ni cayó de traición la mancha fea,  
 Ni hubo sectario alguno de Mahoma,  
 Ni abuelo con raíces en Guinea,  
 Ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;  
 Claramente verá todo el que lea  
 (Donde se lo permita la carcoma)  
 La iluminada ejecutoria antigua  
 Que contra malas lenguas lo atestigua.

## IV.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra  
 Dos minas *broceadas*; vasta hacienda  
 De campo, que le rinde renta magra;  
 Y vieja casa de capaz vivienda,  
 Do la vida le endulza y le avinagra  
 Alternativamente la leyenda,  
 El mate, la tertulia un corto rato,  
 Los acreedores, la mujer y el *flato*.

## IV.

Era también de esclarecida cuna,  
 Su mujer doña Elvira de Hinojosa;  
 Y aunque en el matrimonio la fortuna  
 De su marido no medró gran cosa,  
 Fué una santa mujer sin duda alguna;  
 Y como tan austera, escrupulosa  
 Y timorata que es, ciertas cosillas  
 Que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

## VI.

Á la tertulia sin cesar combate,  
 Porque se viene tardes y mañanas  
 Á beberle la aloja y chocolate,  
 Gastando el tiempo en pláticas profanas.  
 Dice que su marido es un petate,  
 Y algunas veces le llamó Juan Lanás:  
 Quiere que todo, en fin, se le someta,  
 Y trata á don Gregorio á la *baqueta*.

## VII.

Cosa muy natural seguramente  
 En tan alta virtud; ni pudo menos  
 La que abrasada en santo celo, siente  
 Aún más que sus pecados los ajenos.  
 Y lo peor de todo es que el pariente,  
 Cuando estalla en relámpagos y truenos  
 Su bendita mujer, vira de bordo,  
 Toma la capa, ó calla y se hace el sordo.

## VIII.

De esta feliz matrimonial coyunda  
 Tuvo Azagra hijos dos : perdió el primero,  
 Y le vive Isabel, prole segunda,  
 Que ya su corazón ocupa entero.  
 No ha vuelto la señora á ser fecunda:  
 Y como la Isabel de Enero á Enero  
 En aquel monasterio se lo pasa,  
 No hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

## IX.

De lo que dejo dicho se colige  
 Que la tal Isabel es la heroína  
 De mi leyenda, y de rigor se exige  
 Que la retrate. Cabellera fina,  
 Rizada sin que el arte la ensortije,  
 Negra; rosado cutis, coralina  
 Boca con marfilada dentadura:  
 Espalda, cuello y brazos, nieve pura.

## X.

De beldad envidiados caracteres,  
 Isabel, en tu patria menos raros,  
 Madre de donosísimas mujeres,  
 De hombres valientes y de ingenios claros.  
 Pero en el talle esbelto única eres,  
 Y en esos ojos, de su fuego avaros,  
 Fuego amoroso, y juntamente esquivo,  
 En tus tímidos párpados cautivo.



## XI.

Edúcase la niña en el convento,  
 Sin ver ni la ciudad, ni la paterna  
 Casa jamás. El crítico momento  
 De pronunciar su despedida eterna  
 Del mundo va á llegar; y el pensamiento  
 (En que arrullada fué desde la tierna  
 Infancia) de celeste desposorio,  
 Á toda la familia es ya notorio.

## XII.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo  
 Su confesor, que tome luego el velo;  
 Y ella, á quien el recinto del profundo  
 Retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,  
 El universo todo; ella que el mundo  
 Recuerda como un sueño vago, al celo  
 Del confesor y á la materna instancia,  
 Cede sin aparente repugnancia.

## XIII.

Bien que á las veces este sueño vago  
 La muestra un no sé qué dorado, hermoso,  
 Que hace en el alma excitador halago,  
 Muy diferente del claustral reposo.  
 Quisiera ver el valle, el río, le lago,  
 La montaña elevada, el mar undoso,  
 Y en libertad triscar por la pradera,  
 Con alguna querida compañera.

## XIV.

Objetos que no ha visto y se figura  
 Aún más bellos acaso que la propia  
 Naturaleza; pues la infiel pintura  
 De la imaginación, partes acopia  
 Que unidas no se ven; y es toda pura  
 Es toda bella y diáfana la utopia  
 De joven alma, que su forma aerea  
 Y su albor virginal da á la materia.

## XV.

«¿Este claustro ha de ser depositario  
 De mi existencia toda?» Isabel mira  
 El silencioso, umbrío, solitario  
 Recinto; y sin saber por qué suspira.  
 «¿Viviré, como vive mi canario,  
 Que sin cesar de un lado al otro gira  
 De su prisión, y sin cesar se roza  
 Contra las rejas?» Isabel solloza.

## XVI.

Pero este triste pensamiento pasa  
 Como en el cielo fugitiva nube,  
 Como el agua sutil que un lago rasa,  
 Y á su nivel de nuevo el alma sube.  
 Por lo que fray Facundo se propasa  
 Á declarar que no es razón se incube  
 Con tan superfluo empeño en esa idea,  
 Pues la niña consiente y lo desea.

## XVII.

Que de su inclinación sale garante,  
 En cuanto puede serlo el juicio humano;  
 Pero que el corazón es inconstante;  
 El juvenil espíritu liviano;  
 Y perder no se debe un solo instante  
 En cumplir un designio tan cristiano,  
 Poniendo un muro indestructible, eterno,  
 Entre el alma inocente y el infierno.

## XVIII.

«Esto (concluye) es lo que pide el caso,  
 No aburrir con sermones á la niña»—  
 «Eso es lo que repite á cada paso,» —  
 Elvira dice y maliciosa guiña.—  
 «Estoy (responde Azagra) un poco escaso;  
 Pero con la primera plata-piña....»  
 Mirando á su mujer medroso calla:  
 La doña Elvira por un tris estalla.

## XIX.

Sólo el respeto al padre la modera.  
 «¿Qué plata-piña?» dice. «Cuánta han dado  
 Tus minas, perdurable sangradera  
 Del dinero, en este año ni el pasado  
 Ni en seis años atrás? Si la primera  
 Plata-piña es el fondo destinado  
 Para que mi Isabel pronuncie el voto,  
 ¿Por qué no decir claro: *no la doto?*»

## XX.

«Si no han dado, darán.» Aquí el enojo  
 De doña Elvira iba á soltar el dique,  
 Y Azagra echaba á su sombrero el ojo,  
 Pues no sabe qué alegue ó qué replique,  
 Cuando el padre, advirtiendo por el rojo  
 Color de doña Elvira, que está á pique  
 De reventar la concentrada bilis,  
 «Mi don Gregorio, en eso está el busilis»

## XXI.

(Dice con una flema, una cachaza  
 Admirable): «En que den. Pero yo pienso  
 Que podemos hallar alguna traza...  
 Algún arbitrio.... verbigracia, un censo  
 Sobre la hacienda.» Doña Elvira abraza  
 La indicación con un placer inmenso:  
 «Ya se ve: ¿por qué no?» — «Si acaso el fundo  
 No está gravado,» (agrega fray Facundo;

## XXII.

Y una mirada exploratoria lanza,  
 Como que algún obstáculo presuma);  
 «Y si lo está, con una buena fianza  
 Podemos á interés buscar la suma.  
 Mi compadre don Álvaro Carranza....» —  
 «Al que en sus garras pilla lo despluma,»  
 Responde Azagra. «No se piense en eso;  
 Un dos por ciento, padre, es un exceso.» —

## XXIII.

«Su tertulio de usted don Agapito....»

Repone el fraile. Elvira refunfuña:

«No le puedo tragar: es un bendito,

Que come, bebe, pita, el mate empuña,

Y sorbe, y charla, y no le importa un pito

Que la señora de la casa gruña.

Sólo el mirarle (Dios me lo perdone,

Pero no está en mi mano), me indispone.»

## XXIV.

«Caridad.»—«Y su tema favorito

Es toma el fraile y daca la beata.»—

«Hereje (dice el padre); un sambenito

Le viniera de perlas. ¡Democrata!

¡Francmasón! Pero al fin don Agapito

Es hombre servicial y tiene plata.

Ocurramos á él: sé que le sobra:

Hará á lo menos esa buena obra.»

## XXV.

Ellos, por más que don Gregorio tienta

Medios para salir de un compromiso

Que á su cariño paternal violenta

(Pues en su corazón está indeciso,

Y si accede al monjío, lo aparenta,

Por amor á la paz), quiso ó no quiso,

Acuerdan apelar al contertulio,

Y hacer la fiesta en el cercano Julio.

## XXVI.

La precedente discusión pasaba  
 En la mañana misma de aquel día  
 En que, como antes dije, Elvira hablaba  
 Por entre la enrejada celosía  
 Á las amigas monjas : se trataba  
 De la pobre Isabel.... Mas todavía  
 No le llega su turno al locutorio,  
 Que tiene la palabra don Gregorio.

## XXVII.

Acabo de decir que consentía  
 Por el bien de la paz en el monjío.  
 Aún cuando el primogénito vivía  
 (Que pereció cautivo al filo impío  
 De cuchilla araucana), lo tenía  
 Por un desacordado desvarío;  
 Bien que pacato, tímido, indolente,  
 Nunca lo contradijo abiertamente.

## XXVIII.

De lo que procedió que, poco á poco  
 Y sin sentirlo, á ir disoluble empeño  
 Se viese encadenado. «¿Estaba loco,  
 Decía, ó de mí mismo no era dueño?  
 ¿Cómo ya el concertado plan revoco?  
 ¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,  
 Que á todos los caprichos me sujeta  
 De ajena voluntad! Soy un trompeta....»

## XXIX.

«¿Qué digo? un padre bárbaro, inhumano,  
 Que ve inmolar esa inocente niña  
 Á un celo iluso, que á interés mundano  
 Sirve tal vez, ó á infame socaliña,  
 Y no osa alzar la voz, meter la mano,  
 Porque su ama y señora no le riña,  
 Y no regañe el necio conciliábulo,  
 Que la da en su delirio apoyo y pábulo.

## XXX.

«¡No, por Dios! no he de ser yo quien permita  
 Se sacrifique así, se eche una losa  
 Sepulcral á mi pobre Isabelita:  
 No será que me arranquen mi amorosa,  
 Mi cándida, mi tierna palomita.  
 Sin duda tronará mi santa esposa....  
 Que truene. El corro ladrará.... Que ladre;  
 Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

## XXXI.

»Pero si ella ama el claustro, si la encanta  
 El claustro, como afirma el fraile seria  
 Y gravemente (y nadie tiene tanta  
 Proporción de juzgar en la materia),  
 ¿Debo yo de esa senda pura y santa  
 Extraviarla, hundirla en la miseria  
 Y corrupción del mundo?—No lo creo,  
 Porque una cosa dicen y otra veo.

## XXXII.

«Ella es verdad que salta y juega y ríe;»  
 Mas ¿quién no juega y salta en años quince?  
 Nadie de tales síntomas se fie,  
 Que de tener se precie un ojo lince.  
 El que la observe, el que en su rostro espíe,  
 Ora el sollozo ahogado, ora el esguince,  
 Verá que en sus adentros Isabela  
 Contra ese pensamiento se rebela.

## XXXIII.

«De cierto tiempo acá se mé figura  
 Que pensativa y lánguida la miro.  
 Cuando oye hablar de profesión futura,  
 Escápasele á hurto algún suspiro.  
 Y si su madre la elocuencia apura  
 Pintando las delicias del retiro,  
 Vuelve á un lado los ojos, ó impaciente  
 Suele tocar asunto diferente.

## XXXIV.

«¡Cuántas veces en mí clava la vista,  
 Y luego melancólica la baja!  
 No se queja, es verdad; no habla; no chista;  
 Mete ella misma el cuello en la mortaja;  
 En vez de que la esquive ó la resista,  
 Á las que se la ponen agasaja:  
 Así va el corderillo al matadero,  
 Y le lame la mano al carnicero.



## XXXV.

«¿Y yo he de consentirlo? Si viviéramos  
 Mi malogrado Enrique, ese consuelo,  
 Ese apoyo, ese báculo tuviera  
 En mi vejez.... mas ¿cómo, santo cielo,  
 Cómo dejar me quiten mi postrera,  
 Mi única prenda? Á tí, mi Dios, apelo  
 Tú con las fuerzas los deberes mides,  
 Y sacrificio tanto no me pides.»

## XXXVI.

El buen señor los sesos se devana,  
 Y no ve cómo salga del apuro.  
 Á una mujer tan necia y casquivana  
 Hacer la guerra cara á cara es duro.  
 Su inconquistable genio le amilana:  
 Á la sordina es mucho más seguro.  
 Un instrumento fácil y expedito  
 Se le presenta; y es don Agapito.

## XXXVII.

Don Agapito Heredia, el tertuliano  
 De cuyo filantrópico bolsillo  
 Iba á salir la dote: buen cristiano,  
 Si los hay; aunque amigo del tresillo,  
 Mas que del ejercicio cotidiano,  
 Y nada afecto á gente de cerquillo;  
 Injusta prevención, que no me admira  
 Le tenga en mal olor con doña Elvira;

## XXXVIII.

Pero á lo que maquina don Gregorio  
 Circunstancia en extremo favorable;  
 Pues el proyecto Heredia hará ilusorio,  
 Ó al menos por lo pronto impracticable,  
 Con un *no* terminante y perentorio,  
 Cuando con él la pretensión se entable;  
 Para lo cual hablarle piensa al punto  
 Con la reserva propia del asunto.

## XXXIX.

En el suceso don Gregorio fía  
 Haciendo entre los dos aquel enjuague,  
 Y si más adelante otra cruzía  
 Sobreviniese que á Isabel amague,  
 «Con esta industria no hay temor, decía,  
 Porque mientras la dote no se pague  
 (Que no se pagará *volente Deo*),  
 Pensar en el monjío es devaneo.»

## XLIX.

Mientras que así discurre el caballero  
 Y el vaporoso espíritu refresca  
 Dulce esperanza, desvolvió el yesquero;  
 Suena la piedra herida, arde la yesca;  
 Y ya ondeante nube de ligero  
 Humo el cigarro esparce, que la gresca  
 De pensamientos agitados calma,  
 Y en deliciosa paz aduerme el alma.

## XLI.

Si no estuviera yo de prisa ahora  
 (Que á la mujer de nuestro don Gregorio—  
 Por lo menos hará su media hora—  
 Á la reja dejé del locutorio),  
 Gustoso templaría la sonora  
 Lira para cantar á mi auditorio,  
 Tabaco amado, compañero mío,  
 Tu blando inexplicable poderío.

## XLII.

Ya el cigarro te exhale, ó ya circules  
 En largos tubos ó enroscadas pipas,  
 Ó en polvo las narices estimules,  
 Tú los cuidados, tú el pesar disipas.  
 ¿Á príncipes, magnates ó gandules  
 Una incomodidad ralla las tripas?  
 ¿Abruma la fatiga? ¿Enfada el ocio?  
 Tú eres del alma cordial socrocio.

## XLIII.

Despejas tú la embarazada cholla  
 Del sabio, y le solazas las vigiliás;  
 Más vívidos sus cuadros desarrolla  
 El pensamiento cuando tú le auxiliás;  
 Y si el poeta alguna vez se atolla,  
 Le acorres tú; la rima le conciliás,  
 Que á sus esfuerzos se resiste ingrata,  
 Y en fácil verso el numen se desata.

## XLIV.

Mas ahora es forzoso que se trate  
 De don Gregorio, que discurre y pita,  
 Pita y discurre; y luego pide un mate—  
 «¡Un mate!»—El buen señor se desgañita,  
 Y el mate no parece. «¡Cunefate!  
 ¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!  
 Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!  
 ¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

## XLV.

Viene por fin el mate.—«¿Y doña Elvira?»—  
 «Salió»—Gregorio pone el gesto grave,  
 Sorbe, y á la pared atento mira.—  
 «Y Margarita, ¿dónde está?»—«¡Quién sabe!»—  
 «Toma; y no más.»—El mozo se retira—  
 «¡Cierra esa puerta, bestial!»—«¿La echo llave?»—  
 «¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?  
 Juntala sólo, y márchate, camueso.»

## XLVI.

Tras esto don Gregorio se reclina,  
 Y echa antes de comer su larga siesta.  
 Despierta: pita: sorbe; Serafina  
 Viene á decir que está la mesa puesta.  
 Comen. Un guachalomo, una gallina,  
 Porotos, charqui, un pavo tal cual fiesta  
 Es, con su buen por qué de ají y de grasa,  
 Lo que da la despensa de la casa.

## XLVII.

Un rato Azagra está meditabundo ;  
 Y ya que el buche con un trago enfría  
 De lagrimilla, « ¡Es mucho fray Facundo ! »  
 (Dice como entre veras é ironía) ;  
 « ¡Qué talento de fraile ! y ¡qué rotundo ,  
 Qué colorado está ! Por vida mía ,  
 Que tiene harta razón Su Reverencia ,  
 Para decir que engorda la abstinencia . »

## XLVIII.

Dudando si lo que oye es befa ó loa ,  
 Dice la dama con mirar perplejo :  
 « Aunque al siervo de Dios la envidia roa ,  
 Es hombre de virtud y de consejo . » —  
 « Y do el siervo de Dios pone la proa . »  
 Responde en tono socarrón el viejo ,  
 « No hay cosa que al esfuerzo no sucumba  
 De su elocuencia . » Impertinente zumba ;

## XLIX.

Y de que el buen señor se arrepintiera  
 En otras circunstancias. Ni al presente  
 Osara tanto Azagra, si no fuera  
 Que al recordar su treta, el pecho siente  
 Bullir de gozo. Elvira no se altera :  
 « Resuella por la herida mi pariente , »  
 Dice á su sayo, y calla. — « Fué un bonito  
 Recurso el de la bolsa de Agapito . »

## L.

Prosigue Azagra: «Es franco caballero ;  
 Tengo de su amistad más de una prueba ;  
 Y prestará gustoso su dinero ,  
 Cuando tan santo fin la cosa lleva .  
 Hija, mañana mismo hablarle quiero .»  
 «Nuestra Señora sus entrañas mueva ,  
 Y nuestro pensamiento ponga en planta ;»  
 Contesta doña Elvira, y se levanta .

## LII.

Don Gregorio tomó sombrero y capa ,  
 Doña Elvira la saya y la mantilla .  
 Ella se va á las monjas ; él se escapa  
 Al tajamar á donde la pandilla  
 De tertulianos al pasar le atrapa :  
 Se habla de independenciam y de malilla ;  
 Y de Marcó del Pont y de la España ,  
 Y de cera, polvillo y telaraña .

.....

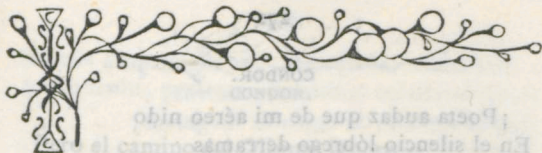
.....

.....

.....

A.





## EL CÓNDOR Y EL POETA <sup>1</sup>

### DIÁLOGO

POETA.

**E**SCUCHA, amigo Cóndor, mi exorcismo;  
Obedece á la voz del mago Mitre,  
Que ha convertido en trípode el pupitre:  
Apréstate á una espléndida misión.

<sup>1</sup> En 1848 el general argentino D. Bartolomé Mitre recitó en el patio del palacio de la Moneda de Santiago, en una fiesta nacional, la siguiente composición. De ella hizo el Sr. Bello la ingeniosa crítica contenida en este diálogo, en el cual censura algunos de los principales defectos que suelen afezar la moderna poesía americana.

He aquí la composición del Sr. Mitre:

AL CÓNDOR DE CHILE.

Tú que en las nubes tienes aéreo nido,  
Tiende tu vuelo, Cóndor atrevido,  
Que sustentas de Chile el paladión;

## CÓNDOR.

¡Poeta audaz que de mi aéreo nido  
 En el silencio lóbrego derramas  
 Cántico misterioso! ¿Á qué me llamas?  
 Yo sostengo de Chile el paladión.

## POETA.

No importa; es caso urgente, es una empresa  
 Digna de ti, de tu encumbrado vuelo,  
 Y de tus uñas: subirás al cielo,  
 Escalarás la vasta esfera azul.

## CÓNDOR.

¿Y qué será del paladión en tanto  
 Cuya custodia la nación me fia?

## POETA.

Puedes encomendarlo por un día  
 Á las fieles pezuñas del Huemul.

---

Sigue del sol la luminosa huella,  
 Roba cual Prometeo otra centella  
 Para incendiar con ella á la nación.

Para incendiarla en alto patriotismo,  
 Para animar la antorcha del civismo,  
 Para encender al pueblo en la virtud,  
 Para templar los tibios corazones,  
 Para quemar los últimos girones  
 Del manto de la torpe esclavitud.

Extiende, extiende pronto el ala grave,  
 Como la parda vela de la nave



CONDOR.

Pero el camino del Olimpo ignoro.....

POETA.

Mientes: tú hurtaste al cielo, ave altanera,  
En pro de nuestros padres, la primera  
Chispa de libertad que en Chile ardió.

CONDOR.

¡ Falaz leyenda ! ¡ Apócrifa patraña !  
Robaba entonces yo por valle y cumbre,  
Según mi antigua natural costumbre;  
Monarca de los buitres era yo.  
Años después, llamáronme, y conmigo  
Vino esa pobre, tímida alimaña,  
De los andinos valles ermitaña;  
Y el paladión nos dieron á guardar.

Cuando siente bramar la tempestad ;  
Vuela y trae en los ojos la centella  
Que en ochocientos diez, fulgente y bella,  
La antorcha reanimó de libertad.

Tú sabes ya el camino, ave altanera :  
Fuiste de nuestros padres mensajera  
Para pedir á Dios chispa inmortal  
Con que incendiar de alarma los cañones,  
Y derretir los férreos eslabones  
De la dura cadena colonial.

Tú los viste lanzarse á la pelea ,

Mal concertada yunta, que algún día,  
Recordando los hábitos de marras,  
Estuve á punto de esgrimir las garras,  
Y atroz huemulicidio ejecutar.

POETA.

¡Oh mente de los hombres adivina!  
¡Oh inspiración profética! No sabes,  
Alado monstruo, espanto de las aves,  
El oculto misterio de esa unión.

¡Junto á la mansa paz atroz instinto  
De pillaje y de sangre! Incauto el uno,  
Audaz el otro en tentador ayuno,  
Y de la patria en medio el paladión!

Tremendo porvenir, yo te adivino,  
Pero no tiemblo. Es fuerza te abras paso  
De la ilustrada Europa al rudo ocaso;  
Está en el libro del destino así.

Sus últimos destellos da la antorcha  
Que el hijo de Japeto trajo al mundo;

---

Blandir la espada, sacudir la tea,  
Vencer, morir, y alzarse como el león;  
Mientras que tú, cruzando las esferas,  
Dabas aire, de Chile á las banderas,  
Y fuego, del patriota al corazón.

Tú los viste en la noche tempestuosa  
Guiados por tu pupila luminosa,  
Cual por la estrella el navegante audaz,  
Escalar de los Andes las montañas,  
Esculpiendo en su cima las hazañas  
Que realizaron con vigor tenaz.

Suceda al viejo faro moribundo  
 Joven tizón, ardiente, baladí.

CONDOR.

No sé, poeta, interpretar enigmas;  
 No entiendo de tizones ni de faro:  
 Deja los circunloquios y habla claro:  
 ¿De qué se trata? Explicáte una vez.

POETA.

De aquel fuego sagrado que trajiste  
 (Niégaslo en vano) á un ínclito caudillo,  
 Apenas queda agonizante brillo;  
 Nos viene encima infausta lobreguez.  
 Renovarlo es preciso.

CONDOR.

¿Cómo?

---

Allí también reverberó tu lumbré,  
 Cuando bajó rodando de la cumbre  
 Desmelenado el iracundo león,  
 Á par que retumbaba en la eminencia  
 El grito atronador de independéncia,  
 Que repetía el mundo de Colón.

Desde entonces tu lumbré se ha eclipsado,  
 El corazón del pueblo se ha enfriado,  
 Y ha muerto el patrio fuego en el altar.  
 ¡Fuego necesitamos! Danos fuego,  
 Que nuestros ojos abundante riego  
 De libertad al árbol sabrán dar.

POETA.

Debes

Seguir del sol la luminosa huella,  
 Sorprenderle, robarle una centella,  
 Metértela en los ojos, y escapar.

CONDOR.

Muy bien; me guardo el fuego en las pupilas  
 Cual si fueran volcánicas cavernas.  
 ¿Y qué haré luego de mis dos linternas?

POETA.

¡Quiero á Chile con ellas incendiar!

CONDOR.

¿Incendiarlo? ¿Estás loco? ¿De eso tratas?

---

Haz por los hijos lo que en otros días  
 Hiciste por sus padres, cuando hendías  
 Las esferas con ímpetu veloz,  
 Para traer la centella salvadora  
 Que de ese sol, que el universo adora,  
 Brotó, y en tus pupilas puso Dios.

Las alas tiende y sube hasta los cielos,  
 Cual si fueras á traer á tus hijuelos  
 El alimento que la vida da;  
 Y mientras bajas desde el alta esfera,  
 Nuestra voz de Setiembre á la bandera  
 Con himno popular saludará.

POETA.

Incendiarlo pretendo en patriotismo ;  
 Abrasarlo, molondro, no es lo mismo :  
 Quiero hacer una inmensa fundición.

Quiero llamas que cundan pavorosas,  
 Descomunales llamas, llamas grandes,  
 Que derritan la nieve de los Andes  
 Y la de tanto helado corazón.

¿Abrasar? ¡ Linda flema!—¿ Es tiempo ahora  
 De contentarse con mezquinas brasas  
 Que den pálida luz, chispas escasas  
 Como para el abrigo de un desván?

No, señor: vasto incendio, llamas, llamas  
 Que unas sobre las otras se encaramen,  
 Y levantando rojas crestas bramen,  
 Y les sirva de fuelle un huracán.

Despacha, pues; arranca; desarrolla  
 El raudo vuelo; tiende el ala grave,  
 Como la parda vela de la nave

Y cuando traigas la centella ardiente  
 Que del cobarde el corazón caliente  
 Y nos llene de aliento varonil,  
 ¡ Oh Cóndor! danos sombra con tus alas,  
 Mientras que en el espíritu que exhalas  
 Impregnemos la túnica viril.

Condúcenos después á la victoria ;  
 Traza con luz la senda de la gloria  
 Que nos lleve sin sangre á la igualdad ;  
 Toma luego en tu pico oliva y palma,  
 Y arrancando la chispa de nuestra alma  
 Vuévesela á ese sol de libertad.

Cuando silba en la jarcia el vendabal.

Vuela, vuela, plumífero pirata;

Recuerda tu nativa felonía;

Asalta de improviso al rey del día

En su carroza de oro y de cristal.

CONDOR.

Ya te obedezco, y tiendo, como mandas,

El ala; aunque eso de tenerla un ave

No ligera ni leve, sino grave,

Para tanto volar no es lo mejor.

Y si de más á más tenderla debo,

Como la parda vela el navegante

Cuando oye la tormenta resonante:

Que amenazando silba, peor que peor.

Que no despliega entonces el velamen,

Antes amaina el cauto marinero,

Y aguanta á palo seco el choque fiero,

Si salvar piensa al mísero bajel.

Así lo vi mil veces, revolando

Entre las nubes negras, cuando hinchaba

La mar del Sur sus ondas, y bregaba

Contra la tempestad el timonel.

POETA.

No lo entiendes: la nave del Estado

Es la que yo pintaba; y la maniobra

Á que apelamos hoy, cuando zozobra,

No es amainar, estúpido ladrón.

## CONDOR.

¿Pues qué ha de hacer entonces el piloto?

POETA.

Según doctrina de moderna escuela,  
Debe correr fortuna á toda vela,  
Sin bitácora, sonda ni timón.

Si tú leyeras, avechucho idiota,  
Gacetas nacionales y extranjeras,  
La ignorancia en que vives conocieras:  
Todo ha cambiado entre los hombres ya.

Altos descubrimientos reservados  
Tuvo el destino al siglo diez y nueve:  
Hoy en cualquiera charco un niño bebe  
Más que en un hondo río su papá.

¡Oh siglo de los siglos! ¡Cuál machacas  
En tu almirez decrépitas ideas!

¡Qué de fantasmagorias coloreas  
En el vapor del vino y del café!

¡No era lástima ver encandilarse  
Los hombres estudiándose á sí mismos,  
Y tras mil embrollados silogismos  
Salir con *sólo sé que nada sé!*

¡Ea, pues! ¡Á la empresa, bate el ala,  
Y apercibe también las corvas uñas,  
Y guárdate de mí si refunfuñas,  
Lobo rapaz ingerto de avestruz.

Cuando silba en la jarcia el vendabal.

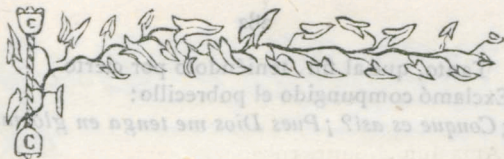
Vuela, vuela, CONDOR, *volando.*

Recuerda tu nativa felonía:

Ama aún el buitre robador su nido ;  
 Chile, á traerte voy, no la centella  
 Que incendiando devora, sino aquella  
 Que da calor vital y hermosa luz.







## Á LA NOTICIA

DE

## LA MUERTE DE MAC GREGOR



APENDICE

SONETO

**L**LENO de susto un pobre cabecilla  
Leyendo estaba en oficial Gaceta,  
Cómo ya no hay lugar que no someta  
El poder invencible de Castilla.

De insurgentes no queda ni semilla ;  
Á todos destripó la bayoneta,  
Y el funesto catálogo completa  
Su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fué batido, preso y muerto,  
Y cómo me le hicieron picadillo,  
Dos y tres veces repasó la historia ;

Tanto, que al fin, teniéndolo por cierto,  
 Exclamó compungido el pobrecillo:  
*¿Conque es así? ¡Pues Dios me tenga en gloria!*

Londres, 1819.

LA MUERTE DE MAC GREGOR



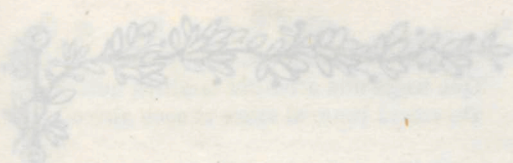
SONETO



Llano de susto un pobre capcilla  
 Leyendo estaba en oficial Gaceta,  
 Como ya no hay lugar que no someta  
 El poder invencible de Castilla.

De insurgentes no queda ni semilla;  
 A todos destruyó la bayoneta,  
 Y el famoso catálogo completa  
 Su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fué batido, preso y muerto,  
 Y cómo me le hicieron picardillo,  
 Dos y tres veces repasó la historia;



MIS DESEOS

APÉNDICE

(Inédito.)

*Por: José de Vitis, etc.*

SABES, rubia, qué gracia solicito  
Cuando de ofrenda cubro los altares?  
No ricos muebles, no soberbios lares,  
Ni una mesa que adule al apetito.

De Aragón á las orillas del río  
Que me tribute fácilte manjares,  
Do vecino á mis rústicos hogares  
Entré peñascos como en el hogar.



## MIS DESEOS

—

SONETO

(Inédito.)

*Hoc erat in votis, etc.*

**S**ABES, rubia, qué gracia solicito  
Cuando de ofrenda cubro los altares?  
No ricos muebles, no soberbios lares,  
Ni una mesa que adule al apetito.  
De Aragua á las orillas un distrito  
Que me tribute fáciles manjares,  
Do vecino á mis rústicos hogares  
Entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo ,  
 Que tenga una arboleda también quiero ,  
 Do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue muero ,  
 Y al exhalar mi aliento fugitivo ,  
 Sello en tus labios el adiós postrero!

MIS DESEOS



(Inédito.)

Hoc est in terra, etc.

¿Aves, tupidas, que gracia solicito  
 Cuando de ofrenda cubro los altares?  
 No ricos muebles, no sobrios lares,  
 Ni una mesa que adule al apetito.

De Aragón á las orillas un distrito  
 Que me tribute fáciles manjares,  
 De vecino á mis rústicos hogares  
 Entre peñascos corta un arroyito



## Á LA VACUNA

### I.

POEMA EN ACCIÓN DE GRACIAS AL REY DE LAS ESPAÑAS POR LA  
PROPAGACIÓN DE LA VACUNA EN SUS DOMINIOS, DEDICADO AL  
SR. D. MANUEL DE GUEVARA VASCONCELOS, PRESIDENTE GOBER-  
NADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA.

(Inédito.)

VASCONCELOS ilustre, en cuyas manos  
El gran monarca del imperio Ibero  
Las peligrosas riendas deposita  
De una parte preciosa de sus pueblos:  
Tú que, de la corona asegurando  
En tus vastas provincias los derechos,  
Nuestra paz estableces, nuestra dicha  
Sobre inmuebles y sólidos cimientos:  
Íris afortunado que las negras  
Nubes que oscurecían nuestro cielo

Con sabias providencias ahuyentaste,  
 El orden, la quietud restituyendo;  
 Órgano respetable, que al remoto  
 Habitador de este ignorado suelo  
 Con largueza benéfica trasmites  
 El influjo feliz del solio regio:  
 Digno representante del gran Carlos,  
 Recibe en nombre suyo el justo incienso  
 De gratitud, que á su persona augusta  
 Tributa la ternura de los pueblos:  
 Y pueda por tu medio levantarse  
 Nuestra unánime voz al trono excelso  
 Donde cual númen bienhechor derrama  
 Toda especie de bien sobre su imperio:  
 Sí, Venezuela exenta del horrible  
 Azote destructor, que en otro tiempo  
 Sus hijos devoraba, es quien te envía  
 Por mi tímido labio sus acentos.

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran  
 Desde la costa donde el mar soberbio  
 De Magallanes brama enfurecido  
 Hasta el lejano polo contrapuesto;  
 Y desde aquellas islas venturosas  
 Que ven precipitarse al rubio Febo  
 Sobre las ondas, hasta las opuestas  
 Filipinas que ven su nacimiento,  
 De ternura igualmente poseidos  
 Sé que unirán gustosos á los ecos  
 De mi musa los suyos, pregonando  
 Beneficencia tanta al universo.  
 Tal siempre ha sido del monarca hispano.

El cuidadoso paternal desvelo  
 Desde que las riberas de ambas Indias  
 La española bandera conocieron.

Muchas regiones, bajo los auspicios  
 Españoles produce el hondo seno  
 Del mar, y en breve tiempo las adornan  
 Leyes, industria, población, comercio.  
 El piloto que un tiempo las hercúleas  
 Columnas vió con religioso miedo,  
 Aprende nuevas rutas, y las artes  
 Del antiguo traslada al mundo nuevo.  
 Este mar vasto donde vela alguna  
 No vieron nunca flamear los vientos;  
 Este mar donde solas tantos siglos  
 Las borrascas reinaron ó el silencio,  
 Vino á ser el canal que trasladando  
 Los dones de la tierra y los efectos  
 De la fértil industria, mil riquezas  
 Derramó sobre entrambos hemisferios.

Un pueblo inteligente y numeroso  
 El lugar ocupó de los desiertos,  
 Y los verjeles de Pomona y Flora  
 Á las zarzas incultas sucedieron.  
 No más allí con sanguinarios ritos  
 El nombre se ultrajó del Sér Supremo,  
 Ni las inanimadas producciones  
 Del cincel, le usurparon nuestro incienso :  
 Con el nombre español por todas partes  
 La luz se difundió del Evangelio,  
 Y fué con los pendones de Castilla



La cruz plantada en el indiano suelo,  
 Parecía completa la grande obra  
 De la real ternura: en lisonjero  
 Descanso las nacientes poblaciones  
 Bendecían la mano de su dueño.  
 Cuando aquel fiero azote, aquella horrible  
 Plaga exterminadora que del centro  
 De la abrasada Etiopía transmitida  
 Funestó los confines europeos,  
 Á las nuevas Colonias trajo el llanto  
 Y la desolación: en breve tiempo  
 Todo se daña y vicia; un gas impuro  
 La región misma inficionó del viento;  
 Respirar no se pudo impunemente;  
 Y este diáfano flúido en que elementos  
 De salud y existencia hallaron siempre  
 El hombre, el bruto, el ave y el insecto,  
 En cuyo seno bienhechor extrae  
 La planta misma diario nutrimento,  
 Corrompióse, y en vez de dones tales,  
 Nos transmitió mortífero veneno.  
 Viéronse de repente señalados  
 De hedionda lepra los humanos cuerpos,  
 Y las ciudades todas y los campos  
 De disformes cadáveres cubiertos.  
 No: la muerte á sus víctimas infaustas  
 Jamás grabó tan horroroso sello;  
 Jamás tan degradados de su noble  
 Belleza primitiva descendieron  
 Al oscuro recinto del sepulcro,  
 Humanidad, tus venerables restos:  
 La tierra las entrañas parecía

Con repugnancia abrir para esconderlos.  
 De la marina costa á las ciudades,  
 De los poblados pasa á los desiertos.  
 La mortandad, y con fatal presteza  
 Devora hogares, aniquila pueblos.

El palacio igualmente que la choza  
 Se ve de luto fúnebre cubierto,  
 Perece con la madre el tierno niño,  
 Con el caduco anciano los mancebos.  
 Las civiles funciones se interrumpen,  
 El ciudadano deja los infectos  
 Muros; nada se ve, nada se escucha  
 Sino terror, tristeza, ayes, lamentos.  
 ¡Qué de despojos lleva ante su carro  
 Tisífone! ¡Qué número estupendo  
 De víctimas arrastran á las hoyas  
 La desesperación y el desaliento!  
 ¡Cuántos á manos mueren del más duro  
 Desamparo! Los nudos más estrechos  
 Se rompen ya: la esposa huye al esposo,  
 El hijo al padre y el esclavo al dueño.  
 ¡Qué mucho si las leyes autorizan  
 Tan dura división!.... Tristes degredos,  
 Hablad vosotros; sed á las edades  
 Futuras asombroso monumento,  
 Del mayor sacrificio que las leyes  
 Por la pública dicha prescribieron.  
 Vosotros que en desorden espantoso  
 Mezclados presentáis helados cuerpos;  
 Y vivientes que luchan con la Parca,  
 En cuyo seno oscuro, digno asiento

:

Hallaron la miseria y los gemidos;  
 Mal segura prisión donde el esfuerzo  
 Humano, encarcelar quiso el contagio,  
 Donde es delito el santo ministerio  
 De la piedad, y culpa el acercarse  
 Á recoger los últimos alientos  
 De un labio moribundo, donde falta  
 Al enfermo infelice hasta el consuelo  
 De esperar que á los huesos de sus padres  
 Se junten en el túmulo sus huesos.  
 Tú también contemplaste horrorizada  
 De aquella fiera plaga los efectos;  
 Tú, mar devoradora, donde ejercen  
 La tempestad y los airados Euros  
 Imperio tan atroz: donde amenaza  
 Aliado con los otros tu elemento  
 Cada instante un naufragio; entonces diste  
 Nuevo asunto al pavor del marinero.  
 Entonces diste á la severa Parca  
 Duplicados tributos. De su seno  
 Las apestadas naves vomitaron  
 Asquerosos cadáveres cubiertos  
 De contagiosa podre. El desamparo  
 Hizo allí más terrible, más acerbo  
 El mortal golpe: en vano solicita  
 Evitar en la tierra tan funesto  
 Azote el navegante: en vano pide  
 El saludable asilo de los puertos,  
 Y reclamando va por todas partes  
 De la hospitalidad los santos fueros:  
 Las asustadas costas le rechazan;  
 Pero corramos finalmente el velo

Á tan tristes objetos, y su imagen  
 Del polvo del olvido no saquemos,  
 Sino para que en cánticos perennes  
 Bendigan nuestros labios al Eterno  
 Que ya nos ve propicio, y al gran Carlos,  
 De sus beneficencias instrumento.

Suprema Providencia, al fin llegaron  
 Á tu morada los llorosos ecos  
 Del hombre consternado, y levantaste  
 De su cerviz tu brazo justiciero:  
 Admirable y pasmosa en tus recursos  
 Tú diste al hombre medicina, hiriendo  
 De contagiosa plaga los rebaños;  
 Tú nos abriste manantiales nuevos  
 De salud en las llagas, y estampaste  
 En nuestra carne un milagroso sello  
 Que las negras viruelas respetaron.  
 Gésner es quien encuentra bajo el techo  
 De los pastores tan precioso hallazgo.  
 Él publicó gozoso al universo  
 La feliz nueva, y Carlos distribuye  
 Á la tierra la dádiva del cielo.

Carlos manda, y al punto una gloriosa  
 Expedición difunde en sus inmensos  
 Dominios el salubre beneficio  
 De aquel grande y feliz descubrimiento.  
 Él abre de su Erario los tesoros,  
 Y estimulado con el alto ejemplo  
 De la regia piedad se vigoriza  
 De los cuerpos patrióticos el celo.

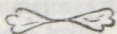
Él escoge ilustrados profesores  
 Y un sabio director, que al desempeño  
 De tan honroso cargo contribuyen  
 Con sus afanes, luces y talento.  
 ¡Ilustre expedición! La más ilustre  
 De cuantas al asombro de los tiempos  
 Guardó la humanidad reconocida,  
 Y cuyos salutíferos efectos  
 Á la edad más remota propagados,  
 Medirá con guarismos el ingenio,  
 Cuando pueda del Ponto las arenas  
 Ó las estrellas numerar del cielo.  
 Que de polvo se cubran para siempre  
 Estos tristes anales, donde advierto  
 Sobre humanas cenizas erigidos  
 De una bárbara gloria los trofeos.

Expedición famosa, tú desluces,  
 Tú sepultas en lóbrego silencio  
 Aquellas melancólicas hazañas,  
 Que la ambición y el fausto sugirieron;  
 Tú, mientras que guerreros batallones  
 En sangre van sus pasos imprimiendo,  
 Y sobre estragos y ruína corren  
 Á coronarse de un laurel funesto,  
 Ahuyentas á la Parca de nosotros  
 Á costa de fatigas y desvelos;  
 Y en galardón recibes de tus penas  
 El llanto agradecido de los pueblos.  
 Con destrucción, cadáveres y luto  
 Marcan su infausta huella los guerreros,  
 Y tú bajo tus piés, por todas partes,

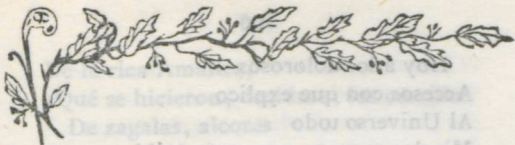
La alegría derramas y el consuelo.  
Á tu vista los hórridos sepulcros  
Cierran sus negras fauces, y sintiendo  
Tus influjos, vivientes nuevos brota  
Con abundancia inagotable el suelo;  
Tú, mientras la ambición cruza las aguas  
Para llevar su nombre á los extremos  
De nuestro globo, sin pavor arrostras  
La cólera del mar y de los vientos,  
Por llevar á los pueblos más lejanos  
Que el sol alumbrá, los favores regios,  
Y la carga más rica nos conduces  
Que jamás nuestras costas recibieron.  
La agricultura ya de nuevos brazos  
Los beneficios siente, y á los bellos  
Días del siglo de oro nos traslada:  
Ya no teme esta tierra que el comercio  
Entre sus ricos dones le conduzca  
El mayor de los males europeos,  
Y á los bajeles extranjeros abre  
Con presuroso júbilo sus puertos.  
Ya no temen en cambio de sus frutos  
Llevar los labradores hasta el centro  
De sus chozas pacíficas la peste,  
Ni el aire ciudadano les da miedo.  
Ya con seguridad la madre amante  
La tierna prole aprieta contra el pecho,  
Sin temer que le roben las viruelas  
De su solicitud el caro objeto.  
Ya la hermosura goza el homenaje  
Que el amor le tributa, sin recelo  
De que el contagio destructor, ajando

Sus atractivos, le arrebate el cetro.  
 Reconocidos á tan altas muestras  
 De la regia bondad, nuestros acentos  
 De gratitud á los remotos días  
 De la prosperidad trasmitiremos.  
 Entonces, cuando el viejo á quien agobia  
 El peso de la edad pinte á sus nietos  
 Aquel terrible mal de las viruelas  
 Y en su frente arrugada muestre impresos  
 Con señal indeleble los estragos  
 De tan fiero contagio, dirán ellos :  
 «Las virüelas, cuyo sólo nombre  
 Con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?»  
 Y les responderá con las mejillas  
 Inundadas con lágrimas de afecto :  
 «Carlos el Bienhechor, aquella plaga  
 Desterró para siempre de sus pueblos.»  
 ¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre  
 Con que ha de conocerte el Universo,  
 El que te da Caracas, y el que un día  
 Sancionará la humanidad y el tiempo.  
 De nuestro labio acéptale gustoso  
 Con la expresión unánime que hacemos  
 Á tu persona y á la augusta Luisa  
 De eterna fe, de amor y rendimiento.  
 Y tú que del ejército dispones  
 En admirables leyes el arreglo  
 Y el complicado cuerpo organizando  
 De la milicia, adquieres nombre eterno :  
 Tú, por quien de la paz los beneficios  
 Disfruta alegre el español imperio,  
 Y á cuya frente vencedora, honroso

Lauro los cuerpos lusitanos dieron ;  
 Tú, que teniendo ya derechos tantos  
 Á nuestro amor, al público respeto  
 Y á la futura admiración, añades  
 Á tu gloriosa fama timbres nuevos,  
 Protegiendo, animando la perpetua  
 Propagación de aquel descubrimiento,  
 Grande y sabio Godoy, tú también tienes  
 Un lugar distinguido en nuestro pecho.  
 Y á ti Balmis, á ti que abandonando  
 El clima patrio vienes como genio  
 Tutelar de salud sobre tus pasos  
 Una vital semilla difundiendo,  
 ¿Qué recompensa más preciosa y dulce  
 Podemos darte? ¿Qué más digno premio  
 Á tus nobles tareas que la tierna  
 Aclamación de agradecidos pueblos  
 Que á ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena  
 En sus bocas tu nombre!.... Quiera el cielo,  
 De cuyas gracias eres á los hombres  
 Dispensador, cumplir tan justos ruegos ;  
 Tus años igualar á tantas vidas  
 Como á la Parca roban tus desvelos,  
 Y sobre ti sus bienes derramando  
 Con largueza colmar nuestros deseos.







## VENEZUELA CONSOLIDADA

(Inédito.)

PERSONAS.

VENEZUELA.—EL TIEMPO.—NEPTUNO.

El teatro representa un bosque de árboles del país.

### ESCENA PRIMERA.

(Venezuela aparece en actitud de tristeza.)

VENEZUELA.

Errante pasajero,  
¿Dime en qué triste sitio  
Contemplaron tus ojos  
Un dolor semejante al dolor mío?  
Tú, que en mejores días  
Viste el hermoso brillo  
Con que Naturaleza  
Ostentó su poder en mis dominios:

Hoy á los dolorosos  
 Accesos con que explico  
 Al Universo todo  
 Mis desventuras, une tus gemidos...  
 Afortunados días  
 De gozo y regocijo,  
 Estación de abundancias,  
 Alegre imagen del dorado siglo.  
 ¡Qué pronto en noche oscura  
 Os habéis convertido!  
 ¡Qué tenebrosa sombra  
 Sucede á vuestro lustre primitivo!

## ESCENA II.

DICHA, EL TIEMPO.

EL TIEMPO.

Desusados clamores  
 En el feliz recinto  
 De Venezuela escucho:  
 Antes todo era cánticos festivos;  
 Mas ya no se percibe  
 El acorde sonido  
 De gratos instrumentos  
 Ni de danzas alegres el bullicio.  
 Por todas partes oigo  
 Sólo quejosos gritos  
 Y lastimeros ayes,  
 Pavor, tristeza, anuncia cuanto miro  
 Deliciosas provincias,  
 Frondoso y verde hospicio

De la rica Amaltea,  
 ¿Qué se hicieron, decidme, los corrillos  
 De zagalas, alcores  
 De pastores festivos,  
 Que hacían á la tierra  
 Envidiar vuestro júbilo continuo?

Pero sobre la alfombra  
 De este prado mullido,  
 Á Venezuela misma,  
 Si no me engaña la aprehensión, diviso.

Venezuela es sin duda....  
 Y su rostro abatido,  
 Sus inmóviles ojos  
 De profunda tristeza dan indicios.

Diosa de estos confines,  
 ¿Qué funestos motivos  
 Á tan fatal extremo  
 De aflicción y dolor te han compelido?

¿No eres tú Venezuela?  
 ¿Falta acaso á tus hijos  
 Del español Monarca  
 La amorosa tutela y patrocinio?

VENEZUELA.

Si por ventura guardas  
 ¡Oh Tiempo! en tus archivos  
 La historia de infortunios  
 Que puedan compararse con los míos;  
 Si tan lúgubre escena  
 Vieron jamás los siglos,  
 Condena entonces, Tiempo,  
 El extremo de angustia en que me miro.

Las atroces viruelas,  
 Azote vengativo  
 De los cielos airados,  
 Ejercen su furor sobre mis hijos.

La atmósfera preñada  
 De vapores malignos,  
 Propaga á todas partes  
 Con presteza terrible el exterminio.

En las casas y calles,  
 Y sobre el sacro quicio  
 De los templos, se miran  
 Cadáveres sin número esparcidos.

Del enfermo infelice,  
 Huyen despavoridos  
 Cuantos en su semblante  
 Ven de la peste el negro distintivo.

¡Qué lúgubres objetos!  
 Aquél deja al recinto  
 De sus lares impuros  
 Una familia, y busca en los pajizos

Campe sinos albergues  
 Un saludable asilo;  
 Más allá, separado  
 Del seno de la madre el tierno niño,

Y al degredo por manos  
 Extrañas conducido,  
 El maternal socorro  
 Implora en vano con agudos gritos.

Aquí espira el anciano  
 Sin el pequeño alivio  
 De que cierre siquiera  
 Sus fallecientes párpados el hijo.

Allí noto que arrojan  
 Al hoyo confundidos  
 En espantosa mezcla  
 Con cadáveres yertos cuerpos vivos.

¿Pues cómo, cuando escenas  
 Tan tristes examino,  
 Te admiras de que acuda  
 Llanto á los ojos y á la voz quejido?

EL TIEMPO.

No, Venezuela, nunca  
 Más fundado motivo  
 Las lágrimas tuvieron  
 Que el que tienen las tuyas: desde el sitio

De brillantéz y gloria  
 Á que los beneficios  
 Del trono te ensalzaron,  
 Hoy te despeña al más profundo abismo

De horrores y miserias,  
 Ese contagio impío  
 Que tus hijos devora,  
 Esas viruelas cuyo agudo filo

Por todas partes lleva  
 El luto, el exterminio,  
 Y en soledades vastas  
 Deja sus territorios convertidos.

Llora, pues, tu miseria,  
 Llora tu lustre antiguo  
 Y tus pasadas glorias,  
 De que estaba envidioso el cielo mismo.

Laméntate en buen hora;  
 Á tu dolor crecido,

Venezuela, no puedo  
Yo mismo, siendo el Tiempo, dar alivio,  
Y así.... Pero ¿qué escucho?

(Se oye música alegre.)

VENEZUELA.

¿Sueño, cielos?

TIEMPO.

¿Deliro?

VENEZUELA.

¿No siento alegres voces?

TIEMPO.

¿Regocijados sonos no percibo?

CORO.

Recobra tu alegría, Venezuela,  
Pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

UNA VOZ.

¡ Á las pródidas leyes  
Del mejor de los reyes

Debías la riqueza, la cultura,  
La paz apetecida!

Hoy la salud, la vida,  
Dádivas son también de su ternura.

CORO.

Recobra tu alegría, Venezuela,  
Pues en tu dicha el cuarto Carlos vela.

VENEZUELA.

¿No sabremos decir de dónde vienen  
Tan gozosos acentos?

TIEMPO.

Apartando  
Los enramados árboles, camina  
Hacia nosotros, con ligero paso,  
Un incógnito Numen. Su cabello  
Húmedas gotas vierte, y coronado  
Está de algas marinas; pero juzgo  
Reconocerle ya, pues en las manos  
Conduce el gran tridente.

ESCENA III.

DICHOS, NEPTUNO.

NEPTUNO.

Mi venida  
Es á daros consuelo. Cese el llanto.  
La queja interrumpid. Yo soy el Numen  
Á quien presta obediencia el mar salado;  
Neptuno soy, que....

VENEZUELA (Con espanto).

Vete de mis ojos;  
Para siempre, retírate. El amargo  
Conflicto en que me miras, ¿de quién vino,  
Sino de ti? Mi doloroso estado  
Otra causa no tiene que tú sólo;  
Al dulce abrigo del monarca hispano,

Venturosa y pacífica vivía,  
 Las plagas y los males ignorando  
 Que al resto de la tierra desolaban.  
 Su nombre augusto en inmortales cantos  
 Bendecir, celebrar sus beneficios  
 Era la ocupación, era el cuidado  
 Que el cielo me imponía. Los favores  
 Gozaba alegre de su regia mano,  
 Cuando en infaustas naves me trajiste  
 De las viruelas el atroz contagio.  
 ¿Cómo pretendes, pues, que Venezuela  
 Sin turbación te mire y sin espanto?

NEPTUNO.

Tus lágrimas enjuga, Venezuela:  
 Los cielos de tu pena se apiadaron:  
 Ya no verás á tus dichosos hijos  
 Con tan horrenda plaga señalados;  
 Ya Carlos de tus pueblos la destierra  
 Para siempre.

VENEZUELA.

¡Qué dices! ¿Puede acaso  
 El humano poder?....

NEPTUNO.

Escucha atenta  
 Los beneficios de tu augusto Carlos.  
 Y tú, Tiempo, conserva en tus archivos  
 Para siempre el más grande y señalado  
 Suceso que jamás vieron los siglos  
 Desde que su carrera comenzaron.



En la fértil provincia de Gloucester ,  
Á la orilla del Támesis Britano ,  
Aparecieron de repente heridos  
De contagiosa plaga los rebaños.  
Á los cuerpos pasó de los pastores  
El nuevo mal , y cuando los humanos  
El número juzgaban de las pestes  
Por la divina cólera aumentado ,  
Notaron con asombro que venía  
En aquel salutífero contagio  
Encubierto un feliz preservativo  
Que las negras viruelas respetaron :  
Gesner tuvo la dicha de observarle ,  
Y de su territorio en pocos años  
Desterró felizmente las viruelas ,  
El contagio vacuno propagando.  
¿Qué acogida imaginas que daría  
La ternura benévola de Carlos  
Al gran descubrimiento que liberta  
Á sus queridos pueblos del estrago  
De las negras viruelas ? Al momento  
Escoge profesores ilustrados  
Y un sabio director cuyas fatigas  
Llevan hasta los puertos más lejanos  
De sus dominios el precioso flúido  
Que de viruela libra á los hermanos.  
Sí, Venezuela ; alégrate ; tus playas  
Reciben hoy el venturoso hallazgo  
De Gesner , que te envía como muestra  
De su regia bondad tu soberano.  
Hallazgo que tus hijos te asegura ,  
Que de vivientes llena los poblados ,

:

Que libra de temores la belleza  
 Y, dando á la cultura nuevos brazos  
 Para que en tus confines amanescan  
 Días alegres, puros, sin nublados,  
 El gozo te dará con la abundancia  
 Y la felicidad con el descanso.

VENEZUELA.

¡Oh gran Dios! ¿Conque al fin las tristes quejas  
 De Venezuela á tu mansión llegaron?  
 ¿Conque nos miras ya compadecido?  
 Al Eterno cantad regocijados  
 Himnos, ¡oh pueblos! que debéis la vida  
 Y la salud á su potente brazo:  
 Que resuene su nombre en las eternas  
 Bóvedas, y después que el holocausto  
 De gratitud ante su trono excelso  
 Hayáis humildemente tributado,  
 Haced también sinceras expresiones  
 De reconocimiento al Soberano.  
 Del más cumplido gozo dad señales,  
 Y publicad en otro alegre canto  
 La gran ventura de que sóis deudores  
 Á su paterno, cuidadoso amparo.

TIEMPO.

¿Y nosotros qué hacemos, que en tal día  
 Todos nuestros esfuerzos no juntamos  
 Para solemnizar el beneficio  
 Que recibe este pueblo de sus manos?  
 Á ti, Neptuno, el cetro de los mares  
 Los supremos destinos entregaron.

Pomona enriqueció de bellos frutos  
 Venezuela, tu clima afortunado;  
 Y yo, que soy el Tiempo, á mi capricho  
 Rijo las estaciones y los años.  
 ¿Por qué nuestras funciones reuniendo  
 Suceso tan feliz no celebramos?

## NEPTUNO.

Tienes razón: aguarda. Roncos vientos  
 Que subleváis con vuestro soplo airado  
 Las bramadoras ondas, tempestades,  
 Furiosos huracanes, sosegaos,  
 Y en el imperio todo de las aguas,  
 La dulce calma reine y el descanso:  
 Respetad este día venturoso,  
 Y donde quiera que miréis las naos  
 De la dichosa expedición que trae  
 Tantos bienes al suelo americano,  
 Callad y respetadla.—Habitadores  
 De los marinos, húmedos palacios,  
 Rubias Nereidas que de frescas ovas  
 Lleváis vuestro cabello coronado,  
 Formad alegres danzas; y vosotras,  
 Blancas sirenas que adormís cantando  
 Al navegante, haciendo que le sea  
 Grato el morir, dulcísimo el naufragio,  
 Entonad himnos nuevos, y acompañen  
 Los roncocos caracoles vuestro canto,  
 Los móviles Tritones difundiendo  
 Alegres ecos por el vasto espacio.

## CORO DE NEREIDAS.

El reino de Anfitrite  
 Con júbilo repite  
 El nombre siempre amado  
 De Carlos Bienhechor.

## CORO DE TRITONES.

Y luego que le escucha  
 Se aplaca el Ponto undoso,  
 Y el Austro proceloso  
 Refrena su furor.

## EL TIEMPO.

Yo de notables hechos la memoria  
 Á las edades venideras guardo,  
 Y fama doy gloriosa al buen Monarca,  
 Al gran guerrero y al ministro sabio;  
 Mas á los beneficios distinguidos  
 Que la suerte del hombre mejoraron,  
 Doy un lugar brillante en mis anales,  
 Y en inmortalizarlos me complazco.  
 Por mí suena en la tierra todavía  
 El nombre de los Titos y Trajanos,  
 Y sonará mientras de blandas fibras  
 Tenga el hombre su pecho organizado.  
 Yo daré, pues, á tu feliz memoria,  
 Carlos Augusto, un eminente rasgo,  
 Y al lado de las tuyas las acciones  
 De los Césares, Pirros y Alejandro,  
 Quedarán para siempre oscurecidas....  
 Siglos futuros, á vosotros llamo:

Salid del hondo seno en que os oculta  
 Á la penetración de los humanos  
 El velo del destino, y á presencia  
 De Venezuela pronuncia el canto  
 Con que haréis resonar en algún tiempo  
 El claro nombre del augusto Carlos.

Celebre con eterna  
 Aclamación el hombre  
 El siempre claro nombre  
 De Carlos Bienhechor.  
 Jamás el merecido  
 Título que le damos  
 Sepulte en el olvido  
 El tiempo destructor.

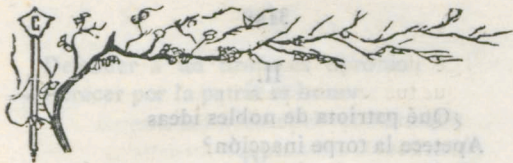
VENEZUELA.

Y yo que el testimonio más brillante  
 Debo hacer de ternura al Soberano,  
 ¿Qué mejor alabanza puedo darle,  
 Qué monumento más precioso y grato  
 Levantar á sus ojos que su nombre  
 Con indelebles letras estampado  
 En los amantes pechos de mis hijos?  
 Sí, yo te ofrezco, yo te juro, Carlos,  
 Que guardarán los pueblos tu memoria  
 Mientras peces abrigue el mar salado,  
 Cuadrúpedos la tierra, aves el aire  
 Y el firmamento luminosos astros.  
 Yo te ofrezco cubrir estos dominios  
 De celosos y dóciles vasallos,  
 Que funden su ventura y su alegría  
 En prestar obediencia á tus mandatos.

Te ofrezco derramar sobre estos pueblos,  
 Que tus leyes respetan prosternados,  
 Fecundidad, riqueza y lozanía,  
 Dorados frutos, nutritivos granos.  
 Yo te juro también que con perenne  
 Aclamación repetirán sus labios:  
 « ¡Viva el digno Monarca que nos libra  
 De las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos! »

Hombre, mujer, infante,  
 Todo mortal que pise  
 Estos confines, cante  
 Á Carlos Bienhechor;  
 Publique Venezuela  
 Que quien de nuestro clima  
 Lanzó la atroz viruela,  
 Fué su paterno amor. (Se repite.)





# HIMNO DE COLOMBIA

## CANCIÓN MILITAR

DEDICADA

Á S. E. EL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

I.

**O**TRA vez con cadenas y muerte  
Amenaza el tirano español ;  
Colombianos, volad á las armas,  
Repeled, repeled la opresión.

Suene ya la trompeta guerrera,  
Y responda tronando el cañón ;  
De la patria seguid la divisa  
Que os señala el camino de honor.

CORO.

Suena ya la trompeta guerrera  
Y responde tronando el cañón ;  
Ya la patria arboló su divisa,  
Que nos muestra el camino de honor

## II.

¿Qué patriota de nobles ideas  
 Apetece la torpe inacción?  
 ¿Quién aprecia el reposo entre grillos?  
 Ciudadanos, morir es mejor.

¡Libertad, haz que dulce resuene  
 De Colombia á los hijos tu voz!  
 Que jamás uno solo se afrente  
 Prefiriendo la vida al honor.

## CORO.

Libertad ¡oh, cuán dulce que suena  
 De Colombia á los hijos tu voz!  
 No será que uno solo se afrente  
 Prefiriendo la vida al honor.

## III.

De la patria es la luz que miramos,  
 De la patria la vida es un don;  
 Verteremos por ella la sangre,  
 Por un bárbaro déspota no.

Libertad es la vida del alma;  
 Servidumbre hace vil al varón;  
 Defender á un tirano es oprobio;  
 Perecer por la patria es honor.

## CORO.

Libertad es la vida del alma;  
 Servidumbre hace vil al varón;



Defender á un tirano es oprobio ;  
 Perecer por la patria es honor.

## IV.

Defended este suelo sagrado  
 Que crecer vuestra infancia miró ;  
 En que yacen cenizas heroicas,  
 En que reina una libre nación.

Recordad tantas prendas queridas:  
 De la esposa el abrazo de amor,  
 De los hijos el beso inocente,  
 De los padres la herencia de honor.

## CORO.

Defendamos la patria querida,  
 Que nos guarda las prendas de amor ;  
 Defendamos los caros hogares ;  
 Conservemos la herencia de honor.

## V.

Recordad los patriotas ilustres  
 Que cobarde crueldad inmoló ;  
 ¿No escucháis que apellidan venganza?....  
 Embestid á esa turba feroz.

Recordad del Araure los campos  
 Que el valor colombiano ilustró ;  
 Á Junín, Boyacá y Ayacucho,  
 Monumentos eternos de honor.

## CORO.

Recordemos de Araure los campos  
 Que el valor colombiano ilustró;  
 Á Junín, Boyacá y Ayacucho,  
 Monumentos eternos de honor.

## VI.

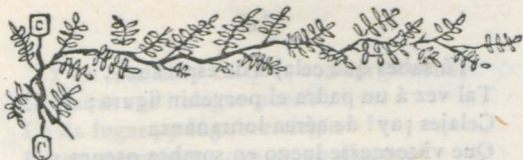
¿Véis llegar las legiones venales  
 Que conduce á la lid la ambición?  
 Contra pechos de libres patriotas  
 Impotente será su furor.

Atacad: una fe mercenaria  
 Poco da que temer al valor;  
 ¡Por victoria hallarán escarmiento,  
 Por botín llevarán deshonor!

## CORO.

Avanzad, oh legiones venales,  
 Que conduce á la lid la ambición;  
 Por victoria hallaréis escarmiento,  
 Por botín llevaréis deshonor.





Á LA SEÑORA

DOÑA JULIA CODECIDO DE MORA

SUPLICA EL AUTOR

QUE SE SIRVA ESCRIBIR ESTOS VERSOS EN SU ÁLBUM

**S**i es humilde homenaje, si es tardío,  
Encantadora Julia, el que te envío,  
Perdona á la aflicción, perdona al duelo  
En que abrumó mi corazón el cielo.

Tú supiste la causa de mi lloro,  
Y también la lloraste, lo aseguro;  
Que, de cuanto es amable, y tierno, y puro,  
Tu pecho es el santuario y el tesoro.

Como tu padre en ti se goza y place,  
Tal me gozaba yo, tal me placía  
En la que ahora helado polvo yace,  
Presa inmadura de la Parca impía.

Tú sabes qué celajes de esperanza,  
 Tal vez á un padre el porvenir figura;  
 Celajes ¡ay! de aérea lontananza  
 Que vi tornarse luego en sombra oscura.

Pues, en ese horizonte arrebolado,  
 Hoy á mis ojos noche opaca y triste,  
 Verte me parecía, y á tu lado  
 La que para su padre ya no existe.

Creíla á conocerte destinada,  
 Y si permites, Julia, que lo diga,  
 Creíla, de tus prendas adornada,  
 Merecedora de llamarte amiga.

No quiso que lo fuese, concederme  
 El cielo; á mi ternura arrebatóla  
 Y á tu cariño; muda, yerta, sola,  
 Mi hija querida en el sepulcro duerme.

Que así tu tierno corazón lastime,  
 Perdona. ¿Puede dar dulces acentos  
 Un alma que en dolor profundo gime?  
 De ayés sólo es capaz y de lamentos.

Colgué en un árbol mustio de la selva  
 Mi destemplada lira envuelta en luto;  
 Y si me pides que á pulsarla vuelva,  
 ¿Cómo negarte, Julia, este tributo?

¡Feliz, si la memoria que grabada  
 Llevo, le vale, y Julia lo recibe,  
 Y el nombre de mi Anita malograda,  
 Que pongo en él, tu bella mano escribe;

Y en este libro en que, con larga vena,  
Derrama sus halagos poesía,  
Le da lugar, y lúgubre elegía  
Entre armoniosos cantos no disuena!

Sí, le darás lugar; no el que se debe  
Al noble ingenio, al inspirado numen  
(Tanto mis toscos versos no presumen),  
Sino, en secreta hoja, espacio breve.

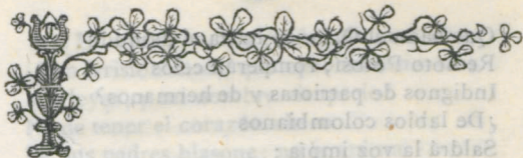
Así tal vez en un recinto ameno,  
Brillan á competencia Arte y Natura;  
El aire está de mil aromas lleno;  
Onda argentina acá y allá murmura.

Entre marmoreos arcos se divisa  
Bello pensil de espléndidos colores;  
Y en torno de la Ninfa que lo pisa,  
Brotan del suelo enamoradas flores;

Y en una parte solitaria, inculta;  
Do apenas lleva el aura silenciosa  
Ecos lejanos, débiles, oculta  
Un sauce llorador funérea losa.

1852.





CANCION

LA DISOLUCIÓN DE COLOMBIA

**D**EJA, Discordia bárbara, el terreno  
Que el pueblo de Colón á servidumbre  
Redimió vencedor ; y allá vomita,  
Aborrecida furia, tu veneno,  
Y esa tu tea, á cuya triste lumbre  
El tierno pecho maternal palpita,  
Allá tan solo agita  
Donde jamás fué oido  
De libertad el nombre,  
Y donde el cuello dobla, encallecido  
Bajo indigna cadena, el hombre al hombre ;  
El que la ley ató sagrado nudo  
Que se dignaron bendecir los cielos  
En tanta heróica lid desde los llanos

Que baña el Orinoco hasta el desnudo  
 Remoto Potosí, romperán celos  
 Indignos de patriotas y de hermanos?  
 ¿De labios colombianos  
 Saldrá la voz impía :  
*Colombia fué?* ¿Y el santo  
 Título abjuraremos que alegría  
 Al nuevo mundo dió y á Iberia espanto?

¡ Ah! No será, ni en corazones cabe  
 Que enamoró la gloria, tanta mengua ;  
 Ó si pudo el valor desatentado  
 Culpa, un momento, consentir tan grave,  
 Honor lo contradijo, y de la lengua  
 Volvió la voz al pecho horrorizado ;  
 Que no en vano regado  
 Con la sangre habrá sido  
 De víctimas sin cuento  
 El altar do en mil votos repetido  
 Se oyó de unión eterna el juramento.

¿ Qué acento pudo á la postrada España Y  
 Más alegre sonar? Miradla el luto  
 Mudar gozosa en púrpura fulgente.  
 Ya en su delirio la visión apaña  
 Del cetro antiguo, y el servil tributo  
 Demanda con usura al occidente.  
 Brilla en la cana frente  
 El orgullo altanero ,  
 Cual súbito revive,  
 Cuando iba el rayo á despedir postrero ,  
 La tibia luz que pábulo recibe.

«¿Es este el pueblo desdeñoso, esquivo  
 (Con irrisión dirá), que oprobio estima  
 Mis leyes, y mi nombre vituperio?  
 No de tener el corazón altivo  
 De sus padres blasona: no le anima  
 Alma capaz de libertad é imperio.  
 En largo cautiverio  
 Degeneraron: falta,  
 Para llevar á cabo  
 Una empresa tan alta,  
 Generosa virtud al que fué esclavo.

«¿Véislos violar el pacto, fementidos,  
 Jurado apenas? ¿Véislos ya la espada  
 Contra sí revolver? El ebrio sueño  
 Desvaneciósse: en breve, en breve uncidos  
 Pedirán ser á la coyunda usada,  
 Y de la voz se acordarán del dueño.»  
 —¡Ciego error! ¡vano empeño!  
 Si dejada el torrente  
 Su natural costumbre  
 Arrastrare sus ondas á la fuente,  
 Querrá volver el libre á servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros! ¿dejaréis que *infame*  
 La causa que os unió, maldad tamaña?  
 ¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano  
 Que herencia suya vuestro suelo llame?  
 ¿Vengósse ya la sangre que lo baña?  
 ¿Los rumbos olvidó del Oceano  
 El pabellón hispano?...  
 ¿Qué digo? Á vuestra vista  
 Las barras y leones

:



En arreo desplega de conquista,  
Y guía á nueva lid nuevas legiones.

Sí, que de Cuba en la vecina playa  
(Merced á los furóres parricidas  
Que en común daño alimentáis y afrenta)  
Os amenaza Iberia, os atalaya,  
Y de combates mil las esparcidas  
Reliquias apellida, y junta, y cuenta.  
De allí la seña ostenta,  
Á la traición aleve,  
Que callada vigila  
Entre vosotros, y las tramas mueve  
De oculto fraude, y ya el puñal afila.

¿Y en míseras contiendas distraídos  
La pública salud tenéis en nada?  
¿Queréis que de humo y polvo en nube densa  
El bronce tronador dé á los oídos  
Súbito aviso de enemiga entrada,  
Para acudir á la común defensa?  
¡Cuán otro el que así piensa  
De los que libertaron  
De los incas la cuna,  
Y al carro de Colombia encadenaron  
En distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál congoja y duelo  
Á la Patria sumís, que la unión santa  
Con voz llorosa invoca y suplicante.  
La dulce Patria, en que la luz del cielo  
Visteis primera, y do la débil planta

Estampó el primer paso vacilante ;  
 La que os sustenta, amante  
 Y liberal nodriza ;  
 La que en su seno encierra  
 De tanto ilustre mártir la ceniza ,  
 ¿Teatro haréis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,  
 Do el valor frenesí, do la lid crimen,  
 Y áun el vencer ignominioso fuera !  
 ¡ Ah, no ! Volved en vos ; y aquel, que un día  
 Amor de patria, aquellas os animen  
 Con que humillásteis la arrogancia ibera,  
 Virtud sublime, austera,  
 Y ardiente sed de fama,  
 Y fe de limpio brillo ;  
 Una es la senda á que la patria os llama,  
 Uno el intento sea, uno el caudillo.

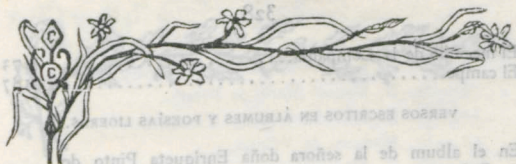


Estampó el primer paso victorioso  
 La que os enseñó, amando, á seguir  
 Y liberal nodriza ;  
 La que en su seno encerraba  
 De tanto ilustre madre la céniza  
 Que tanto haréis de gloriosas guerras  
 Y de gloriosas victorias ;  
 Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía  
 Do el valor fenece, do la lid crímen  
 Y áun el vencer ignominioso fuera ;

*El día 29 de Noviembre de 1881,*  
*centésimo aniversario*  
*del nacimiento del autor,*  
*se tiró este último pliego*  
*en la imprenta de*  
*Antonio Pérez Dubrull,*  
*en Madrid.*



Mirad, mirad en cuál congoja y duelo  
 A lo Patria sumís, que lo unido senta  
 Con voz llorosa invoca y suplica  
 La dulce Patria, en que la luz del ciclo  
 Vistes primera, y do la débil planta



# INDICE.

PREFACIO.....	IX
POESÍAS JUVENILES.	
Égloga : Imitación de Virgilio.....	3
Oda : Imitación de Oracio.....	9
Oda al Anauco.....	13
A la victoria de Bailén.....	17
SILVAS AMERICANAS Y CÁNTICOS PATRIÓTICOS.	
Silva á la agricultura de la Zona Tórrida.....	21
Alocución á la Poesía.....	35
Al 18 de Setiembre.....	63
Al mismo asunto.....	73
CÁNTICOS RELIGIOSOS.	
<i>Miserere</i> .....	79
A la Virgen de las Mercedes.....	83
IMITACIONES DE VÍCTOR HUGO.	
Moisés salvado de las aguas.....	89
La oración por todos.....	95
A Olimpio.....	105
Las Fantasmás.....	125
Los Duendes.....	137
POESÍAS VARIAS.	
Fragmento de <i>Los jardines</i> de Delille.....	153
Epístola á Olmedo.....	165

El incendio de la Compañía.....	173
El campo.....	187

## VERSOS ESCRITOS EN ÁLBUMES Y POESÍAS LIGERAS.

En el album de la señora doña Enriqueta Pinto de Bulnes.....	193
En el album de la señorita doña Mercedes Muñoz.....	199
Al Biobío.....	203
Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado.....	209
En el album de la señora doña Josefa Reyes de Garamendia.....	219
El vino y el amor.....	223
Diálogo.....	229
El tabaco.....	231

## FÁBULAS.

La cometa.....	237
El Hombre, el Caballo y el Toro.....	241
Las ovejas.....	243
La Ardilla, el Dogo y el Zorro.....	247

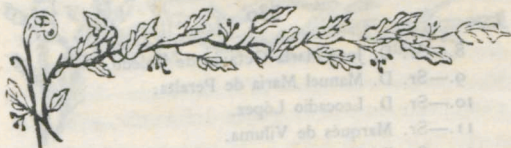
## POESÍAS FESTIVAS Y SATÍRICAS.

El proscrito.....	253
El Condor y el Poeta.....	271
A la noticia de la muerte de Mac Gregor.....	281

## APÉNDICE.

Mis deseos.....	285
A la Vacuna.....	287
Venezuela consolada.....	299
Himno de Colombia.....	313
A la señora doña Julia Codecido de Mora, suplica el autor que se sirva escribir estos versos en su album.....	311
Canción á la disolución de Colombia.....	327





SUSCRITORES Á LOS EJEMPLARES DE LUJO.

PAPEL CHINA.

Núm. I.—Sr. D. Leon Medina.

II.—Sr. D. José de Fontagud Gargollo.

PAPEL WHATMAN.

Letra A.—Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.

PAPEL TURKEY-MILL.

b.—Sr. Vizconde de Bétera.

c.—Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.

l.—Sr. D. José de Fontagud Gargollo.

y.—Sr. Conde de Santiago.

PAPEL DE HILO ESPAÑOL.

Núm. 1.—M. Murillo.

2.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

3.—Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.

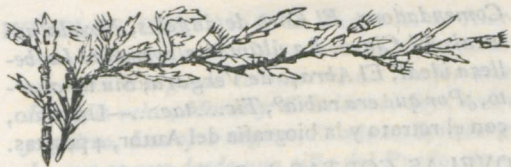
4.—Sr. D. José Enrique Serrano y Morales.

5.—Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.

6.—Sr. D. Luis González Burgos.

- 8.—Sr. D. José María Octavio de Toledo.  
 9.—Sr. D. Manuel María de Peralta.  
 10.—Sr. D. Leocadio López.  
 11.—Sr. Marqués de Viluma.  
 12.—Sr. D. Manuel Cerdá.  
 13.—Excmo. Sr. D. Salvador Albacete.  
 14.—Sr. D. Galo de Zayas Celis.  
 15.—Sr. D. Donato Guio.  
 16.—Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.  
 17.—Sr. Marqués de Cerralbo.  
 18.—Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de  
 Linares.  
 19.—D. Juan Llordach.  
 20.—D. Juan Llordach.  
 21.—D. Fernando Fe.  
 22.—D. José Vivés Cisca.  
 23.—D. Mariano Goyeneche.  
 24.—D. Miguel Olamendi.  
 26.—D. Augusto Pecoul.  
 27.—Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.  
 28.—D. Carlos Bally-Bailliére.  
 30.—Sr. D. Otto Harrassowitz.  
 34.—Sr. D. Miguel Olamendi.  
 35.—Sr. D. Miguel Olamendi.  
 38.—Sr. Conde de Isla Fernandez.  
 41.—Mr. Alfred Morel-Fatio.  
 42.—Sr. D. Toribio Saldaña.  
 43.—Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.  
 45.—Sr. D. Manuel Marañón y Gómez Acebo.





## COLECCIÓN

DE

## ESCRITORES CASTELLANOS.

---

### OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCIERO ESPIRITUAL del Maestro Valdivielso.—Un tomo con el retrato del Autor, 120 grabados de adorno y un Prólogo del R. P. Miguel Mir, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, á 6, 10, 25, 30 y 250 pesetas.—Encuadernaciones de lujo, á 5 y 30 pesetas.

TEATRO de D. Adelardo López de Ayala.—Tomo I. *Un hombre de Estado, Los dos Guzmanes, Guerra á muerte.* Con una Advertencia preliminar de D. Manuel Tamayo y Baus.—Un tomo, con el retrato del Autor, 5 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, á 6, 7 <sup>1</sup>/<sub>2</sub>, 10, 25, 30 y 250 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro Antonio de Alarcon.—Primera serie: CUENTOS AMATORIOS.—*Sinfonía, Conjugación del verbo «amar», La*

:



*Comendadora, El Coro de ángeles, Novela natural, El Clavo, La última calaverada, La belleza ideal, El Abraço de Vergara, Sin un cuarto, ¿Por qué era rubia?, Tic.... tac....*—Un tomo, con el retrato y la biografía del Autor, 4 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro A. de Alarcon.—Segunda serie: HISTORIETAS NACIONALES.—*El carbonero-alcalde, El afrancesado, El extranjero, ¡Viva el Papa!, El Angel de la Guarda, La buenaventura, ¡Buena pesca!, La Corneta de llaves, El asistente, Dos retratos, Las dos glorias, El Rey se divierte, Fin de una novela, El libro talonario, Una conversación en la Alhambra, etc. etc.*—Un tomo, 4 pesetas.

EL ESCÁNDALO.—Novela de D. Pedro A. de Alarcon.—Un tomo, 4 pesetas.

POESÍAS DE D. ANDRÉS BELLO, con un Prólogo de D. Miguel Antonio Caro, Director de la Academia Colombiana, y el retrato del Autor, grabado por Maura.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, de 6 á 30 pesetas.

#### OBRAS EN PRENSA.

LA PRÓDIGA.—Novela nueva de D. Pedro A. de Alarcon.—Un tomo de 400 páginas, 4 pesetas.—Se pondrá á la venta el 1.º de Abril próximo.

TEATRO de D. Adelardo L. de Ayala. — Tomo II.

OBRAS de D. Alejandro Pidal y Mon.

NOVELAS CORTAS de D. Pedro A. de Alarcon.—Tercera serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—*El amigo de la muerte, La mujer alta, Los seis velos, Moros y Cristianos, Soy, tengo y quiero, Los ojos negros, El año en Spitzberg, Lo que se oye desde una silla del Prado, etc.*—Un tomo.

OBRAS EN PREPARACIÓN.

TEATRO de D. Adelardo L. de Ayala.—Tomo III.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DEL EMPERADOR CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez Pelayo.

COSAS QUE FUERON.—Cuadro de costumbres, por D. P. A. de Alarcon.

VIAJES POR ESPAÑA, por el mismo.—Un tomo.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo.

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscripciones de la *Colección de Escritores Castellanos* se harán directamente á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

## OBRAS DE D. SEVERO CATALINA.

---

LA MUJER, un tomo, 4 pesetas.

ROMA, tres tomos 12 pesetas.

LA VERDAD DEL PROGRESO, un tomo, 4 pesetas.

VIAJE DE SS. MM. Á PORTUGAL.—LA ROSA DE ORO.—DISCURSO ACADÉMICO, un tomo, 4 pesetas.

Estas obras se hallan de venta en la librería de Murillo, Alcalá, 7, y en las principales de Madrid y Provincias.

---

## OBRAS SUELTAS

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON,

*de que hay ejemplares á la venta en la librería de Murillo, Alcalá, 7, y en las principales de Madrid y Provincias.*

---

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.—Historia de todos los combates de aquella campaña, en que el Autor fué soldado voluntario: relación de los Jefes y Oficiales muertos en ella: descripción de Tetuán y de las costumbres de Moros y Judíos.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.

DE MADRID Á NÁPOLES. — Relación del viaje del Autor por toda Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc. Segunda edición. con 24 magníficas láminas. — Un tomo en 4.º mayor, de 580 páginas, 7 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, novela. — Un tomo, 2 pesetas 50 céntimos.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela. — Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, novela. — Un tomo, 3 pesetas.

EL CAPITAN VENENO, novela. — Un tomo, 3 pesetas.

POESÍAS, colección completa, con la biografía del Autor y un Prólogo de D. Juan Valera. — Un tomo, 5 pesetas.

LA ALPUJARRA (sesenta leguas á caballo, precedidas de seis en diligencia). — Un tomo en 4.º, de lujo, 9 pesetas.

DISCURSOS SOBRE LA MORAL EN EL ARTE, leídos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española. — 2 pesetas.

(Respecto de las demás obras del Sr. Alarcon, véase el precedente Catálogo de la *Colección de Escritores Castellanos*.)

